

REVISTA
MENSUAL

PHAROS

50 CENTS.



Septiembre 1912.

Núm. 9.

Tapas para la encuadernación de PHAROS

Retrasos ajenos por completo á nuestros buenos deseos nos impidieron poner á la venta las tapas para la encuadernación del primer volumen semestral de PHAROS tan pronto como queríamos.

Dichas tapas las enviaremos gratis y francas de porte á nuestros suscriptores de año y semestre. Los que deseen recibirlas certificadas deberán enviar 25 céntimos en sellos de Correos.

Precio de las tapas sueltas: UNA peseta.

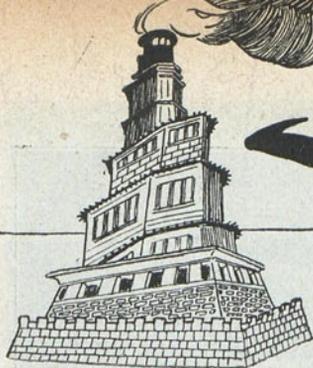
20 POR 100 DE DESCUENTO A CORRESPONSALES Y LIBREROS

No se sirven pedidos á los que no acompañen su importe.

A los señores coleccionistas y suscriptores que deseen encargarnos de encuadernar sus volúmenes les serviremos por el precio excepcionalmente barato de **50 céntimos** (aparte del de las tapas), siendo de su cuenta el envío y devolución de dichos volúmenes.

El volumen encuadernado del primer semestre de PHAROS se vende al precio de cuatro pesetas.

Nota importante.—Aunque no necesitan aclaración ninguna las condiciones en que regalamos las tapas, debemos manifestar, contestando á preguntas de algunos corresponsales, que *suscriptor* de la revista es quien ha satisfecho por adelantado y *directamente* á esta Administración el importe de un año ó medio, no el que compre todos los números ó entregue el importe de la suscripción á una Agencia ó corresponsal.

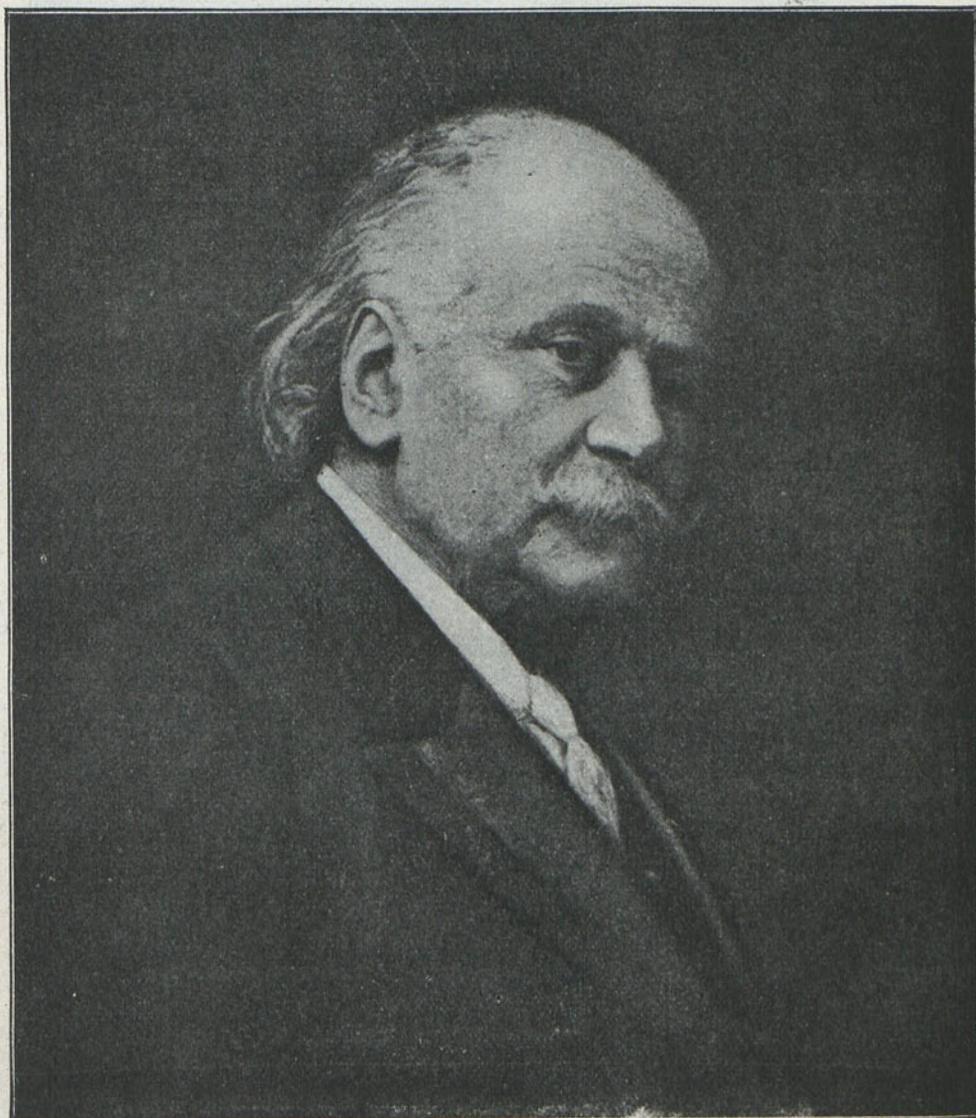


Pravos

Director: E. Sevilla Richart.

Redacción: Santa Feliciano, 16.

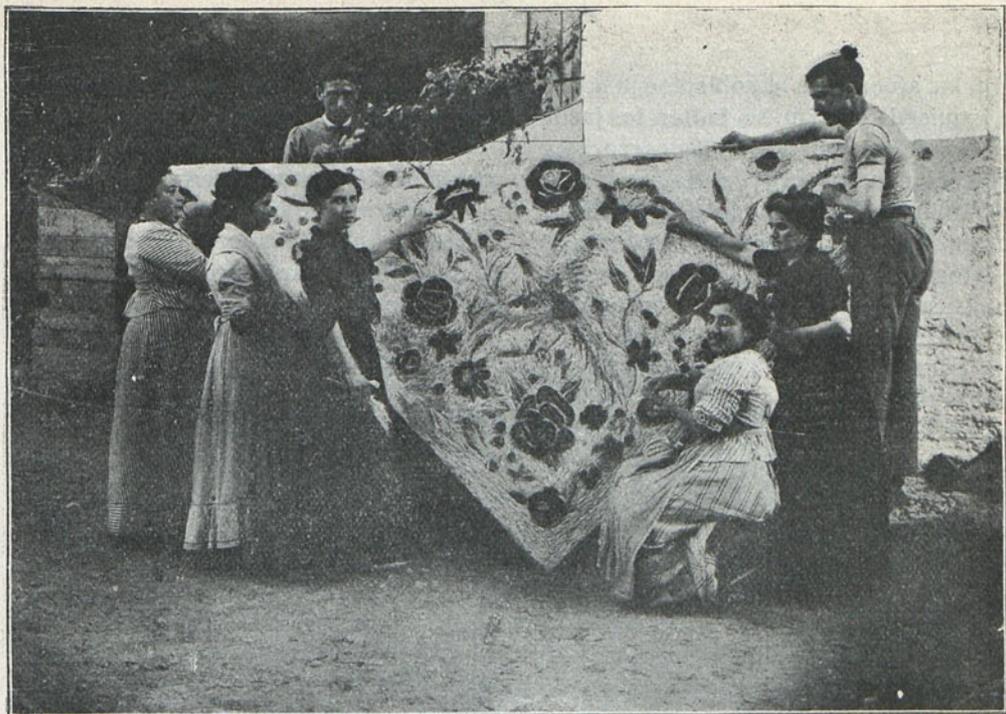
Vol. 2.º ◊ Apartado de Correos núm. 536. ◊ Teléfono 3.895. ◊ Núm. 9.



EL INSIGNE COMPOSITOR MASSENET, FALLECIDO RECIENTEMENTE EN PARÍS



GRUPO DE BELLAS SEÑORITAS QUE TRIPULARON UNA DE LAS CARROZAS DE LA BATALLA DE FLORES



PAÑUELO DE MANILA CONFECCIONADO CON FLORES PARA LA CARROZA TITULADA «UNA ANDALUZA»

En el reino de las flores.

CÓMO SE PREPARA UNA BATALLA

Pocos países pueden enorgullecerse de poseer un conjunto de regiones tan distintas y de tan variada hermosura como España; pocas coronas tienen florones tan preciados como los que adornan la vieja diadema del que fué imperio de dos mundos.

La actualidad nos lleva hoy á orillas del Turia, á la sin par Valencia, morisca hermana de Granada, que duerme entre flores al arrullo del mar. El arte y la naturaleza celebran allí todos los años el más bello certamen que han visto los siglos, realización perfecta y acabada de un sueño de poeta: la batalla de flores

con que terminan los festejos de la feria, verdadera orgía de colores y aromas presidida por mujeres hermosas como hadas.

*
**

No es fácil tarea la de informar á nuestros lectores de la preparación de la batalla, pero la actividad y el celo de nuestro redactor corresponsal Sr. Carrasco Gómez han salvado todos los obstáculos. Planeado el trabajo y lograda la colaboración del hábil fotógrafo Sr. Sandalinas, nos ponemos inmediatamente en campaña.

En las afueras de la población, á la orilla izquierda del río, se hallan los jardines donde se construyen las carrozas y confeccionan los proyectiles, formados por lindos ramilletes de flor. Precisa, pues, para poder utilizar los servicios de la fotografía, atravesar los puentes y algunas calles, ¡á las tres de la tarde!, bajo un sol implacable del que no podemos defendernos ni con la sombra de un bastón. Llegamos á los jardines del Ayuntamiento. Allí trabajan á toda prisa varios grupos de obreros haciendo pequeños ramos para la batalla con el mismo primor que si fuera á lucirse cada uno en elegante búcaro. Un par de días hay de tiempo para confeccionar cien mil ramilletes! Tal es la provisión oficial de municiones que se pone á disposición de los combatientes y con la cual hay para alforbrar el paseo de la Alameda donde se verifica el festejo.

Las mujeres charlando incesantemente y los hombres un poco más callados, van dando cuenta de

los enormes montones de flores y hojas que cubren las mesas en cuyo torno se hallan sentados. Y los ramos van cayendo, previamente contados, en grandes cestas—*paneras*—mientras el Sr. Peris, jardinero mayor del Ayuntamiento, que nos ha dado todo género de facilidades para el desempeño de nuestra misión, vigila y anota, incansable, la obra de su gente.

Después de vencer los escrúpulos de algunas obre-

ras, que no juzgaban su *toilette* bastante esmerada para comparecer ante los lectores de PHAROS, y asegurándoles que presentáramos á éstos sus excusas, nos despedimos del amable

Sr. Peris y nos fuimos con máquina y cuartillas á otra parte.

* * *

Veamos ahora cómo se hace una carroza.

En los festejos públicos de toda capital ó población importante figura la carroza como accesorio indispensable, pero las carrozas de la batalla de flores en Valencia son únicas en su género, co-



GRUPOS DE OBREROS Y OBRERAS
HACIENDO RAMILLETES PARA LA BATALLA EN LOS
JARDINES DEL AYUNTAMIENTO



mo pintadas con la más rica y brillante paleta que puede manejar un artista, la que emplea la madre naturaleza para colorear sus flores, y tan hábilmente utilizada, que no sabríamos decir si cada flor es una pincelada ó cada pincelada es una flor.

Cuatro carrozas se están construyendo

preciable, como tela de saco, aros de tonel, yeso, tejido de alambre, hasta obtener el modelado de las figuras.

El amigo Sandalinas busca sitio para emplazar su máquina, hallándolo difícilmente, pues en un local relativamente pequeño se hallan hacinadas las carrozas al lado de montones de cascote y paja.

ARMAZÓN MONTADO
SOBRE EL CARRO.



CONSTRUYENDO EL ARMAZÓN
DE LA CARROZA



ARTISTAS VISTIENDO
DE FLORES Á LAS FIGURAS



LA CARROZA TERMINADA
ESPERANDO SUS TRIPULANTES

DIVERSAS FASES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA CARROZA "CAMPEÑINAS HOLANDESAS"

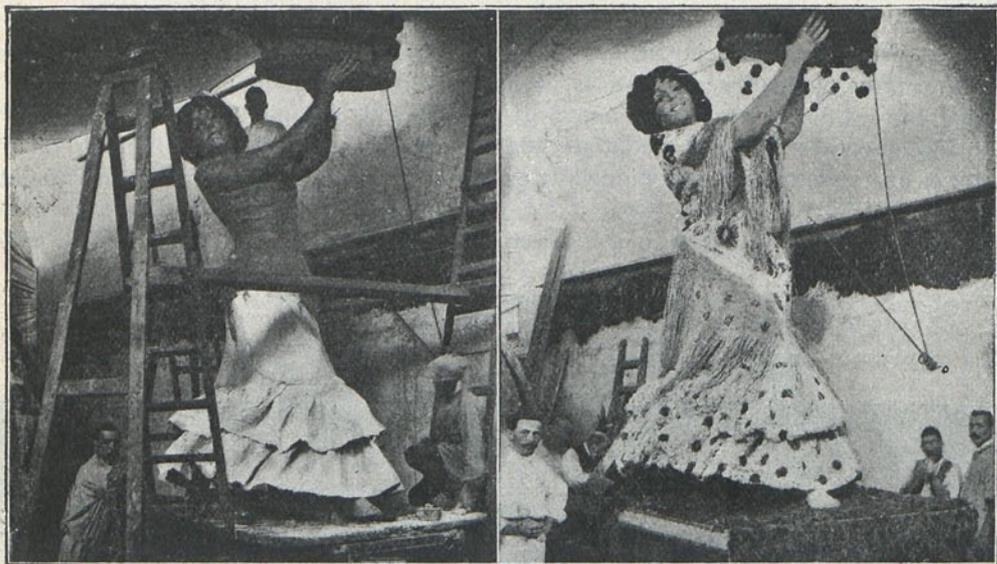
en el jardín de la viuda de Pascual Alemán, escogido para la información por su brillante historia en la construcción de carrozas. Más de un año ha salido de allí el primer premio de la batalla.

No se defrauda nuestra confianza; las cuatro carrozas son muy bellas, es decir, lo serán, pues en el estado que las vemos la primera vez no pueden ser más grotescas.

Un sólido armazón de carpintería que resuelve en muchos casos verdaderos problemas de resistencia y estabilidad, por lo atrevido de los bocetos, se recubre con diversos materiales á cual más des-

Tal local sí que ha sido una desilusión para el que esto escribe. Creía que las carrozas se adornarían en el mismo jardín, bajo la sombra de los árboles y con un bello fondo de verdura. Pero hay que conformarse con este corralón cubierto por un toldo de lona que acaba de desesperar á nuestro fotógrafo.

Capricho modernista se titula una de las carrozas formada por tres airoas figuras de mujer, que sostienen, en corro y á la altura de sus talles, una concha destinada á llevar la dulce carga de algunas bellezas valencianas. Los trajes de las figuras, hechos con hojas de guarda-



CONSTRUCCIÓN Y ADORNO DE LA CARROZA «UNA ANDALUZA», PRESENTADA POR EL ATENEO MERCANTIL, Y QUE HA OBTENIDO EL PRIMER PREMIO EN LA BATALLA DE FLORES

lobo, de un hermoso verde aterciopelado y pegadas pulcramente una á una, son de una sencillez muy elegante. La concha está confeccionada con dalias y amormios y el pelo de las tres mujeres es de gesnéidium.

Los rostros, manos, brazos y descotes de las figuras se hacen también de flor, pero para obtener mayor propiedad se pican muy finamente hojas de siempreviva y se aplican á dichas partes previamente encoladas. Algunos artistas emplean además un ligero pulverizado de anilina roja, que acaba de dar la sensación de la más suave y sonrosada epidermis, aunque sea esto falsear un poco el sistema que exige no usar para el adorno de las carrozas más que elementos vegetales.

Campesinas holandesas es otra bella carroza, cuyo boceto es del mismo autor que el de *Capricho modernista*, D. Amadeo Desfilis. Los caprichosos trajes de las campesinas dan lugar á combinar gran número de flores, que reproducen con mucha propiedad los colores de dichos ves-

tidos. Se ha empleado en el adorno de esta carroza: dalia, lobillo, perpetua, granito de plata, gesnéidium, guardalobo, manzanilla y musgo.

El boceto más atrevido y original es el de *Una andaluza*, de los señores Benedito y Desfilis. Figura este carruaje, presentado por el Ateneo Mercantil, una hermosa mujer ataviada al estilo de Andalucía y sosteniendo en alto una pande-reta. Presenciando su construcción adivinamos que será una de las más acabadas y perfectas obras de este arte prodigioso.

El mantón de Manila que lleva la andaluza es una maravilla, una cosa de tan exquisito buen gusto y maestría que supera en belleza al objeto imitado; porque en los pañuelos de Manila imitan los bordados á las flores y aquí son las mismas flores las que vienen á colocarse en lugar de los hilos de seda que las reproducían.

Bordar con flores. como pintar con flores, son cosas que sólo en Valencia, en el



MOMENTO DE SUBIR Á LA PANDERETA DE «UNA ANDALÚZA» LAS DOS SEÑORITAS QUE HAN TRIPPLADO ESTA CARROZA

reino de las flores, pueden lograrse á la perfección.

Para confeccionar este hermoso mantón se han empleado dalias, lobillos, siemprevivas, gesnéidium, manzanilla, amormios y capellanes, sobre un fondo de plumeros de sedoso reflejo. Los largos flecos se han hecho de rafia. Y una vez ceñida la prenda al airoso talle de su poseedora, nadie diría que era sino un magnífico y costoso mantón de Manila.

El pelo castaño oscuro de la andaluza ha salido de una vulgar mazorca y su rostro y brazos desnudos ya hemos explicado cómo se confeccionan.

La cuarta carroza que vimos construir representa una jardinera de mesa con dos angelitos á los extremos, figurando principalmente en su adorno dalias y clavelones.

*
* *

Faltan dos horas para la batalla. En el jardín todo es animación y movimiento; los artistas dan los últimos toques á su obra; en la puerta esperan ya los tiros que han de arrastrar tan bellas cosas y comienzan á llegar las hermosas tripulantes de los coches. Aprovechamos el momento y la benevolencia de estas señoritas para hacer el grupo de singulares bellezas que ofrecemos á nuestros lectores en primer término. Luego un disparo más mientras se encaraman á la pandereta de la Andaluza las dos bravas defensoras de tan inexpugnable posición, y á la Alameda.

Tiene este paseo, flanqueado de jardi-

nes, un kilómetro escaso de longitud. A un lado de la calzada se instalan, durante la feria, los pabellones del Ayuntamiento y sociedades, al otro los palcos y sillas para la batalla. No hay ni un sitio vacío. A uno y otro lado, en pabellones, palcos y sillas rebosa la gente.

Poco después de las seis, un cohete anuncia la llegada del Jurado; dispara un cañonazo la ciudadela y las bandas de cornetas hacen el despejo de la pista. Todos estos aprestos bélicos enardecen el ánimo y se espera con impaciencia la llegada de las carrozas. Al entrar éstas se las recibe con una lluvia de flores; las más bellas arrancan aplausos y delante de cada pabellón, de cada palco se detienen los carruajes para entablar reñidos combates, en los que la victoria — ¡hermosa victoria! — será del que más flores arroje en menos tiempo.

Al presentarse *Una andaluza* las salvas de aplausos se van sucediendo á su paso. Será el primer premio, en el sentir general, y el Jurado, al son de timbales y clarines, confirma el voto popular.

Va obscureciendo; los combatientes, fatigados, deponen las armas, faltostambién de municiones, que cubren el suelo de espesa capa y embalsaman el ambiente de mil distintos aromas. Suena un segundo cañonazo y el pueblo valenciano desfila contento y satisfecho de su hesmosa fiesta.

E. S.

Fot. Sandalinas.





LOS CLÁSICOS PUESTOS DE MELONES EN LAS VISTILLAS

MELONES Y LIBROS VIEJOS

Antiguamente era muy devoto el Concejo de la villa de Madrid, y no pasaba mes sin que costease unas cuantas funciones de iglesia para cumplir con sus obligaciones espirituales.

El último sábado de Agosto pagaba un *Te Deum* en la capilla de la Soledad con descubiertó, misa y salve en acción de gracias por haberse aplacado el incendio de la Panadería en 1672. Por cierto que á pesar del *Te Deum* es, sin que esto sea dudar de su eficacia, sino únicamente hacer constar el hecho, la Plaza Mayor volvió á arder en más extenso y devorador incendio la noche del 16 de Agosto de 1790; dejando atrás esta observación, seguire-

mos anotando el caso de que el mes de Septiembre era uno de los años en que el Ayuntamiento madrileño dedicaba más tiempo á la piedad, siendo á su costa las funciones religiosas que se expresan á continuación:

El día 8, Natividad de Nuestra Señora, misa y sermón con descubiertó á la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid. Esta devoción oficial fué creada en 1085, reinando Alfonso VI, y se votó por la villa bastantes años más tarde, en 1646.

El día 9, fiesta á Santa María de la Cabeza, compatrona de Madrid, en el Oratorio de las Casas Consistoriales, donde se celebraban misas desde las siete hasta

las doce, y se daba á adorar una reliquia de la santa. Por la tarde había procesión en Santa María con asistencia del cabildo.

El día 10, vísperas solemnes en San Isidro á la misma santa.

El día 11, misa y sermón en la dicha colegiata, sin manifiesto ni asistencia del cabildo.

El 12, vísperas en Atocha con asistencia del cabildo.

Y por fin, el día 13, *Te Deum* con manifiesto, misa, sermón y salve, asistiendo el cabildo. Esta celebración fué votada en 1683 en celebridad de la victoria obtenida por las armas cristianas del emperador Leopoldo, del rey de Polonia y del duque de Lorena sobre los turcos que sitiaban á Viena, y amenazaban, por lo tanto, el predominio europeo de la cristiandad.

Ya en su lugar, cuando hablamos de las imágenes madrileñas, hubimos de referirnos detalladamente á la Virgen de la Almudena, cuya fiesta, como la de muchas denominaciones de la madre de Cristo, celébrase el 8 de Septiembre. Madrid ha profesado siempre un tradicional amor por esta Virgen, hasta el punto de que varias veces se pensó, antes de ahora, en edificar bajo su protección la iglesia catedral de Madrid.

Carlos V trató ya de ello, y en tiempo de Felipe IV llegóse hasta colocar la primera piedra en el mismo lugar donde ya se ha construído la cripta del templo tanto proyectado.

Pero la festividad popular religiosa que celebra el pueblo de Madrid el día 8 de Septiembre, es la de la Virgen del Puerto. Al soto que en tiempo de Carlos IV se llamaba Paseo Nuevo de la Corte, acuden los madrileños á despedirse de las verbenas veraniegas.

Por lo regular, la proximidad del río y el frío ambiente de aquel bosque hundi-

do suelen hacer imposible la estancia en tan húmeda hondura á quienes desde la noche de San Antonio de la Florida no dejaron una verbena sin celebrar. Los farolillos de colores tienen en aquellos lugares más de fúnebres lampadarios que de luminarias alegres, y parece que alumbran en exequias menguadas el cadáver del verano y el recuerdo de la alegría veraniega.

El soto de la Virgen del Puerto es uno de los lugares más pintorescos de Madrid. Todavía, aunque no con la animación de otros tiempos, constituye, como la Fuente de la Teja, un sitio de reunión donde los domingos se congregan los mozos y las mozas de Galicia y de Asturias, que en la corte se hallan dedicadas al servicio doméstico ellas y consagrados ellos al noble ejercicio de las armas en forma de reclutas, ó á la práctica ocupación de mancebos en alguna tienda de géneros comestibles. Antes daba una nota peculiar y característica en estos concíbulos el tipo, ya desaparecido, del aguador. Los progresos urbanos han destruído este oficio, que pasó á la historia como la ocupación de encuartero del tranvía, pues que la tracción eléctrica, si bien ha resuelto un problema de comodidad tranviaria, en cambio ha aumentado lamentablemente los círculos políticos y literarios.

La capilla de la Virgen del Puerto hace perdurable la memoria de la piedad de un devoto caballero. El Sr. D. Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, Marqués del Vadillo, corregidor que fué de esta villa de Madrid é Intendente general de ella y su provincia, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de los señores D. Antonio de Salcedo y Arbizu, Caballero del Orden de Alcántara, vecino y Regidor que fué de la ciudad de Soria, Sr. del Vadillo, y doña Teresa de Aguirre y Álava, natural de Vitoria, otorgó en 8 de Marzo

de 1725 ante D. Manuel Naranjo, escribano de número, escritura de fundación, del Patronato Real de Legos, á honra y gloria de Dios Nuestro Señor y de María Santísima, con el título de Nuestra Señora del Puerto, á cuyo fin hizo fabricar la ermita y casa extramuros de la villa, inmediato al río Manzanares y puente de Segovia, en tierra y sitio real que estaba dentro del Parque de Palacio.

Determinóse el piadoso Marqués á verificar tal fundación, según confesión propia, porque no teniendo más que un hijo, y ese sin sucesión, consideraba que no le eran menester todas las rentas que había de heredar, quedándole desde luego lo suficiente para vivir con la decencia correspondiente á su lustre y calidad; con que no haría mengua notable en su caudal la edificación y mantenimiento de esa ermita, donde pagaban dos cape-

llanes y un sacristán, sacerdote también, para contribuir con sus sufragios á la liberación de las ánimas del purgatorio. El buen Salcedo, yace enterrado en esa iglesia que fundó, y en verdad que pocos

enterramientos más poéticos y apacibles habrá en Madrid que aquel que su piedad hubo de deparar al antiguo Corregidor.

La Virgen de Septiembre tiene en todos los pueblos una celebración especial, alegre y solemne y una significación verdaderamente pagana. Su fecha simboliza el fin y coronamiento de las labores agrícolas del verano, el término de la recolección y la subsistencia asegurada para el invierno. Así á la Virgen del 8 de Septiembre se la adorna con espigas que se guardaron del estío y con los más opulentos racimos de la vendimia. Bája sela de su ermita al pueblo y es motivo de nueva fiesta luego la restitución de la imagen á su residencia campesina. Leopoldo Robert ha pintado estas fiestas en la campiña de Nápoles, y en verdad que salvo ligeras diferencias de indumentaria en los persona-

jes, pueden pasar por copia fiel de esos mismos regocijos en distintas regiones españolas.

Aquí en Madrid, aunque no somos campesinos, celébrase también el día de esta



IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

virgen septembrina, á la cual, con cierta irreverencia cariñosa, suele llamarse «La Melonera». Improvisase en su honor un templo al aire libre, en pleno Cerrillo de las Vistillas; sus naves fórmanse con pilas muy copiosas de melones y de sandías, y hasta que las ferias se instalan en Atocha y hacen cambiar el amor á las sandías y á los melones por la afición á las acerolas y las nueces, dura el culto melonero en su espléndida basilica.

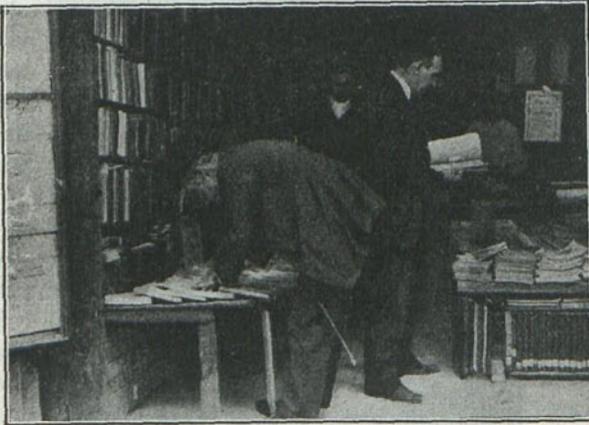
Pasan esos días, en que como hizose constar al principio de este artículo celebra la iglesia la fiesta de Santa María de la Cabeza, sin que el pueblo advierta la conmemoración, sobre todo desde que fué destruida la ermita que se hallaba en el paseo de su nombre. Y Septiembre no ofrece ningún cuadro peculiar hasta que con el día de San Mateo se inaugura la feria, empalmada luego con la de San Miguel.

Era en el año 1445 cuando Su Alteza el Rey Don Juan II plúgole disponer de lo que pertenecía á la villa de Madrid, como eran los lugares de Cubas y Griñón, y dárselos como regalo á su fiel servidor, que se llamaba Luis de la Cerda. Así, en la villa de Escalona, á 15 de Septiembre del año antes citado, expidió una cédula al Concejo madrileño haciéndoles saber su caprichosa determinación. Dos años después, el 18 de Abril de 1447, dictó en Valladolid otra cédula, por la que inten-

taba dar una compensación á Madrid por el despojo de que había tenido la comidad de hacerla victima, y fué que concedía á la villa el privilegio de tener dos ferias francas cada año. Ferias que comenzaron siendo de toda clase de tratos, y han acabado en el estado lamentable en que las conocemos actualmente.

No consintió la villa de Madrid en aquella donación de dos pueblos á Luis de la Cerda, y el Rey, como en son de castigo, revocó en Escalona, el día 20 de Junio

de 1449, el acuerdo por el cual concedía las ferias á Madrid. Por cierto que algunos años más tarde, como intentara Enrique IV otra generosidad de regalar á sus criados lugares que eran de la villa, dió lugar



LOS LIBROS DE LA FERIA, QUE PASA DESAPERCIBIDA PARA EL PUEBLO DE MADRID

á uno de los más interesantes y bellos momentos de la historia madrileña.

Nada más fuerte y más brioso, en verdad, que aquella reunión del Concejo de la villa en la iglesia de San Salvador, que estaba en la calle Mayor, frente á donde se halla ahora la primera casa consistorial. Allí juramentáronse para llegar hasta la franca rebeldía de las armas si otra vez un Monarca disponía de ellos como de cosa propia. Era el día 21 de Agosto de 1470, y bajo la presidencia de Diego Cabeza de Vaca, asistente de la villa, los regidores Pedro de Luján, Pedro Núñez de Toledo, el licenciado Alonso Fernández de las Rozas, Diego

de Rojas, Diego de Luján, Diego González, Francisco de Luzón, Rodrigo Alfonso de Oviedo y Fernando García de Ocaña, juntamente con una gran representación de vecinos, ricos y menesirales, dijeron que por cuanto á sus noticias nuevamente había llegado que alguna persona y personas en el servicio de Dios Nuestro Señor y del Rey Nuestro Señor, con gran daño de la República de esta villa y su tierra, en gran disminución de los propios de ella, contra las leyes y pragmáticas sanciones de estos reinos y contra los privilegios que siempre hubo de disfrutar la villa, intentaba alguna enajenación de términos ó jurisdicciones de Madrid, juraban que defenderían su derecho con todas sus fuerzas y en cuantas vías y maneras pudieren, hasta con mano armada, y á riesgo de sus propias personas, bienes y haciendas. Y que si el Rey con tanta fuerza de las armas que no se pudiese resistir viniese sobre ellos, cada uno de los vecinos dejara la villa, saliendo de ella y de sus arrabales como hombres que desean vivir en libertad y les es quebrantada.

Ciertamente que en estos días de libertad y democracia no osaría ninguna ciudad reunirse en asamblea de esa especie y hacer saber á un Monarca tan firmes y denodadas decisiones.

Vuelto á regir el acuerdo de Don Juan II, estableciendo las ferias madrileñas, tuvieron verdadera importancia durante el reinado de los Reyes Católicos; pero cuando á partir del reinado de Felipe II establécese la corte en Madrid y adquiere un desarrollo y una importancia extraordinaria el comercio en la villa, las ferias carecen ya de razón de ser. A fines del siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX, las ferias convierten en sucursal del Rastro y almoneda de todas las basuras el espacio destinado á su instalación, que era la calle de Alcalá, á más de algunas exposiciones particulares de trastos viejos que por escote de los vecinos y bajo la custodia de los porteros solía haber también en los portales de algunas casas.

Cada vez fuese señalando á las ferias un lugar más apartado, habiendo estado hasta pocos años á lo largo de la verja del Botánico. Ahora no quedan del privilegio de Don Juan II más que unos cuantos lugareños que venden nueces frescas en el paseo de Atocha, mientras en la amplia calle de Claudio Moyano se extienden los puestos de libros viejos, eternos como el ave fénix, surgidores y resurgidores.

PEDRO DE RÉPIDE.





UN CONCURSO

Entre los festejos organizados por *El Imparcial* para amenizar el veraneo en Madrid, ha figurado un concurso de belleza, que se celebró con motivo de la verbena de la Paloma.

Ilustramos esta plana con los retratos de las tres señoritas premiadas en el agradable certamen, que hizo desfilarse ante el Jurado nume-



DE BELLEZA

rosas beldades madrileñas. Pilar Araguas, morena; María Adela Larraz, rubia, y Anita Martínez Alvarez, castaña, ostentan justamente el título de encantadoras que por unanimidad les concedió el público y el Jurado.

Su presencia en los días sucesivos ha sido la más bella nota de la clásica verbena.

LA ESPERADA

Arribará tu góndola encantada
á la desierta playa de mi hastío,
y pondrá en mi crepúsculo sombrío
tu sonrisa la luz de una alborada.

Tú has de ser primavera perfumada
en este desolado invierno frío;
has de ser como gota de rocío
sobre el cadáver de una flor tronchada.

Tal vez nunca te he visto: mas tú eres
la mujer entre todas las mujeres,
la dulce y bella y presentida esposa...

Ven, que ya nos espera en el camino
con las mismas fragancias una rosa;
con las mismas punzadas, un espino...



REMEMBER

Fué nuestro amor tan breve como las rosas,
y tuvo, como ellas, suave fragancia...
Aún triunfa su recuerdo de las borrosas
y pálidas neblinas de la distancia.

Evoco aquellas dulces horas tranquilas,
aquellos luminosos días risueños...
— cuando el azul remanso de tus pupilas
espejaba el alcázar de mis ensueños.

Luego..., luego las alas por fin tendiste;
luego, paloma mía, dejaste el nido,
(¡pobre nido, de entonces tan solo y triste!)

Y surgen de las ruinas de aquel pasado
la nostalgia punzante de lo vivido
y el irreal encanto de lo soñado.

ENRIQUE RUIZ DE LA SERNA.

EL TEATRO EN EL EXTRANJERO



UNA ESCENA DE LA «REINA ISABEL», EN LA CUAL TOMA PARTE LA INSIGNE TRÁGICA SARAH BERNAHARDT (X)



ACTO I DE «LA CORTE MORISCA», RECIENTEMENTE ESTRENADA EN PARÍS



MARÍA PERMANECÍA CALLADA ESPERANDO MÁS AMPLIA
EXPLICACIÓN

LA INVENCIBLE

Novela, por Ricardo
♦ Donoso-Cortés. ♦

I

Al comenzar aquel verano, francamente irresistible en Madrid, D. Felipe decidió plantear á su hija el problema del viaje. La *villa* de San Sebastián, olvidada el resto del año, ofrecía ya sus frescas estancias y su espléndido panorama sobre la Concha, invitando á un bullicioso descanso en la vida seductora de los estíos easonenses; nada tenía ella, su María, que hacer en Madrid, y, por lo tanto, su comodidad reclamaba poderosamente la excursión, que no trataría él de negarla, á pesar de los muchos asuntos que aquel año le imponían permanecer en su despacho de la capital.

Aquí D. Felipe entornó pesarosamente los párpados tras de los lentes de oro, infatigables caballeros de su nariz dilatada. María permanecía callada, esperando más amplia explicación, si bien nublara su frente una sombra de desconfianza ante el exordio poco transparente de su padre. Sola con él desde su nacimiento, y habituada á escuchar sus consultas, antes de poner en práctica nada que con ambos se relacionase, preciábase de conocer á fondo la psicología del agradable señor, incapaz de proporcionarla á sabiendas el menor disgusto, quizá por haber penetrado también, y más á fondo que ella misma, las revueltas de su temperamento de hija única y de mu-

jer hermosa; al decir esto, el padre añadía con orgullo un sobrenombre, que venía á ser la clave del carácter de su hija: la «Invencible».

Así la llamaban todos, para calificar de alguna forma aquella soberana belleza, triunfante siempre donde quiera que presentase la opulenta figura de sus veinticinco años, la retadora actitud del busto meridional y la mirada, á la vez dulce y brava, de aquellos ojos profundos, en cuyos cristales se reflejaba una tenebrosa imagen de la vida, abrasada por un fuego interior. Ella conocía aquel dictado y se complacía en hacerlo repetir en torno suyo, pues halagaba poderosamente su vanidad ese cierto cartel de altiva y desdenosa. ¿Quién sabe si no habría sido ella misma quien adoptó aquel sobrenombre cuando, recién vestida de largo y solicitada por todos, oyera pronunciarlo por vez primera á algún adulator? Lo cierto era que la palabra había obtenido éxito, y el nombre de María Ozores quedó relegado á los sobres de las cartas, á los documentos oficiales y á la familiar conversación de los amigos. La «Invencible» era en los salones; la «Invencible», en las comedillas que levantaba cada uno de sus adoradores maltrechos; la «Invencible», para los conocidos que la veían pasar en su coche á la hora del desfile por la calle de Sevilla, y aun no faltó algún sandio cronista de sociedad que transcribió como una adulación el sobrenombre histórico.

Hombres de toda condición la habían pretendido, desplegando los recursos que más seducción ejercen sobre los corazones de mujer: ya el buen mozo presumido y cuidado, hermoso como un mármol de Fidias; ya el opulento personaje que poseía millones y disponía á su antojo del poder público; el noble cuyos pergaminos databan de la dominación goda, y el hombre de talento halagado

por la gloria justa, la única imperecedera. Todos habían ido cifrando sucesivamente su ambición en los ojos andaluces de María, suplicándola en vano aquel amor inaccesible, poniendo en práctica los más eficaces procedimientos para interesar el sentimiento de la muchacha. Bien lo decía su gesto, orgulloso y despectivo, de mujer acostumbrada á triunfar; la contrariedad más leve fruncía rabiamente la frente despejada, y era de ver en seguida, tras aquella muestra de indignación, brillar la sonrisa altanera que era su mejor arma, quizá la clave de su fuerza, un efecto misterioso de sugestión que ejercía la convicción de su propio poder: la superioridad y el desprecio.

Así fué que cuando D. Felipe escuchó la primera noticia de aquella fama de fortaleza inexpugnable, merecida por María, sonrió con gesto indefinido de complacencia, como si el trato constante con mujeres débiles, de coche y reservado, hiciera apreciar más tan loable superioridad de la chica.

— Ya sé que la llaman la «Invencible» — decía luego frecuentemente, — y eso me satisface, porque veo en ella una mujer capaz de navegar sola por el mundo.

¿Cómo no iba á celebrarlo, cuando su preciosa libertad de viudo alegre como una orquesta de tziganes, se veía fuertemente sujeta al cuidado de aquella niña que jamás sintió vocación por el matrimonio? Porque María Ozores, la gentilísima «Invencible», fundaba su poder, nunca humillado, en el odio y el desprecio que le inspiraban los hombres, los hombres, claro era, como amos, lo mismo novios que maridos; ninguno de sus adoradores había logrado encarnar la poesía de esa tiranía dulce que empieza entregándose á discreción de su esclava para fundamentar su poder en el amor, quizá en la gratitud.

— ¡Oh, los hombres! — decía. — Unos amigos cultos y fuertes, capaces de construir puentes y de curar enfermos; capaces también de encubrir con la súplica de hoy el despotismo de mañana... Pero de nada más.

Y vió pasar los años en la frívola conversación de sus amigos y en las negativas, frívolas también, que oponía siempre á cuantos decidían aventurar un requerimiento.

Y todo esto el padre lo sabía; jamás la vió rehuir la sociedad de los hombres, y él, por su parte, jamás la opuso una sola dificultad. Placíala escuchar sus apasionadas instancias, como se escucha á un loro que sabe de memoria su estribillo, ver cómo se ingeniaban para decir la frase más oportuna, para triunfar en un torneo de palabras á que la misma «Invencible» les retaba, con cierta familiaridad que ella concedía á poca costa. Pero luego, al intentar la más leve concesión de amor, hallábase el hombre con la negativa, ni enconada, ni refutable, sino perfectamente banal é insulsa.

Los amigables consejos de su padre, gran conocedor de las personas y del mundo, no habían surtido el menor efecto.

— ¡Oh, los hombres!... — seguía diciendo la muchacha en un supremo gesto de desdén, que tenía algo de *pose*.

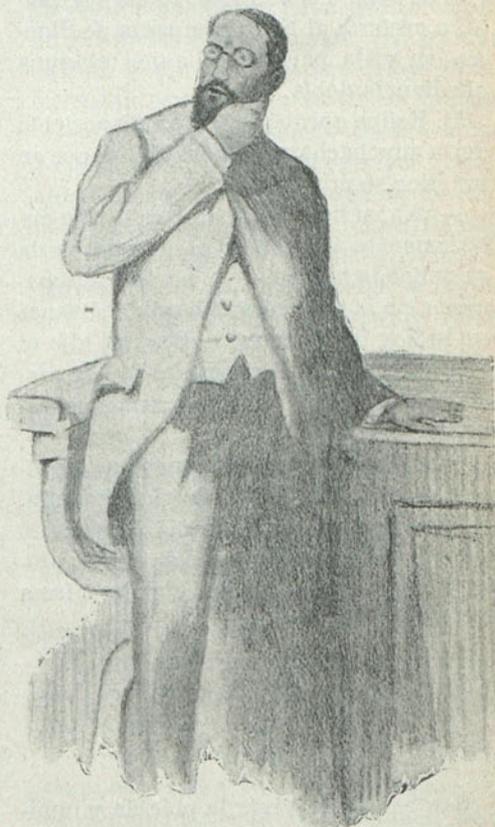
Por cuyo motivo D. Felipe había acabado por dejar á su hija en plena libertad de argumentación, ilustró su sonrisa enigmática con un par de frases más á su corazón incommovible, y siguió manteniendo en un prudente límite los amorfios fáciles propios de todas las edades, para no turbar la tranquilidad espiritual de María.

Tal vez aquella conversación á que la había llevado con misterio y rodeos cuando comenzaba el verano, tuviera por finalidad aflojar un poco los estrechos

lazos que ligaban sin esperanzas su actividad á la pasividad de la muchacha. Porque después de entornar los ojos, como se hace siempre al buscar palabras para decir algo ya determinado, el excelente señor continuó diciendo:

— Yo, sin embargo, no quiero privarte, hija mía, por la imposición de mis negocios — digamos ahora que María jamás conoció cuáles fuesen — de veranear en un sitio fresco y divertido; estás acostumbrada, y se me partiría el corazón de ver que lo echabas de menos. Ya que no tienes madre, yo me creo en el deber de estar en todo.

Á este efecto, D. Felipe había pensado en cierta pariente de alguna edad; bien



..... ES LA «INVENCIBLE»; YA SABES, AQUELLA ARMADA ESPAÑOLA...

necesitada de protección, que en otro tiempo desempeñara las funciones de aya durante la educación de María. Con ella podría ir á su playa del Norte, y si á él le fuera posible hacer una escapada...

Bien presumía su hija, derribada ea una amplia butaca frente á él, que no le sería posible, pero esto no obstante, de su frente había desaparecido la sombra de preocupación y nada tuvo que oponer á tan razonable proyecto. Hecha ya y habituada á la idea de permanecer soltera, veía bien aquella cierta emancipación de su padre, cuyos asuntos, fueran cualesquiera, no podían estar siempre á la zaga de las comodidades de la hija. Además, su carácter independiente y activo se avenía mal á toda tutela vigilante, y prefería al fin la compañía de Sidonia, su vieja pariente, á quien ninguna obediencia debía.

D. Felipe aprobó la buena disposición de la muchacha y comenzó á poner en práctica su proyecto.

— ¡Ah, si no fuera lo que es — dijo enfáticamente á la señora al encomendarla su delicada misión — yo no podría separarme de la niña ni una hora!... ¡Buenas están hoy las jóvenes!... Pero mi hija es una criatura privilegiada: es la «Invencible»; ya sabes, aquella armada española...

Pero se calló, para no tener que explicarla qué armada había sido aquella. Bien es verdad que la dama no necesitó saberlo para hacerse cargo de María, prometiendo velar sobre ella con la misma solicitud de una madre.

II

San Sebastián vivía la plácida y luminosa vida de sus veranos, llenos de mujeres hermosas, músicas y regatas. Por

las mañanas, en el boulevard, los mismos tipos conocidos de Madrid, algo más libres de preocupación, los mismos grupos de la Castellana, engolfados en iguales conversaciones, algo más breves y algo más frívolas, y también las mismas parejas dulcemente acompañadas por las madres, llenaban la vía anchurosa, frente á las terrazas de los cafés elegantes; parecía como un trozo de la vida cortesana, trasladado por algún prodigio á la pequeña ciudad de la costa.

Sólo una pareja era nueva en los complicados conjuntos de la playa, del boulevard ó del casino, siquiera la mujer fuese demasiado conocida por muchos; la «Invencible» tenía ya malparado el juicio de otro hombre que la acompañaba con la amable Sidonia en sus cotidianos paseos por la ciudad, cuando no en el automóvil de ella lanzado frecuentemente á breves excursiones por los tranquilos caminos de Hernani, de Zarauz y de Loyola.

Á poco de llegar aquel año á San Sebastián, María Ozores había conocido mediante una presentación banal á aquel inglés bien plantado, marino y filósofo, que, si no su aburrimiento, pues contra todas sus tradiciones los ingleses no se aburren nunca, paseaba por España su alma infatigable de viajero y su magnífico talonario de cheques. Muy pronto el recién llegado supo hacerse admitir francamente en la amistad de la «Invencible», sorprendida en su prejuicio vulgar ante aquel inglés agradable, y ella no le negó la asiduidad que de ordinario concedía á sus amigos; en virtud de la cual solían degenerar en adoradores, lo que es más triste, en adoradores fracasados; luego, cada uno de ellos se convertía en un irreductible enemigo y desaparecía para siempre de su lado. Precisamente Edward Grey se hallaba en el primer período de esta dolencia que no había ma-

tado á nadie, pero que había atacado á tantos.

En seguida fué imprescindible al lado de María, siempre, claro era, por iniciativa de él, sin que la muchacha hiciera nunca la más leve expresión de otra cosa que no fuese una invariable indiferencia. Desde un principio facilitó á la orgullosa muchacha una detallada noticia de su familia y de su capital: hijo único de un lord de gran nobre en Inglaterra, poseía un castillo y varios pueblos, tenía un *yacht* de recreo, automóviles, un balandro ganador de las regatas de Cowes... Aquellas noticias halagaron un poco la vanidad de María, á quien entusiasmaba la idea de desdeñar á un hombre de tan bellas cualidades, que hubiera hecho el sueño de otra mujer. Y admiró la candidez del honrado muchacho que plantaba por delante su abolengo y su fortuna. ¡Á ella!...

Los amigos de María le miraban con lástima, las amigas con cierto rencor, sólo propio de las mujeres que se ven preteridas.

— Ya verá, ya verá al fin lo que consigue—decían unos y otras con un secreto gozo.

Pero el inglés, que reservaba quizá sus entusiasmos para ella, frío y correcto con los demás, no parecía enterarse de aquella atmósfera hostil que levantaban ambos á su paso.

Cierta noche en el casino, á cambio de un préstamo que junto á la mesa del «treinta y cuarenta» le hiciera el inglés, alguien se creyó luego en el caso de advertirle, con esa officiosidad cruel de los experimentados que desean malograr una ilusión.

— Es una mujer imposible — terminó diciendo.—Odia cordialmente á los hombres... Se ha murmurado de ella.

Y el marino se limitó á contestar:

— ¿Qué me dice usted?... Es curioso...

Tras de lo cual se acercó á saludar á la «Invencible» que llegaba, y no se separó de ella en toda la noche hasta dejarla en la puerta de su hotel.

La confidencia no varió un ápice la conducta del obsequioso inglés, si bien es verdad que solamente la propia María hubiera logrado hallar alguna diferencia y en favor suyo; Edward era más exquisito, más amable, más rendido que nunca.

Pero lo que no sabían los demás era que el inglés no había aún vertido una sola frase de amor en los oídos tan habituados de María Ozores. Conversaciones indiferentes, literatura, música, viajes, algún pequeño diálogo sobre teorías raras acerca del eterno tema, pero siempre impersonales; únicamente concretaba cuando quería loar en una frase gentil los encantos físicos de su difícil amiga.

— Yo creo que el amor—decía—antes de dejarse oír, debe hacerse ver. Cualquiera es capaz de decir que es de día, pero nadie puede fingir un día artificial.

— Yo, en cambio, estimo — oponía la «Invencible» — que antes debe cerciorarse de si el otro corazón es capaz de amar.

— ¡Oh! eso es seguro — se limitaba á contestar Edward con gran desesperación de María.

En otra ocasión, no viéndose temida por aquel hombre especial, no pudo menos de decirle:

— Me parece, amigo Edward, que está usted perdiendo el tiempo.

— ¿Yo?... — contestó el inglés con asombro. — ¿En qué?...

Y ella calló mordiéndose los labios, porque efectivamente no podía decir en qué lo perdía.

Á partir de aquella tarde, el marino, siempre cortés y siempre sonriente, dejó de acompañar á la «Invencible», dedicándose únicamente á las expansiones propias de la vida veraniega. Se le veía

con los amigos en la terraza de Novelty, en el pequeño restaurant de Rentería ó navegando en su hermoso balandro recién llegado á San Sebastián. Pero al encontrar frente á frente á María, Edward destocaba atentamente la cabeza en un saludo afectuoso, y le hacía por costumbre, merced de su más agradable sonrisa. Nada más; á continuación él pasaba de largo y ni daba lugar, volviendo la cabeza, á que los observadores diligentes pudieran hacer una sola cábala.

Edward Grey era un inglés moderno, sin empaque ni aficiones raras, sino movido sencillamente por una sed nunca saciada de conocer gentes y un inmenso amor á las obras de arte, á los paisajes y á las mujeres de todas latitudes, tres maneras distintas de la belleza que tienen, sin embargo, un lazo de unión. Diáfano como pocos al primer trato, sabía sazonar su buena fe con alguna experiencia, que no bastaba sin embargo á nublarla, pero sí á ponerle fuera del montón vulgar de los cándidos ó de los tontos; antes bien, su buena fe venía á ser tan poco eficaz como el espejo de un laberinto, del que nadie hubiera logrado salir.

La fortuna de su familia, vieja estirpe de Escocia, cuyo tronco se remontaba al reinado infeliz de María Stuard, le habría facilitado, tanto en Inglaterra como en todos los sitios por donde pasaba, triunfos envidiables con las mujeres, á no haber tenido la firme decisión de sustraerse á este cálculo vulgar de ellas que parecía reservarle un triste porvenir de marido acaudalado, sin otro objeto que dar importancia á la vanidad de su mujer. Edward, por el contrario, no habría jamás hecho su compañera á una muchacha prendada de su posición ó que no supiese desdeñar aquella fortuna que fué siempre la clave de sus fáciles triunfos. Quizá por este mismo temor había renunciado á mujeres verdaderamente ena-

moradas, pero que no supieron separar su persona de sus millones, para que fuese más individual y más perfecto aquel amor. Con todas tenía siempre ganada la mitad, por lo menos, de la partida, sólo con decir quién era y aludir á los títulos de su padre.

—¡Oh, una mujer difícil!...—decía con frecuencia en las conversaciones de abordo con sus amigos.—Una mujer que sonriese con lástima frente á mi dinero y á mi castillo... Que se burlase de mi *yacht*, de mi abolengo y de la escuadra inglesa...

Por eso recurrió al sistema de hablar á las mujeres esquivas de todas aquellas cosas que habían sido el espejuelo de tantas, prontamente sustituidas con dolor infinito del inglés. Las hembras se habían pronunciado por el capital y ninguna supo disimular su ambición ó su vanidad, que en vez de evaluarla por sí misma, se cifraba en poseer un nombre ilustre y una fortuna cuantiosa; oh, aquel procedimiento, que usado en buena fe habría resultado pueril, era para Edward Grey de una eficacia terrible.

El caso de María Ozores era el primero, y por eso mismo llenó de alegría el corazón poco explotado del marino. Pero aquella alegría se nubló algo cuando más interesado por la única mujer que se había reído de sus libras, y más deseoso de vencerla por la sugestión de su persona, sólo halló en ella una indiferencia glacial y una evidente decisión de mantener el dictado de mujer imposible. Era atroz haber dado con la persona deseada, la única, y no lograr de ella un solo movimiento de simpatía.

Estas consideraciones llegaron hasta lo inaudito, hasta preocuparle durante sus solitarias sobremesas en el *hall* del hotel «Palais», abstraído en la contemplación del vacío, mientras la música tocaba los eternos valsos.

III

Subían lentamente Sidonia y María el camino accidentado que desde el *chalet* conduce hasta la Peña del Aguila, final

de toda excursión al monte Ulía, cuando apareció lejana la silueta bien dibujada del propio Edward. El sombrero gris, levemente derribado, hacia atrás la americana abrochada como siempre sobre la camisa de color, y la corbata oscura que no conocía alfiler, flameando al aire de la altura; su mano oprimía una

corpulenta «java» que había bastado á presentarle, pues era único ejemplar de su tamaño en todo San Sebastián. No le hubiera visto la cara y María le habría conocido lo mismo.

Aquellos días de soledad con Sidonia habían causado á la «Invencible» un profundo desasosiego, quizá una ira de

su amor propio acostumbrado á disponer de sus soledades y sus compañías. Algunas amigas quisieron llevarla con ellas á sus paseos y excursiones, pero María esquivó su presencia y continuó frecuen-

tando sola con su vieja pariente los únicos sitios que la estación de verano ofrecía. Diríase que temía su curiosidad y sus comentarios.

Momentos antes, la pequeña Julia Castillo, la rubia perversa de las frases dulces le preguntó, hallándola ante su refresco en el *chalet* de Ulía, si había ya desenga-

ñado á su nuevo adorador, y ella, con una inmensa contrariedad hubo de contestar que no había escuchado la menor insinuación del inglés.

— ¡Qué hombre de estuco!... — exclamó obsequiosa y cruel la amiguita. — ¡Con lo hermosa que eres!.. Será capaz de ir á enamorar en su tierra á alguna inglesa



—... SERÁ CAPAZ DE IR Á ENAMORAR EN SU TIERRA Á ALGUNA INGLESA TAN SOSA COMO ÉL

tan sosa como él. Por supuesto — añadió, — habría sido igual... ¿A tí te gustaba?

Aquel «gustaba», en pretérito que ella no había decidido aún, excitó los nervios de María Ozores.

— ¿A mí?... — contestó orgullosa, vertiendo en aquellas dos sílabas todo el amargor de su despecho.

Y ambas rieron á costa del inglés.

Pero aquella risa no era definitiva. La «Invencible» sentía un rabioso deseo de recobrar las galanterías de Edward para humillarle delante de todos. Cabalmente su encuentro, minutos después, vino á ofrecerla una ocasión excelente.

María aprovechó el momento en que él se detuvo para dejarlas paso, correcto como siempre y en actitud cortés.

— Haga el favor... — dijo en su tono, algo irónico, de mujer vanidosa. — ¿Ha olvidado usted quizá el hablar?...

El inglés se apresuró á aproximarse y tomar la mano breve que ella le tendía.

— ¿Con usted?... Nada de eso. Bien sabe que es mi única amiga en San Sebastián.

— Entonces...

— ¿Francamente?

— En absoluto.

— Pues bien, he supuesto que al decirme una vez que yo perdía el tiempo, quizá pretendiera indicarme que lo estaba perdiendo usted, y he temido, pues, malograr con mi presencia las esperanzas de alguien.

— ¡Qué idea!... ¡Esperanzas de alguien!... Usted no me conoce á mí... Ea, venga conmigo á la Peña del Aguila y no sueñe.

Orden que no se hizo repetir el marino, tomando nuevamente posesión del lado que le dejaba libre Sidonia.

El sol tocaba ya el horizonte de agua; comenzaban á retirarse los excursionistas hacia la estación del tranvía, instalada

cerca del *chalet*, y todos iban hallando rehecha la conocida trinidad de María, Sidonia y Edward.

Desde lo alto de la Peña del Aguila se distinguía la soberbia concavidad del golfo, sobre cuyas aguas rasaban los últimos rayos solares. La superficie azul del Cantábrico se animaba con las notas blancas de los balandros que evolucionaban fuera de la bahía; en el horizonte, el cielo que descendía hasta el agua para fundirse con ella en un largo beso de fuego, destacaba el vestigio de humo de algún buque invisible. Llegaba débil la sirena de un bote de vapor, el estampido de los chupinazos que anunciaban toros para el día siguiente. La cumbre del monte iba quedando sola frente al crepúsculo.

— Si esperamos unos minutos — dijo Edward á las señoras, — podemos ver el Rayo Verde.

El horizonte estaba despejado; ni un solo celaje se oponía á gozar del fenómeno desde la roqueña atalaya que erguía su monstruosa cabeza sobre el monte.

Edward y María hacían gala de una locuacidad pasmosa. Tuvieron el buen gusto de no añadir ni una explicación más acerca de aquel incidente que había puesto en riesgo sus buenas amistades; pero de cuando en cuando se oía risa de ambos, no tan mesurada como era costumbre, detrás de una festiva observación del inglés, ó en pos de un chiste infame que se permitía hacer María.

Ella evocó el recuerdo de aquella heroína de Julio Verne, que persigue con una curiosidad tan femenina la ocasión de contemplar aquel rayo que tan propicia é impensadamente se les ofrecía á ellos. Y ambos callaron, quizá porque los dos sabían el final de aquella novela.

Desaparecía ya el disco solar y se aproximaba el instante esperado. Hubo un momento en que sólo se percibió un pe-

queño trazo de luz en la misma línea del horizonte y en seguida brilló menos de un segundo la chispa de luz verde que filtraban las aguas del mar y que se distingue antes con la imaginación que con los ojos.

— ¡Qué hermoso es!... — prorrumpió Sidonia volviendo ya los suyos hacia los dos jóvenes.

— Oh, admirable... — asintieron ambos, aunque al igual que los protagonistas de la novela ninguno de ellos había mirado al horizonte.

Y emprendieron el regreso para alcanzar el último tranvía.

IV

Declinaba ya el sol, la hora propicia de las excursiones breves, durante los meses de verano, cuando María Ozores y Edward tomaron asiento en el ligero balandro cuyo nombre *Drake*, escrito en letrás negras sobre la proa, venía á ser en el mar como un desafío.

Próximo á correr las regatas y precedido por su justa fama de ganador mundial, María Ozores sentía gran deseo de navegar á su bordo, siquiera fuese un pequeño paseo. Expuesto aquel deseo al inglés, sólo tardó en ponerlo en práctica el tiempo indispensable de una noche y una mañana, invitando á las señoras acto seguido á tomar un champagne en Pasajes, á donde les conduciría el hermoso yate de Cowes patroneado por él.

Un inconveniente estuvo á punto de dar al traste con la excursión costera: Sidonia jamás había pisado un barco y guardaba profunda aversión al elemento fuerte y grandioso, que lo mismo se tragaba los balandros como los buques de gran porte. Su primer impulso fué negarse en absoluto á embarcar en aquella cáscara de nuez, cuyo largo mástil, car-

gado de velas, parecía amenazar terriblemente su estabilidad. Pero los ruegos de María, decidida si no á embarcar sola, y las rotundas afirmaciones del inglés, que juraba por su honor y por el de toda la armada británica el equilibrio inalterable de su balandro, vencieron por fin aquellos escrúpulos, hijos de la rutina, y accedió á acompañar á María para aceptar con ella el champagne de Edward Grey.

El mar estaba inquieto aquella tarde; un vientecillo fresco desgreñaba la cabellera de la «Invencible», débilmente protegida por un sombrero de piqué sujeto con dos agujones de plata. La superficie del agua, erizada de blancos lomos, se agitaba intranquila con el ruido característico de las olas violentas. En el cielo vagaban las nubes de color plumizo, que sitiaban por todas partes el zénit.

Cuando llegaban al muelle de piedra, flanqueado por las embarcaciones pesqueras, habían oído decir á unos marineros, que por rara excepción hablaban castellano, quizá para hacerse entender á modo de prudente aviso:

— Me creo que hoy tenemos galerna.

Y aunque el inglés pretendió tranquilizar con la autoridad de una sonrisa negativa suya los ojos espantados de la buena señora, ella no logró desechar cierta sensación de terror que se tradujo en una observación atinada:

— Sería mejor esperar á mañana y pasear hoy por tierra, ¿eh?

Pero María salió á su encuentro rápida, agresiva:

— Esperar á mañana... ¿Por qué? ¿Tienes miedo?

— No lo niego, hija, ya oyes lo que dicen esos hombres.

— Por reirse... Edward dice que no es nada.

El aludido se creyó en el caso de asentir:



— ¿HA OLVIDADO USTED QUIZÁ EL HABLAR?...

— No se desanime, nada nos pasará. Además, si ustedes no quieren, podemos hoy no ir á Pasajes y dar solo un paseo para volver aquí.

Sidonia no se dejó coger en este lazo. Sabía muy bien lo que valía la voluntad de María cuando se había propuesto ir. Habíanse detenido sobre el muro de piedra, cerca del embarcadero; soplabla el viento en inquietos rafagazos cargados de humedad y las olas se rompían contra el paramento de granito con el blando estrépito del agua batida. Junto á la escalerilla, un bote con dos hombres aguardaba su decisión, balanceado por la suave ondulación de las aguas del puerto.

— Vamos ya, ea — dijo impaciente la muchacha,

Y como Sidonia se mostrase poco dispuesta aún, la «Invencible» añadió impulsiva:

— Bueno, yo voy, ¿quién me sigue?

— Yo la precedo — se apresuró á ofrecer el inglés.

— Pues yo me quedo, hija — opuso la señora, decidida también ante la franca rebeldía de la muchacha.

— ¿Nos esperas aquí entonces? — preguntó la chica descendiendo ya á la embarcación.

— Pero María...

— Nada, ya está dicho... Espérame si quieres en la terraza del Club Náutico. Será un paseo breve, ¿verdad Edward?

El inglés se inclinó:

— Usted manda siempre y sólo se hará lo que usted quiera.

— Si Dios quiere también — murmuró aterrada la señora.

Edward había puesto ya un pie en el bote y ayudaba á embarcar á María. Luego de instalar á ésta en un banco, ofreció sus manos á la dama.

— No, señor — rehusó ella. — No me atrevo, es una locura... Tráigame pronto á esa chiquilla.

Sonaban en sus oídos como una disculpa las palabras del padre:

— Ah, si no fuera como es, no podría separarla de mí ni una hora... Pero María es una criatura privilegiada: es la «Invencible»...

Y como otra disculpa más poderosa, recibió de pronto en la cara el vigoroso latigazo de un golpe de viento que zarandó las jarcias contra la arboladura de los barcos atracados al muelle. Ya no hacía sol; las nubes plomizas habían acabado por tender un dosel de vellones grises sobre la bahía; sólo el monte Igueldo recortaba aún su cono, rematado por la vieja torre, sobre un trozo de azul.

Sidonia vió llegar el bote al costado del balandro y luego ponerse éste en movimiento, levantado en un sensible balanceo por las olas de la bahía. Ella tenía el propósito de contemplar sus evoluciones desde la terraza del Club, pero aún no se había movido del muelle; en su imaginación se alzaba pavoroso frente al fantasma negro de la tormenta, el no menos terrible de la responsabilidad. Oh, si les ocurriese algo; si María, invencible y todo... Pensó en la cara terrible del padre, en sus puños crispados, en un proceso de escándalo, quizá... No debió dejarles partir sin ella.

En aquel momento el *Drake* enfilaba con su botolón el paso derecho de la isla de Santa Clara, y como un ave que tiende al fin sus alas en plena libertad, desplegaba fuera de la bahía todo el blanco velamen que le dió cierta gallardía de cisne.

Aquella salida fuera de la rada acabó de alarmar á Sidonia. ¿Cómo vigilar á María convertida en una insignificante mota blanca sobre la rauda nave que abandonaba la bahía aunque fuese para volver?... Y la galerna que seguía amenazando, cada vez más inminente, hasta hacerse percibir de sus sentidos tan

profanos á los fenómenos del mar....

Acababa de atracar al muelle un bote de vapor, cuya máquina funcionaba aún con estruendo, acrecido en el silencio que ponía sobre la dársena la proximidad indudable de la tormenta.

Sidonia, presa por todas partes de un terror pánico, tuvo entonces un gesto heroico, de ese heroísmo que se derrocha inadvertidamente en la vida, con más frecuencia aún por las mujeres.

— ¿Podríamos alcanzar á aquel balandro? — interrogó de pronto dirigiéndose al patrón.

El hombre se quitó la pequeña gorra y contempló con sus ojillos perspicaces, francos, la silueta lejana del yate.

— Alcansar...—respondió esforzándose por hacerse entender. — Antes de que te coja viento... quisá. Pero ya es mal día, ¿sabes, señora?... mal día.

— Pagaré lo que sea preciso — insistió ella, aunque desde el fondo de su alma leseaba que no accediese el patrón.

Pero sólo obtuvo un honrado gesto de desinterés y una lenta negativa de su cabeza cana.

— Sólo se trata de un pequeño paseo, va á regresar aquí—añadió todavía.

— Ya no, ya no...—se excusó el marino nuevamente.

Y señaló al balandro que desaparecía por la derecha, tocando casi el agua con su vela hinchada por el viento tempestuoso.

Aquella vez los pronósticos de Sidonia se cumplieron. Minutos después comenzaba la tempestad sublime y tremenda; un viento huracanado deshacía las crestas blancas de las olas que habían crecido en tamaño y violencia hasta convertirse en trágicas montañas de arrollador empuje.

En el muelle el viento hacía imposible casi mantenerse en pie; Sidonia apresuróse á ganar las primeras casas, guare-

ciéndose en un portal del viento y de la lluvia que en gotas gruesas había comenzado á caer torrencialmente; brillaba á intervalos el relámpago, y el trueno rodaba ronco sobreponiéndose al rumor del vendaval y de las olas.

Entonces, ya en seguridad ella y satisfecha de haber hecho todo lo posible por correr la suerte de María, Sidonia se acordó nuevamente del balandro. La última vez que le vió había creído notar que recogía velas ante la violencia del huracán; luego no había vuelto á percibir su gallarda figura inclinada al empuje del viento. Una gran inquietud por el riesgo del ligero balandro, abandonado á la tempestad, asaltaba el ánimo de la excelente dama en su egoísta satisfacción de haber quedado en tierra. Si sus piernas reumáticas lo hubieran permitido habría subido el empinado monte del Castillo para escrutar la superficie del mar, en busca de alguna referencia de la velera embarcación.

Pero esto no era posible y hubo de limitarse, cuando aplacó la lluvia y cedió algo la intensidad de la tormenta, á llegar hasta el Club Náutico en busca de algún informe que la tranquilizase. Allí encontró amigos de María, concurrentes de todos los años á las famosas regatas de Cowes, que, además de asegurar las soberbias condiciones marineras del *Drake*, respondían á una de la exquisita urbanidad del inglés.

— Además — dijo uno — el nombre de María Ozores será siempre la mejor garantía.

No obstante aquellos pronósticos, á instancias de la inquieta dama funcionó el telégrafo con los pueblos inmediatos, y dos horas después, á las diez de la noche, contestaban de Fuenterrabía la nueva de haber entrado de arribada forzosa el balandro *Drake*, de Cowes, sin novedad en sus pasajeros.

V

Sidonia recogía algunos objetos de valor en un pequeño saco de viaje, cuando recibió la siguiente carta:

«Querida Sidonia:

»No te afanes más en buscarme, ni me espères. Ya habrás imaginado las cosas que han ocurrido casualmente ayer. Edward me amaba. Yo descubrí durante el viaje que le amaba también, y ya sabes lo que son estos ingleses: la tempestad, la noche, el hotel de Fuenterrabía, el escándalo que anoche mismo rodaría por bocas de todo San Sebastián... Cosas eran estas que requerían una satisfacción cumplida á mi buen nombre, y él se ha apresurado á ofrecérmela; yo no sé cómo tenía todo dispuesto, pero lo cierto es que esta mañana, ante el cónsul inglés de Biarritz, hemos firmado nuestros esponsales, que notificamos al de España, y sólo esperamos el consentimiento de papá que dé completa validez nuestra unión. Soy muy feliz, querida; Edward es el mejor de los hombres, y me adora.

»Recoge mis cosas, y guarda tú como recuerdo mío la sortija de los dos brillantes que te gustaba tanto.

»Por ahí se dirá que esta sorpresa estaba premeditada; pero puedes asegurar que no es verdad. Por lo menos Edward y yo no nos habíamos puesto de acuerdo.

»Papá debe estar furioso. ¿Quieres encargarte de aplacar sus iras y alcanzarnos su perdón?

»Perdona tú el susto que te habré proporcionado, y recibe un abrazo de tu dichosa

»MARÍA».

VI

Cuando llegó Sidonia á las puertas del despacho de D. Felipe, ofrecía un as-

pecto parecido al que llevaría al presentarse al rey un almirante que hubiera perdido su escuadra. Veía al padre iracundo, desarrollando su gran estatura detrás de la mesa tallada, enhiestos los brazos y crispados los puños, acusándola de aquel escándalo que había venido á poner en vergonzosa evidencia su nombre sin tacha y sus vaticinios de padre confiado.

Ya llevaba aprendido su discurso cuando penetró por aquella puerta, que momentos después había de pasar nuevamente en violenta expulsión. Pero vencidas ya las vacilaciones, que habían durado todo el viaje, tenía trazada enteramente su línea de conducta.

Don Felipe escribía una carta de respuesta á otra esquelita de color azul, abierta encima de su mesa, cuando Sidonia apareció en la puerta del despacho, levantando medrosamente el tapiz, que representaba un episodio de la historia de España.

La sorpresa de la buena dama fué muy grande al ver á su pariente levantarse amable del sillón y acogerla con toda galantería, iluminada su cara por la eterna sonrisa de hombre mundano. Ya estaba enterado por una detallada carta que Sidonia le dirigiera á raíz de recibir la de María; pero no hubiera supuesto la fracasada dueña una acogida tan favorable tras de lo mal que ella había respondido, por lo menos aparentemente, á su confianza.

Y no fué sólo eso, sino que al tiempo de estrechar sus manos y hacerla sentar en una butaca frente á la mesa, el excelente padre cortó sus explicaciones antes de comenzadas, y aun tuvo el valor de decir, excediéndose á Felipe II:

—Calla, hija... Yo no te encargué de combatir con los vientos; ni siquiera con los ingleses.

— Luego tú crees...

— Que has superado á todas mis esperanzas; yo no podía pedirte el sacrificio.

Una pesada losa que hubieran quitado de encima á la buena señora no la hubiera dejado en mayor bien. El enigmático D. Felipe jugaba negligentemente con su gran bolsillo de piel abandonado encima de la mesa, y, negligentemente también, colocaba en él dos buenos billetes de los grandes.

Sidonia, desvanecida de júbilo, recordó el encargo de María, y sintió un generoso deseo de hacer bien.

— ¿Perdonarás á tu hija?

— Claro que sí... ¿Para qué es uno padre sino para perdonar?... Pobrecita hija. Ella hubiera resistido á un combate franco; pero estos ingleses siempre han sido maestros en no combatir y dejar sencillamente al tercio de azar la derrota de las «Invencibles».

Y luego añadió, refugiándose más que nunca en su sonrisa:

— Aquí la víctima soy yo. ¡Quedarme solo á mis años!... Dime tú si ahora no está justificado que yo haga cualquier cosa: que me dé al mundo...

RICARDO DONOSO-CORTÉS.



DEL SIGLO XVII



Muerte de una reina.—La vida madrileña.—Lope acuchillado.
..... *Tuicio acerca de Lope.*

El nacimiento del infante Don Alonso, ocurrido en El Escorial á 22 de Septiembre de 1611, ocasionó la muerte de su madre Doña Margarita de Austria, doce días después, á 3 de Octubre, siendo general el sentimiento por tan sensible pérdida en la villa y corte de Madrid, donde se conocían las altas virtudes de la augusta señora.

Hallábanse contristados los ánimos, enlutadas por defuera las personas que pudieron costear la librea del sentimiento oficial, y por dentro, entre otros muchos, los estómagos de los pobres comediantes, á causa de haberse cerrado los teatros.

En toda desgracia nacional ó calamidad pública, los primeros perjudicados eran los cómicos, porque la primera pro-

videncia que se tomaba, fuera ó no pertinente y necesaria, era cerrar los teatros; y como se cerraban por tiempo indefinido, luego costaba Dios y ayuda el volver á abrirlos. Para lo primero, cualquier motivo ó pretexto era bueno; para lo segundo, todo eran inconvenientes, obstáculos y trabas.

Coincidió la muerte de la reina Margarita con la entrada en Madrid (cuando volvió por segunda vez á España) del poeta mejicano D. Juan Ruiz de Alarcón, licenciado en Leyes, y más tarde uno de los primeros autores dramáticos del gran siglo de oro.

En aquella su segunda vuelta á España, Alarcón venía agregado á la servidumbre del Marqués de Salinas, y perteneciendo por esta causa al elemento ofi-

cial «tuvo que comprarse lo primero un luto grande, embayetándose de pies á cabeza con la loba, capirote y demás arrequives de ordenanza, por extremo fatigosos, y que prestar oídos á la murmuración de pañeros, sastres y mercaderes, por dilatarse las honras, con motivo de faltar el dinero (contratiempo que lo mismo suele acaecer á los muertos que á los vivos), por no construirse de nuevo el túmulo, y echarse mano de uno que había servido en otras ocasiones».

Tal era entonces la penuria del Erario público que por falta de recursos se retrasaban aquellas importantes honras fúnebres. Trajéronse para los oficios los riquísimos y lujosos ternos del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial; y todo parecía poco, excepto el número de las luces, «por no haber en el mundo con qué poderse honrar la memoria de un ángel».

Es de advertir, y bueno es hacerlo constar, que la penuria del Real Patrimonio se debía, principalmente, á la pasión del juego, que dominaba al rey Felipe III, hasta el extremo de perder fabulosas cantidades, lo cual era burla y escarnio del Cuerpo diplomático.

Contrastaba la escasez y miseria de aquellos días con el despilfarro y vanidad y ostentación de pocos meses antes, cuando á 26 de Agosto de aquel mismo año murió la Duquesa de Uceda, nuera del omnipotente favorito, y se trasladó el cadáver á Valladolid para ser enterrado en el panteón de familia. Acompañáronle—dice un historiador—mil y quinientas mulas de alquiler, costando cada día de camino treinta y tres mil reales. Tal contraste desataba la vena de los poetas satíricos, y holgábase Lope de Vega, en una de sus famosas *Cartas*, «de haber nacido en tiempo que haya visto semejante maravilla, que un muerto coma cada día tres mil ducados; y más habiendo leído

en una crónica de España que á una infanta della dieron de dote mil maravedís».

Parece imposible—y, sin embargo, hay que rendirse á la evidencia,—que hubieran de retrasarse las honras fúnebres de la reina de España por falta de dinero, cuando se había llegado poco antes hasta el más escandaloso despilfarro, tratándose, no de honrar la memoria de una reina, sino la de la sobrina de un favorito;—bien es verdad que ha habido favoritos en España que se han creído superiores á los reyes. Tal aconteció, por ejemplo, unos años después con el Conde Duque de Olivares, y más tarde con Godoy...

El cadáver de la reina Doña Margarita de Austria fué depositado en San Jerónimo el Real, y con pretexto de ver el túmulo para rendir á la augusta finada los últimos homenajes, «las mujeres, y tras ellas el vulgo, que hacen de todo fiesta, convidados por la serenidad del tiempo, acudían á pasear y codearse en torno de San Jerónimo, tomando puesto delante del compás de la iglesia los coches, de que se contaban en Madrid legiones como demonios», por lo mismo que trató de reducir su número una famosa pragmática sobre tratamientos, ceremonias, coches, trajes, bordados y tapadas, publicada el 5 de Enero de aquel año de 1611.

Por esa pragmática reducíanse los coches á cuatro caballos, previniendo que no pudiesen ir en ellos sino mujeres; debiendo ir con la señora del coche su marido, padre ó abuelo ó hijos pequeños solamente, y todas las mujeres que quisiesen, como no fuesen tapadas, no pudiendo prestar los coches á nadie. Añadióse que á ningún hombre le fuera permitido pasearse en coche sin licencia, por decir que andando en ellos se afeminaban. Señalóse el plazo de treinta días, y se pro-

hibió la construcción de coches sin autorización del Presidente de Castilla.

Nadie hizo caso de esa pragmática en lo tocante á los coches, como hubo ocasión de ver en los funerales de la reina y en otras solemnidades y fiestas, y Quedo la puso en solfa en un romance graciosísimo.

El afán de burlar las leyes es vicio endémico en España desde tiempo inmemorial.

En tan solemne día (el en que fué depositado el regicadáver en San Jerónimo) predicó el sermón de honras nada menos que el jesuita Florencia, tenido entonces por una lumbre de la Iglesia, y después

del sermón, que fué—decían—modelo de elocuencia, hubo tres largas misas de tres cardenales, siendo de admirar el concurso de damas y de próceres y de sus más estimados familiares, hallándose entre estos últimos D. Juan Ruiz de Alarcón, como agregado al Marqués de Salinas.

Verificadas las ceremonias religiosas y realizados los públicos homenajes, tocó

el turno á la poesía, como era natural y lógico ó, por mejor decir, imprescindible, en una época en que florecían las letras castellanas. D. Diego Gómez de Sandoval, hijo segundo del favorito y Conde de Saldaña por su mujer Doña Luisa de Mendoza, de la casa del Infantado, inau-

guró una academia literaria que había fundado, dedicando aquella primera sesión á honrar la memoria de la reina Margarita con una corona poética. Tenía su palacio el prócer fundador de la dicha academia en la calle del Infantado, á espaldas de la parroquia de San Andrés, entre la plazuela de la



LA REINA DE ESPAÑA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA,
ESPOSA DE FELIPE III

Paja y la Puerta de Moros, siendo convocados al efecto los más grandes poetas de la corte.

Invitado, como era de rigor, el Marqués de Salinas, presentábasele á su familiar Ruiz de Alarcón, que aún no era conocido como poeta, la ocasión ansiada de admirar reunido y de cerca lo más selecto del Parnaso español. «Al entrar en la sala—dice Fernández Guerra—detrás de D. Luis de Velasco, saludando á dere-

cha é izquierda, dióle el corazón un vuelco al reparar en cierto soldado mal vestido, de aspecto venerable, como de sesenta y cuatro años, el cuerpo ni grande ni pequeño, la barba de plata, con algunas muestras de haber sido de oro, los bigotes grandes, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, pero de muy noble continente. El soldado no se cuidó del contrahecho, y á éste vino á quitársele el gusto para toda la noche.»

El soldado era Miguel de Cervantes Saavedra. Muy pocos años (1606-1608), Cervantes y Alarcón habían sido íntimos amigos en Sevilla, y el segundo llamaba al primero su maestro querido é idolatrado. Al encontrarse en el palacio del Conde de Saldaña, como Judas, y con menos disculpas que Judas—porque no había recibido los treinta dineros—negó á su maestro, fingiendo no conocerle, á causa de encontrarle mal vestido—como si el inmortal *Quijote* no fuese la más rica vestimenta del Universo...—Ya en otra ocasión he reseñado este episodio; pero bueno es repetirlo para escarmiento de desagradecidos y de ingratos.

Volvamos á la inauguración de la academia literaria. Los poetas fueron citados á las seis de la tarde, y todos acudieron puntualmente, aunque es de presumir que muchos de ellos no tendrían reloj; pero el egregio conde no se dignó aparecer en el salón hasta las diez de la noche;—lo que prueba el *respeto* y la *consideración* que le merecían aquellos *pobres diablos* y la elevadísima idea que tenía de su propia persona.

Al constituirse la academia en sesión, hizo de secretario Lope de Vega, leyendo una composición excelente, como suya, alusiva á la inauguración y al hecho luctuoso que la motivaba. Todos los poetas convocados al efecto leyeron poesías fúnebres á la buena memoria de la

reina Margarita, excepción hecha de Ruiz de Alarcón, el cual, como queda dicho, aún no era conocido como poeta ni había sido invitado personalmente, encontrándose allí como acompañante del Marqués de Salinas. Asistieron también otros muchos nobles, entre ellos los Duques de Feria y de Pastrana.

La sesión duró hasta la una de la madrugada, y los poetas que estaban allí desde las seis de la tarde «salieron tales de hambre, cansancio y frío, lodos y quejas, que muchos formaron propósito de no volver al reclamo», no obstante haberse repartido asuntos para que sobre ellos trajesen versos el sábado siguiente.

Ya que el Conde de Saldaña se había presentado cuatro horas después de la cita, lo menos á que estaba obligado, por el más rudimentario de los deberes de la hospitalidad, era á dar de cenar espléndidamente á sus invitados; mas á lo que parece, el hijo del favorito no se creía obligado á usar ninguna consideración con los poetas ni tampoco con sus compañeros los aristócratas que habían respondido á su llamamiento.

* * *

En la época á que se contrae esta narración, Madrid era una verdadera *Corte de los milagros*, muy semejante á la que describe Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París*.

Ya se sabe que á las grandes y populosas ciudades afluye toda la gente maleante, cuya especial manera de vivir es totalmente imposible en las pequeñas poblaciones; donde todo el mundo se conoce, y donde, además, es inútil toda inventiva fuera de lo racional y de lo corriente. En resumen, que no hay escenario para los personajes empíricos y *episódicos* de la comedia humana en poblaciones de escaso vecindario.

Teniendo en cuenta tales razones, hay

que añadir que aquellos primeros años del siglo XVII, por causas cuya explicación fuera prolija é innecesaria á nuestro propósito, rebasaba el límite de lo normal, con relación á otras épocas, el número de gente perdida, en punto á mujeres livianas, pícaros insolentes, rufianes descocados, ladrones audaces y embusteros y quimeristas.

Según un cronista de aquel tiempo, «verbeneando por la corte los pretendientes, agentes, mercaderes y traficantes, sobre ellos se lanzaba, como langostas, una nube de rateros y estafadores, buscones y caballeros de industria, ingeniosas Elenas y astutas Celestinas», contra cuya caterva toda precaución era inútil y toda previsión baldía.

Cuéntase del pretendiente Ruiz de Alarcón que, no obstante su aprendizaje de Salamanca y su experiencia de Sevilla, donde había tenido ocasión de estudiar las tretas y artimañas y marrullerías de los más *escogidos* pícaros, rufianes, hampones y busconas y entretenidas, «fué á dar con su cuerpo y su bolsillo en la posada de una maléfica Circe, diestra en recibir un papel con facilidad y contestarle con artificio; persona de cuenta, con estrado, silla de manos, esclavos y esclavas, mona y papagayo, criado gracioso, escudero poltrón y portero bien enseñado, para cuyo Argel no había redención de cautivos».

Si á un hombre tan listo y avisado y suspicaz como Alarcón le jugaron esa pieza, ¿qué no sucedería con personas de pocas luces y de cortos alcances? Como menudeaban los engaños, las estafas, los hurtos, los robos á mano armada y hasta los crímenes de sangre, las autoridades hubieron de tomar algunas previsoras medidas. Al objeto de evitar los daños que se ocasionaban á los forasteros y aun á los indígenas en las llamadas casas de huéspedes, las más de las cuales mere-

cían el nombre de ratoneras ó trampas para cazar incautos, se crearon en Madrid salas especiales de gobierno y policía (lo que llamaríamos hoy delegaciones ó comisarías), dividido el cuidado de las rondas y velas por cuarteles, ó sea por distritos; se nombraron agentes que averiguasen la vida y milagros de los dueños de hospederías y la de los forasteros, negociantes y pretendientes, limitándose con rigor la licencia á los unos y la asistencia á los otros. Topábase á cada paso con una tablilla sobre una puerta que decía: *Esta es casa de posadas*, «y en el zaguán solía estar sentado, con aspecto estudiadamente venerable, el huésped, como la araña en lo más bien urdido y más aparente de la tela».

Más de una vez se averiguó que el hospederero de *aspecto venerable* era un pícaro redomado, un tuno como una loma, reclamado por la justicia y cancerbero de alguna deidad pecaminosa, de la misma laya que la que supo engasutar y engañar á Alarcón.

Como espectáculo propio de aquel ambiente y digno de aquel pueblo, el 1.º de Diciembre del ya repetidamente citado año de 1611, «á presencia de tres azotados tostaban en el quemadero á un mulato y perdigaban á un niño en la llama». Despoblóse Madrid para presenciar el horrible espectáculo; mayor número de coches, mulas, caballos y rocines (según testimonio de Lope de Vega), no se vio jamás en entrada ni salida de príncipe, y á la que hicieron los reos por la puerta de Alcalá, pues allí estaba situado el brasero, dió el vulgo en tirarles lodo, sin respetar damas ni señores.

En el mulato se castigó el delito de sodomía; los restantes reos eran sus cómplices.

El delito, el espectáculo y los espectadores estaban en perfecta armonía...

Poco tiempo después escribía Alarcón,

acerca de las costumbres madrileñas, en su famosa comedia *Todo es ventura*:

Sierra-Morena en Madrid,
pues allí roban á tantos,
mil damas ricos despojos,
llevando armas en los ojos
y máscaras en los mantos.

* *

Pocos días después de verificado el es

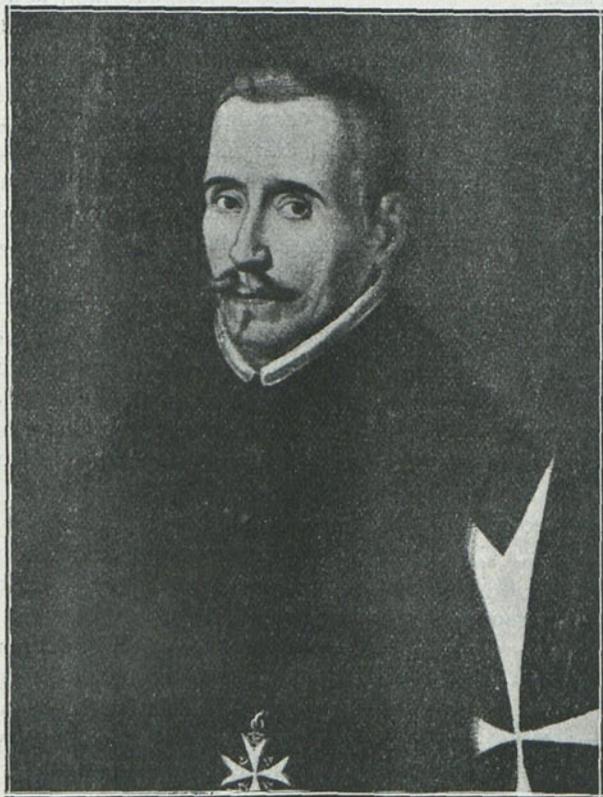
pectáculo inquisitorial de que se habla más arriba, á 19 de aquel mismo mes de Diciembre, un lunes, á las ocho de la noche, ocurrió cierto lance que á la mañana siguiente fué objeto de todas las conversaciones en el Mentidero, en las gradas de San Felipe, en el Prado de San Jerónimo y en todos los parajes y corrillos donde se reunían, respectivamente, los nobles, los comediantes y los poetas. Súpose con asombro por parte de los unos, y sin que en los otros produjese la menor extrañeza, que Lope de Vega, el Fénix de los ingenios é ídolo del público de los teatros, había sido bruscamente acometido y acuchillado, salvando la vida milagrosamente.

Según la versión más autorizada, el

hecho que con tanta viveza se comentaba ocurrió de este modo:

«La hermandad de los esclavos del Santísimo Sacramento, fundada en el convento de Descalzos de la Santísima Trinidad, á espaldas del palacio del Duque de Lerma, hoy de Medinaceli (1), debía elegir oficios el día 27 para du-

rante el año de 1612. Quiso Lope añadir al aplauso de su inmensa popularidad y fama el realce de ser uno de los cuatro conciliarios á quien se encomendaba anualmente el gobierno de la congregación, compuesta de lo más lucido, eclesiástico y seglar de la corte. Sabía que nadie hace mejor sus cosas que uno mismo; que no hay en los negocios tan buenos auxiliares como el secreto y cau-



EL FÉNIX DE LOS INGENIOS LOPE DE VEGA CARPIO

tela, y poseía el arte de conseguir que le rogasen con lo propio que deseaba. Á las dos horas de anochecido, y envuelto en su capa hasta los ojos, tanto por el frío como porque no le conocieran, se fué á los Descalzos, y obtuvo la seguridad de

(1) Este palacio estaba en el lugar que ahora se llama «los derribos de Medinaceli», donde se están construyendo varios edificios.

la elección, visitando al P. Fray Agustín de San José y al P. Fray Alonso de la Purificación, uno de los fundadores de la cofradía, ambos en ella por demás influyentes. Volvía por la calle de Francos arriba, cuando comenzaron á llover sobre él cuchilladas y mandobles, sin que pudiera desenvolverse ni meter mano á la espada.»

Tal es la más completa versión de aquel suceso singularísimo; pero, lógicamente pensando, hay que poner en duda el final de ese relato, que, de haber acaecido puntualmente como se refiere, no lo hubiera podido contar el insigne poeta. Al día siguiente, refiriendo el caso á los condes y marqueses que le visitaron, decía Lope:

«No me hirieron, y los que ven mi capa lo juzgan á milagro; antes la persona que intentó lo que digo, cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre. De donde se entiende que yo estaba inocente y él engañado.»

Aquí viene bien aquello de: «Habló poco, pero bueno». El mismo Lope, en esas pocas palabras, aclara el misterio. Se dice en la versión que dejamos copiada que no pudo en aquel trance *desenvolverse ni meter mano á la espada*. ¡Vaya si pudo! La persona que le acometió (según su relato fué una sola) «cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre». ¿Mucha sangre, de una simple caída? Ya se necesitan tragaderas para pasar esa bola.

Por modestia, sin duda, ó tal vez por no tener cuentas con la justicia, que en aquel tiempo más que confianza inspiraba terror, habla Lope de la caída *ocasional* de su acometedor, añadiendo en seguida que el tal, al acometerle, *estaba engañado*. ¿Se quiere mayor claridad?

Lo que debió ocurrir; lo que ocurrió, de seguro, fué que Lope de Vega, que manejaba lo mismo la pluma que la es-

pada, al ver que se le acercaba un *bulto sospechoso*, lo esperó á pie firme; se defendió bizarramente y lo tendió á sus piés, demostrándole, como afirmaba luego, que *estaba engañado*...

Sabido es que los caballeros de aquel siglo, al aventurarse de noche por las calles de Madrid, llevaban una mano en el embozo de la capa y la otra en la empuñadura de la espada, y así iba seguramente Lope de Vega en aquella ocasión. Eso es lo indudable, lo racional.

Cuenta también la crónica que Lope, después de haber recibido la agradable visita de los grandes señores que fueron á felicitarle por haber salvado la vida *milagrosamente*, «á la gran suma de poetas que entró en su aposento con la mayor gana de hablar, hizo advertir que necesitaba de silencio y de reposo».

Y también ese rasgo es muy propio del Fénix de los ingenios.

*
*

Como queda dicho, en muchas personas no causó la menor extrañeza el atentado de que fué objeto, que no víctima, Lope de Vega, antes al contrario, lo encontraban lógico y les parecía natural, habida cuenta de los muchos enemigos que tenía el poeta agredido. Con efecto, Lope tenía, además de los enemigos numerosos y formidables que en sí lleva el éxito brillante y nacen de la envidia, otros muchos que él se había creado por su carácter y con su conducta.

En aquella época el mérito y crédito del poeta, del pintor y del orador, hallábanse en manos y en arbitrio de los grandes señores de la corte; sin cuya protección, dispensada á son de trompeta, era inútil todo esfuerzo intelectual. El sermón elocuente, el buen libro, el cuadro excelente y la comedia famosa, necesitaban, si no habían de parecer, la sanción y el aplauso de los magnates en el patio de

Palacio, en las gradas de San Felipe, en los aposentos (palcos) de los corrales, en la huerta del Duque de Lerma y en el Prado de San Jerónimo. Á decir de todo *ex-cátedra* y á que su opinión prevaleciera sobre las de los demás, sin admitir ni tolerar la observación más leve, lanzábase el hombre acaudalado y aristocrático, movido de insufrible petulancia, de necia presunción y de ridícula soberbia, creyendo que para ser y parecer príncipe ó gran señor le era preciso é indispensable hacer ostentosa gala de ciencia infusa, mirar con menosprecio las obras de los más peregrinos ingenios y, no obstante, tener uno de ellos en su servidumbre asalariada, no por hacerle favor, sino para servir su vanidad satánica.

Á este propósito dice un ilustre escritor y cronista, tan imparcial como verídico:

«Nadie tan feliz por entonces, en la bien merecida predilección de la aristocracia, como Lope de Vega Carpio. Nadie tan mimado á toda hora de Córdoba y Silvas, de Mendozas y Toledos; nadie con mayor cautela y astucia, aunque á costa de la propia dignidad y de la conciencia muchas veces, para tener ciega y aprisionados la voluntad y el más resuelto patrocinio de un protector ilustre, joven, fastuoso y mujeriego. Habíale hallado, por el verano de 1606, en D. Luis Fernández de Córdoba, Cardona y Aragón, Duque de Sessa, de Baena y Loma, Conde de Cabra, gran almirante de Nápoles y comendador de Bedmar en la orden de Santiago. Mozo á la sazón de veintisiete abriles (diecisiete menos que Lope), acababa de heredar á su padre, y ambicionaba ostentar el boato y autoridad de sus títulos, enemigo de fatigar su imaginativa con ningún clase de estudios, ni de atentar con la molestia más leve á la incorrupta virginidad de su entendi-

miento; de cortos alcances, pero de suma codicia, por parecer ilustrado y poeta.

»La vanidad era su flaco. Ataviarse, pues, con las peregrinas galas del Fénix de los ingenios y llegar á creérselas propias, sin más tarea que la de poner al pie la firma en caracteres que parecían escarabajos despachurrados, fué para el Duque la mayor ventura del mundo. Confióle sus más íntimos secretos; y, constante en no dar trabajo al discurso, encomendaba á Lope la escurridiza tarea de enamorarle por escrito, en prosa y verso, las damas, reservándose, por supuesto, el premio del billete y de la poesía. Lope debió hacerse la desalmada cuenta de que con estiércol se cultiva el árbol que ha de dar fruto, y de que en el valimiento con el Duque afianzaba el de toda la nobleza, y con ella el séquito de la deslumbrada muchedumbre, dispuesta á servir y adular tumultuosamente los gustos y caprichos de los poderosos.»

Lo que ignora sin duda el cronista, cuyas son las líneas anteriores, es que Lope, en alguna ocasión, apropióse la dama que había enamorado por cuenta del Duque y para el Duque, y que otras veces *colaboró* en empresas amorosas con su protector y amigo. Hizo bien y estaba en su derecho. Un hombre de las condiciones morales é intelectuales de aquel magnate, merecía eso y mucho más, si bien de tal juego no saliera bien parada la moral del poeta protegido.

Lo más censurable en Lope de Vega no fué que aceptara la protección del Duque de Sessa y de otros nobles para su provecho y medro personal, sino que utilizara la poderosa influencia que le daba esa protección para hacer todo el daño posible á sus compañeros de letras y hasta á sus más apasionados y entusiastas discípulos. El mismo cronista á que antes nos hemos referido, dice textualmente:

«Quien se desvivió para obligar al Duque y á los próceres omnipotentes, quien se abrasaba en el afán congojoso de cautivar sin descanso la atención del pueblo, quien al oír ó leer una obra excelente de otro y ponerse todo amarillo, no sosegó hasta escribir otra que compitiese con ella en hermosura y gallardía, tenía el deber de emular también las cristianas y virtuosas acciones, la obligación de gozar en el bien ajeno para hacerse partícipe de él, y la de contentarse con los propios y honrosos laureles, sin caer en la desdicha de querer deshojar los que otras frentes legítimamente ceñían. Tal fué Lope, desnudo de la aureola que le circundó en su vida, y con que le contemplan y contemplarán los presentes y venideros siglos».

El mismo sol tiene manchas, y Lope de Vega, no por ser el poeta más grande de su tiempo y el creador verdadero del teatro español, estaba libre de los vicios y pasiones inherentes á la flaca naturaleza humana. Es muy de lamentar que fuese como le pintan sus contemporáneos; pero sus defectos y sus debilidades como hombre en nada desdoran ni merman su brillante y perdurable gloria. Ya sufrió las consecuencias de su proceder, no sólo en el atentado de que se habla más arriba, sino también en los innumerables disgustos y contrariedades de que está sembrada su agitada existencia.

Lo maravilloso, lo incomprensible es que llevando á un mismo tiempo la extensa y complicada correspondencia del Duque de Alba, del Marqués de Sarria (luego Conde de Lemos) y del Duque de Sessa, sobre todo la de éste último, tuviera tiempo para escribir mil ochocien-

tas comedias, cuatrocientos autos sacramentales y más de veinte libros de versos líricos, poemas, historias y novelas. Esto, que se sepa; pues también es posible que aún sea mayor su caudal literario...

«¿Cómo le fué dado (pregunta el tantas veces aludido cronista) fresca y dócil imaginación, humor y gusto para no soltar la pluma, envuelto á cada hora en domésticos sinsabores y en persecuciones, compromisos y riesgos, por su invencible inclinación á tratar á muchas mujeres lo menos honestamente que pudo?»

Cervantes dió cumplida respuesta á esta lógica interrogación llamándole *el monstruo de la naturaleza*; lo que prueba en definitiva que Lope era un hombre aparte, excepcional, en todos sentidos.

Por su fortuna alcanzó dilatada existencia (setenta y tres años) y tuvo tiempo de arrepentirse y de enmendar, en parte sus pasados yerros. Desde que abrazó el estado religioso su vida fué ejemplar, y en una de sus últimas obras, el *Laurel de Apolo*, libre ya de todo sentimiento mezquino y de todo espíritu de rivalidad, rindió tributo de estimación á los poetas de su tiempo, haciéndoles la debida justicia. En ese género tenía un gran modelo que imitar, el *Viaje del Parnaso* del inmortal Cervantes, el hombre más propenso á la admiración, sin duda por estar persuadido de la mucha que él merecía.

Como dejamos dicho, y bueno es repetirlo, la gloria literaria de Lope de Vega es tan grande, que tapa sus grandes defectos personales y le redime, ante el templo augusto de la fama, de todos los pecados que hubiera podido cometer.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.



HORAS DE PAZ

I

Horas de paz, horas de ocaso,
cuando el espíritu reposa
en un ensueño, en un ocaso
ó en el silencio de una rosa.

Cuando se siente la fragancia
de una ancestral melancolía
y en un espejo de la estancia
se hace interior la lejanía.

Cuando la sombra se devana
pirueteando en un rincón
y en el vitral de la ventana
zumba obstinado un moscardón.

Cuando se siente ese cansino
y agrio chirriar de una carreta
que es la pereza del camino
que tiene un sueño gris violeta.

Y sin cansancio se descansa
y se suspira sin pasión
una tristeza dulce y mansa
que nos perfuma el corazón.

Y cuando el campo se ha dormido
con un silencio de sol y una
quietud de sombras y de olvido
bajo la aurora de la luna,

porque la vida es apacible,
porque el dolor no nos alcanza,
se sale el alma al Imposible
con un escudo y una lanza..

II

Poeta: desde tierras quiméricas de Oriente
llegas como un romero á la paz de esta casa,
Granán los labios de una pálida adolescente
y Orfeo tañe un sistro bajo laureles. Pasa:

La primavera ha puesto sus rosas en la vida
y la luna ha encantado la quietud del camino.
Pero la estrella que te trajo está encendida.
¿A dónde vas, doliente y amado peregrino?

Reposa aquí tu planta fatigada un instante.
La vida es apacible, la muerte está distante
decorando la carne sangrienta de tu hastío.

Aquí tienes tu huerto, tu sol y tu fortuna.
Quema en el rubio fuego de una alegre mañana
esa veta pirata de tu errante navío.

JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ.

MURILLO

SU VIDA * SUS OBRAS

Por más que la vida de Murillo sea bastante conocida, no han podido fijarse con exactitud la fecha de su nacimiento y el nombre del artista.

Desechadas por erróneas muy distintas afirmaciones, ha quedado como cierto que fué bautizado el 1 de Enero de 1618, en la parroquia de Santa María Magdalena de Sevilla, según partida de bautismo que Ceán Bermúdez consultó el primero. Pero este dato positivo no determina si nació en dicho día, ó en el anterior ó en los anteriores, dando, por lo tanto, lugar á suponer que vino al mundo en Diciembre de 1617.

¿Por qué se apellidó *Murillo*? Más embrollado es el caso en lo que á esto atañe. En la citada partida de bautismo consta como «*Bartolomé, hijo de Gaspar Estevan y María Pérez*». Regularmente fué esto equivocación del licenciado Francisco de Heredia, que firma el acta, ya que en la solicitud para ser admitido hermano de la Santa Caridad, el pintor se dice hijo de Gaspar Estevan y María *Murillo*, contribuyendo á robustecer este testimonio el ser, tía suya Ana Murillo, mujer del maestro cirujano Juan Agustín Sagares, en cuya casa fué reco-



RETRATO DE BARTOLOMÉ MURILLO

gido el pintor al quedar huérfano. Esta Ana debió ser hermana de María, la madre del artista, y hermana de padre y madre, pues no resulta que ni uno ni otro de éstos celebrase segundas nupcias.

De este modo se explica el por qué se le llama *Bartolomé Estevan Murillo*, y aun por qué usó el segundo apellido para firmar sus obras, pues era en aquella época costumbre entre los pintores el

preferir el nombre materno al paterno. Tal hicieron Diego Rodríguez *Velázquez*, Juan Antonio Fonseca *de Escalante*, y otros.

También se han suscitado dudas sobre la ortografía de Murillo, que al parecer de algunos no debía ser sino *Morillo*, pero todas son cuestiones de poca monta, que sólo consigno á título de curiosidad.

Fueron sus padres de obscura condición y escasos bienes, y entrambos murieron por los años de 1627 á 1628, quedando, por consiguiente, Bartolomé huérfano á los diez años.

Depositado por sus padres en un convento, para que allí lo educasen, no hacía sino ensuciar con rayas y trazos los enjalbegados muros; por lo cual los frai-

les le reprendieron no pocas veces, devolviéndolo al cabo á su casa. Huérfano y sin amparo, dióle entonces hospedaje, según ya indiqué, su tío y tutor Juan Agustín Sagares; el cual, vista la afición de su sobrino á la pintura, y con el deseo de procurarle un oficio, le llevó al taller de Juan del Castillo—el segundo, por orden cronológico, de los tres artistas de este nombre que florecieron á principios del siglo xvii—, su primero y único maestro, que también lo fué de Alonso Cano, Pedro de Medina Valbuena, Pedro de Moya y Francisco Zurbarán.

Á la sombra de este maestro pasó Murillo ocho años ejercitándose en el manejo de la paleta y los pinceles, hasta que en 1639 trasladó Juan del Castillo su residencia á Cádiz—donde murió en 1640,—dejando abandona-

do á su discípulo, que contaba entonces veintidós años, á sus propias fuerzas, y que hubo de apelar á su arte para vivir—tanto más cuanto que sus tíos habían prescindido de él—, pintando de *pacotilla* y siendo su mercado las *ferias*, donde solían comprarle Vírgenes y Santos los traficantes en cuadros para la exportación al Nuevo Mundo.

Así vivía cuando en 1642 volvió á encontrarse con su antiguo condiscípulo Pedro de Moya, que, camino de Granada, pasó por Sevilla al regresar de Londres, donde había estudiado con Van-Dyck, el célebre maestro flamenco. Las copias de las obras del gran colorista

que consigo traía Moya, en cuyo estilo venía empapado, fueron para Murillo una revelación; y no pudiendo acudir en demanda de lecciones del maravilloso artista que traducido por su compañero conociera, porque había muerto, determinó salir de la ciudad é ir á calmar su sed de arte en otras tierras.

Decidido á visitar la Corte, y faltándole dinero para ello, «compró—dice Ceán Bermúdez—una porción de lienzo, la dividió en muchos cuadros, los imprimió por su mano y pintó en ellos asuntos de devoción. Después los vendió á uno de los muchos cargadores á Indias que había en aquella ciudad». Con el producto de esta venta emprendió el viaje á Madrid, y una vez llegado que hubo, encaminó, sin titubear, sus pasos á la morada de su paisa-



MUCHACHA ESPAÑOLA OFRECIENDO FLORES

no Diego Velázquez, que alcanzaba á la sazón el cénit de su gloria.

Fué acogido cordialmente por Velázquez, que no sólo le hospedó en su casa y le protegió como valido que era del Monarca, sino que le abrió también las puertas de los palacios y los monasterios, donde la Casa de Austria iba acumulando preciosos tesoros de arte, y donde Murillo pudo copiar á su sabor á Van-Dyck, Ticiano, Rubens, Rivera y al mismo Velázquez.

Dos años consagró Murillo á estos provechosos estudios, al cabo de los cuales sintió la nostalgia de su patria, cuyo cielo no hallaba en ninguna parte, y deter-

minó restituirse á Sevilla, lo cual realizó, con gran sentimiento de Velázquez, en el año de 1640.

Cuando abandonó su suelo natal nadie se cuidó de su partida, nadie tampoco reparó ahora en su vuelta, y el obscurecido y pobre pintor de *ferias*, que volvía lleno de grandes alientos y no menores deseos de probarlos, hubo de esperar algún tiempo antes de que se le presentara coyuntura favorable para ello.

Teniendo los monjes de San Francisco que exornar con once pinturas el claustro chico de su monasterio — convento derruido en los días de la Revolución—, y no contando con los recursos necesarios para encargarlas á un pintor afamado, aceptaron la oferta de Murillo, que se comprometía á cumplir los deseos de la comunidad mediante una muy módica retribución. Sólo un año había transcurrido de los tres que Murillo ajustó para desempeñar su tarea, cuando terminó la última de las once pinturas; siendo tal la ventaja de estos cuadros sobre los que á la sazón pintaban en Sevilla los maestros de más nombre, que al ser expuestos al público, en el mismo claustro para el cual se destinaban, fueron la súbita revelación de un genio desconocido, y su autor alcanzó en un solo día predilecto lugar en la pública opinión. «Como todo lo que no tenía fácil explicación—dice Madrazo—tomaba en aqueíla

época color dramático y sabor de leyenda, pronto cundió la voz de que Murillo había estado encerrado dos años, sin comunicarse con alma viviente, estudiando y sorprendiendo á la naturaleza sus secretos.»

Las once pinturas de donde brotó el primer destello de su gloria, y en las que sus conciudadanos pudieron admirar la fuerza del claro oscuro, la energía del colorido y la corrección del dibujo; donde parecía que había robado los pinceles á Velázquez y que Van-Dyck le había llevado la mano, son las primeras que deben grabarse en firme al reseñar sus producciones. Representaban la *Muerte de Santa Clara*, *San Francisco en éxtasis*, *San Gil delante del Papa*, *San Felipe*, *Dos monjes*, *Un monje robado por un salteador*, y



DOS MUCHACHOS COMIENDO UN MELÓN

cinco episodios de la vida de *San Diego de Alcalá*.

Ocho de estos cuadros se hallan repartidos entre Londres, Tolosa, Havre, Gloncestershire (Inglaterra) y Nueva York; dos en Madrid, *San Francisco en éxtasis* y la *Limosna de San Diego*, y del último, *San Felipe*, se ignora el paradero, sabiéndose únicamente que fué comprado por M. Guitant en 16.000 francos.

De todos estos cuadros, algo pálidos si con otros posteriores se comparan, el superior en tamaño y en valía es la



LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN

Muerte de Santa Clara, que fué el que acreditó resueltamente la suficiencia y bríos del pintor, por más que todos ellos pregonaban la ciencia que en Madrid había adquirido con el estudio de los grandes maestros, amén de su inmensa aptitud. A partir de este momento, se vió Murillo asediado de demandas, pues envidiosos de los de San Francisco los frailes de otras comunidades, apresuráronse á encargar cuadros al nuevo y eximio pintor, y lo mismo hicieron los particulares, ansiosos todos de tener alguna obra de su mágico pincel.

Era Murillo de dulce y benévola condición, de acendrada fe y de cristianas y ordenadas costumbres. Sumamente modesto, hasta el punto de que sabedor Carlos II de sus dotes de artista, bizóle llamar para nombrarle su pintor de Cámara—dando un digno sucesor á Velázquez en este cargo palatino—, merced señalada que Murillo rehusó, poco afecto al bullicio y esplendor cortesanos.

Aviniéndose mal con su carácter morigerado y natural piadoso la mocedad, tres años después de su triunfante reaparición en Sevilla, determinó casarse, lo que hizo con Doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor, de veintiséis años de edad y «persona de conveniencias». De este matrimonio nacieron tres hijos: Francisca, que luego tomó el hábito de monja en el convento de la Madre de Dios, de Sevilla; Gaspar, que abrazó la carrera eclesiástica, y Gabriel, que marchó á América, donde ejerció la profesión de su padre.

En el año de su matrimonio, 1648, pintó Murillo para el convento de la Merced Calzada *La huida á Egipto*, y también alguno de esos «chicuelos de la calle» que en los Museos de París, Munich y Londres atraen la atención de los visitantes.

Destinada á uno de los arcos formeros de la cúpula del convento de San Francisco pinta Murillo, en 1652, una *Concepción* de un tamaño colosal. Al mostrar el pintor á los frailes este lienzo, donde campeaba una Virgen de tres metros de altura, aquéllos rechazaron la obra, pareciéndoles demasiado descuidada y grosera. Callóse el autor y hizo colocarla en el ordenado lugar, en la bóveda; y volvieron entonces los frailes á verla y volvieron también de su acuerdo, rindiendo un aplauso á la *Concepción*, que, vista desde lejos, borrados los duros trazos y suavizados los toques, tenía un acabado conjunto de belleza. Luego que los frailes hubieron admirado la pintura y Murillo hubiese confundido su ignorancia, se dispuso á llevarse su cuadro, que sólo pudo la comunidad obtener pagando por él doble de lo estipulado.

En 1655, el arcediano de Carmona, don Juan Federigni, encomendó á su pincel las efigies de los Santos Arzobispos *San Isidro* y *San Leandro*, que despertaron

el asombro, haciéndose en esta ocasión por primera vez mención muy halagüeña del nombre de Murillo, en documento público, calificándole el Cabildo de la catedral, en cuya sacristía mayor fueron colocadas estas obras, como «el mejor pintor de Sevilla».

En este mismo año de 1655 pintó Murillo, destinado igualmente á la catedral, su cuadro *La Natividad de Nuestra Señora*. De este cuadro afirma Ceán Bermúdez que pocos ó ninguno de Murillo le aventajan en hermosura de colorido, y que, la suavidad de las tintas, la templanza de los oscuros y la conveniente luz que le hiere, detienen á mirarle con sorpresa á todo el que pasa por delante.

Esta obra no se halla como debiera en Sevilla, ó en España al menos, sino en el Museo del Louvre de París. Las tropas francesas, mandadas por el mariscal Soult, dominaban en Sevilla en 1811, y deseando los capitulares sustraer á la codicia de la comisión encargada de acopiar para el Museo de París lo mejor que en pinturas existiese en las iglesias y conventos, ocultaron este cuadro, lo que fué en su daño, pues sabedor de ello Soult mandó reponerlo en su lugar diciendo que, en unión de otros varios que especificaba, lo quería para sí, y que de negárselo mandaría á buscarlo. Ante esta *insinuación*, el cabildo resolvió entregar *de grado* la mencionada pintura.

En 1656 dió á la vida imperecedera de su gloria, la obra maestra, dechado de perfecciones, que se llama el *San Antonio de Padua*. Dos anécdotas, no desmentidas, manifiestan cuánta es la valía de este cuadro, uno de los mayores que al óleo se han pintado. Según la una, referida por Palomino, hay en el *San Antonio* «un bufete puesto con tal arte, que ha habido quien depusiese haber visto un pajarillo trabajar por asentarse en él para picar las azucenas que están en una

jarra». La otra, narrada por Viardot, refiere que después de la retirada de los franceses en 1815, el duque de Wellington ofreció, como precio, cubrir el cuadro de onzas de oro; lo cual, según los cálculos de Stirling, midiendo el cuadro 5,60 metros de altura por 3,75 de anchura, equivalía á pagar por él 47.500 libras esterlinas.

Vamos á narrar ahora, aunque sea someramente, la *odisea* de este cuadro, del cual es el asunto San Antonio postrado de hinojos en su celda, extático al ver al Niño Dios que entre luminosas nubes se le aparece. En la mañana del 5 de Noviembre de 1874, y pese á la vigilancia que con motivo de diversos robos se tenía en la Catedral, notó uno de los sacristanes al descorrer la cortina que cubría el altar, que la figura del Santo había desaparecido del lienzo. Con una navaja de afeitar, probablemente, había sido cortada la parte que encerraba el San Antonio.



LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Al grito de indignación de España entera, tomó el Gobierno como cuestión de honra el recobrar el cuadro robado. Se mandaron fotografías de él á todos nuestros representantes en el extranjero y se pusieron en juego cuantas medidas de policía se emplean en estos casos.

Pasaron días, semanas y meses sin que suministraren la menor pista las pesquisas que se realizaron, y ya se empezaba á perder la esperanza de recobrar la valiosa joya, cuando Fernando García, español residente en Nueva York, manifestó al comerciante de objetos artísticos W. Sehaus que tenía una pintura de Murillo para vender. La examinó el mercader y vió, á no dudar, que era el trozo arrancado de la Catedral de Sevilla, bastante deteriorado á causa de haber permanecido arrollado mucho tiempo. Mr. Sehaus comunicó al punto su descubrimiento al cónsul de España y adquirió por cuenta de éste el precioso fragmento en 250 dólares, recobrando Sevilla su lienzo el 21 de Febrero de 1875. España ofreció entonces al honrado William Sehaus, y como muestra de gratitud, 50.000 pesetas, que rehusó el desprendido norteamericano.

Pero no paran aquí las vicisitudes pasadas por el famoso cuadro. Al lienzo recobrado le faltaba alrededor un poco de tela, lo que unido á los deterioros que

había sufrido. hizo pensar al cabildo, que se aunó para tal fin con el Municipio y otras corporaciones sevillanas, en la necesidad de restaurarlo. Acudieron para ello á la Real Academia de San Fernando, que nombró una comisión compuesta de dos académicos y del primer restaurador del Museo de Pinturas, D. Salvador Martínez Cu-

bells, para que sin estipendio ni dietas se encargaran de los trabajos de la restauración.

Al descolgar el lienzo, echóse de ver cual maltratado había sido por la ignorancia y osadía de un hombre, que en 1814 y con el pretexto de restaurarlo, lo había pegado á una burda tela á fuerza de brochazos de cola, la cual, por estar mal repartida, produjo varias vejigas que el maldito del restaurador no supo

quitar de otra manera que con rajaduras que luego emplasteció y pintó. No contento aún con tanto desafuero, y deseando encubrir tamañas chapucerías, amontonó en lo alto del cuadro densos nubarrones, tapando un bellissimo grupo de serafines, y luego, al barnizar la pintura que tan sin tino había retocado, dejó en la parte superior unas gotas del líquido, que escurriendo surcaron el lienzo de feísimas líneas.

Solamente después de muchos y delicados trabajos para reparar la obra del impío restaurador, pudo Martínez Cu-



SANTA ISABEL DE HUNGRÍA CURANDO Á UN TIÑOSO

bells acudir á la paleta y al pincel, manejándolos con tal artē, que se puede asegurar con justicia, como lo hizo desde el púlpito el *chantre* de la Catedral de Sevilla D. Cayetano Fernández, que «el que tan diestramente y tan inspiradamente ha restaurado la grande obra, supliendo á Murillo, resucitando en cierto modo á Murillo, no debe de andar muy distante del talento y del genio cristianísimo del inmortal pintor».

Corresponden á esta misma época, en las producciones de Murillo, los *Medios puntos*, *Una Dolorosa* y un *San Juan Evangelista*, «siendo digno de elogio la cabeza y las manos de la Virgen porque son de lo más dulce y regalado del autor».

En el año de 1657 contrajo amistad nuestro pintor con el famoso D. Miguel de Mañara Vicentello de Seca, tipo de la más inaudita liviandad durante su juventud y modelo de caballeros cristianos en su edad provectora.

Murillo y Mañara sintetizan maravillosamente aquella época en sus más capitales aspectos. Murillo, modesto, juicioso, morigerado en sus costumbres; Mañara, entregado á todo género de placeres y aventuras, osado galanteador, sin respeto al pudor, á la virtud, á la moral, con su capricho por ley y su espada por razón. Ó liviandad y altanería, ó mansedumbre; lo primero

en el caballero, lo segundo en el obscuro ciudadano.

Oposición tan declarada de caracteres no impidió que fueran entrañables amigos, conjeturándose que la conducta ejemplar de Murillo debió influir eficazmente en la resolución heroica de Mañara cuando años más tarde renegó de su pecadora vida para consagrarse á la caridad y á la beneficencia.

Refiere la leyenda que al salir una noche D. Miguel de Mañara de tremenda orgía, topó entre las sombras de una callejuela con un entierro que entre lúgubres cantos avanzaba, y que habiendo preguntado quién era el difunto á uno de los encapuchados que acompañaban al féretro, éste replicó: «es don Miguel de Mañara, muerto en pecado mortal». Esta visión le conmovió de tal suerte que, renun-

ciando á su vida disoluta, fundó para desagravio suyo el Hospital de la Caridad.

Murillo y Valdés Leal recibieron el encargo de adornar con lienzos las paredes del templo de este magnífico hospital, señalándose al primero los asuntos de más difícil desempeño. Cuatro años empleó Murillo en esta obra, esmerándose en ella «tanto por complacer á su amigo Mañara, cuanto porque quería concurrir con todas sus fuerzas al esplendor del templo, como persona piadosa que lo era



EL DIVINO PASTOR

y mucho». De los nueve cuadros que para allí pintó, cuatro se los llevó á París el mariscal Soutl cuando invadió la Andalucía, y de los cuales uno solo, *Santa Isabel, Reina de Hungría, curando á un tiñoso*, ha vuelto á España.

Sevilla carecía de una academia pública donde los pintores pudieran comunicarse conocimientos, y á dotarla de un tal centro tendieron los esfuerzos de Murillo, que vió realizados al fin — tras penosas vicisitudes —, sus fervientes anhelos en 11 de Enero de 1660, con la inauguración de la Casa-Longa de una Academia de Bellas Artes, «sangre de su sangre y hueso de sus huesos, puesto que á él le debió la vida, y empezó á agonizar apenas su fundador dejó de existir».

Como auxiliares de Murillo en este Instituto, figuraron: Valdés Leal, Herrera el mozo, Iriarte y Medina entre otros muchos, y como discípulos se distinguieron en él Villavicencio, Osorio, Josef López y Juan Simón Gutiérrez.

Siguiendo la historia de las producciones de Bartolomé Estevan, al año 1665 corresponden, según conjetura de Curtis, los seductores cuadros de *El niño Dios pastor* y *San Juan Bautista niño*. Muchos más de estos divinos infantes pintó Murillo, á los que Madrazo califica como «del mejor estilo del autor». Puede decirse que en estas composiciones, como en las *Concepciones*, fué, no el mejor, el único; pues todos luego no han hecho más que imitar al maestro sevillano.

De 1667 á 1668 pintó los ocho círculos de la media naranja de la Sala Capitular del Cabildo Eclesiástico, representando en ellos á los santos arzobispos *Pío, Laureano, Leandro é Isidoro*, á los santos reyes *Hermenegildo y Fernando*, y en el testero de la propia sala una de sus sublimes *Concepciones*.

De 1670 á 1674, ejecutó los nueve lienzos que le encargaron para el hospital fundado por su amigo Mañara; y de los cuales ya he hecho mención.

En el intervalo de 1676 á 1678, llevó á cabo la magna obra de pintar veintidós cuadros para la iglesia del convento de los Capuchinos, entre los cuales se encontraban dos *Concepciones*, la una para el altar mayor y la otra para una capilla lateral; *La Virgen y Jesús*, un *Crucifijo*, *San Miguel* y el *Angel custodio*.

La fama de Murillo, franqueando los límites de la ciudad del Bétis, se había extendido por toda España, y de todas partes llovían sobre él solicitudes para que acudiera acá ó allá á ilustrar con su pincel los altares de los templos.

En el año 1680, cuando ya tenía ochenta y dos de edad, pasó á Cádiz, donde le llamaban los frailes capuchinos, para pintar un cuadro que había de representar *Los desposorios de Santa Catalina*.

Como el lienzo era de grandes dimensiones, hubo necesidad de construir un andamio, del cual cayó un día el pintor, lastimándose cruelmente.

Las heridas que entonces se causó, unidas al estar relajado y al no haber permitido, de sobra honesto y recatado, que los médicos le reconocieran cuanto era necesario, le acarrearón la muerte dos años más tarde, entre cinco y seis de la tarde del día 3 de Abril de 1688.

Fué enterrado al día siguiente en la iglesia de Santa Cruz y en la capilla del *Descendimiento*. Cubrió la sepultura una lápida de mármol blanco con la inscripción VIVE MORITURUS.

* * *

Digamos ahora dos palabras — ya que los estrechos límites en que ha de encerrarse este trabajo no permiten otra cosa — de las sublimes *Concepciones* de Murillo.

¡Qué semblante el suyo, cuya expresión jamás se vió en semblante humano! ¡Qué fulgor en la pupila de sus ojos!... ¿Cómo pudo el pintor realizar el portento de imprimir en su bellissimo rostro la reminiscencia de su divinidad?... Todo, la expresión, la mirada, el continente de cualquiera de estas *Inmaculadas*, no recuerda ni semeja nada, como no sea á otra *Concepción* de Murillo.

Tiernas y bellísimas doncellas, de ropaje blanco como la pureza y azul como el cielo, cuyas manos se alzan enlazadas en dulce plegaria, mientras su mirada se anega en lo infinito, cuya destrenzada cabellera rubia rueda por sus hombros como torrentes de luz, sobre cuya frente purísima brilla el sol y bajo sus pies encorva

la luna un arco de plata, mientras la rodean ángeles y querubines que sostienen las nubes que le sirven de trono, al tiempo que otros de blondas melenas, desprendiéndose del fondo, rodean la cabeza de María.

Murillo, y no más que Murillo, supodar, con su poderoso hábito de artista á

la efigie de la Madre de Dios la suma de perfecciones que atesora.

* * *

Con la ayuda de mármoles y bronce honró primero Sevilla y luego Madrid la memoria del pintor insigne.

La ciudad natal de Murillo le erigió un monumento que fué inaugurado el 1.º de Enero de 1864, aniversario de su bautizo, y á su ejemplo Madrid, en 3 de Abril de 1871, dedicó una estatua á su recuerdo, que fué asentada en la puerta del Museo de Pinturas del Prado.

En 3 de Abril de 1882, al cumplirse el segundo centenario de su muerte, España se aprestó á conmemorar tal fecha con ostentación y pompa.

Mas no fué así ¿Cuáles fueron las causas para que tanto la ceremonia madrileña

como las fiestas sevillanas resultasen muy mezquino pedestal para tan gran figura? No es fácil precisarlas.

Debióse la conmemoración en Madrid á la iniciativa de los alumnos de la Escuela de Pinturas, á los que se asoció el insigne D. Federico de Madrazo, señalándose como festejos una función reli-



LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN
UNO DE LOS FAMOSOS CUADROS QUE DE ESTA ADVOCACIÓN
PINTÓ MURILLO

giosa; una velada artística literaria y una procesión cívica.

Ninguno de estos homenajes traspuso los estrechos límites de lo corporativo y oficial, faltando en todos ellos el brillo que á las fiestas nacionales presta el pueblo.

Después de una misa con responso, salió de la iglesia de San Isidro la procesión cívica, marchando al Museo de Pinturas para depositar, al pie de la estatua de Bartolomé Estevan, las coronas ofrendadas por las diversas corporaciones, que fueron llevadas en una carretela del duque de Fernán Núñez.

La procesión caminó entre la indiferencia general, y solamente un vecino de la calle de Alcalá ornó sus balcones con colgaduras, como lo había hecho la Academia de San Fernando.

Algunos cientos de personas se agrupaban en la plaza de Murillo, no faltando concurrencia, especialmente de damas, en los balcones del Museo. Pronunciaron discursos, entré otros, Madrazo y Castelar.

En la velada artística literaria hubo música y poesía, y hubo también aplausos, pero ni la concurrencia fué notable ni alcanzó gran resonancia el acto.

Las fiestas sevillanas dieron comienzo,

como las de Madrid, por una función religiosa, á la que siguió una sesión pública, dedicada á la música y á la literatura, en el patio de *Las doncellas* del Real Alcázar sevillano.

En esta velada se destacaron, como colaboradores más activos, poetas y escritores militantes en el bando neocatólico, y se vió en ella que las fiestas sevillanas tomaban un carácter *exclusivamente* devoto, dando margen las afirmaciones



SAN ANTONIO DE PADUA
EL ADMIRABLE LIENZO QUE FUÉ ROBADO DE SEVILLA
Y RECUPERADO MÁS TARDE EN NEW-YORK

que hizo el Sr. Lázaro en su discurso sobre el Arte Español, para que no se desbocaran furiosa y atropelladamente los rencores de los dos bandos absolutistas, *íntegros y mestizos*. Allí fué Troya, y el arzobispo cardenal Luch, que presidía el acto, hubo de abandonar el local, terminándose de cualquier modo la sesión. Y no paró aquí; cundió rápida la voz de que so pretexto de festejos á Murillo,

preparaba una manifestación el bando carlista, y la procesión artístico-religiosa del día siguiente, que salió con gran acompañamiento de la iglesia del Salvador, al llegar á la calle de las Armas fué arrollada y disuelta á los gritos de «¡Mue-
ran las manifestaciones religiosas! ¡Mue-
ran los jesuitas!...»

Seguramente fué Murillo un pintor piadoso por excelencia; mas no de ello se deduce que correspondía únicamente á

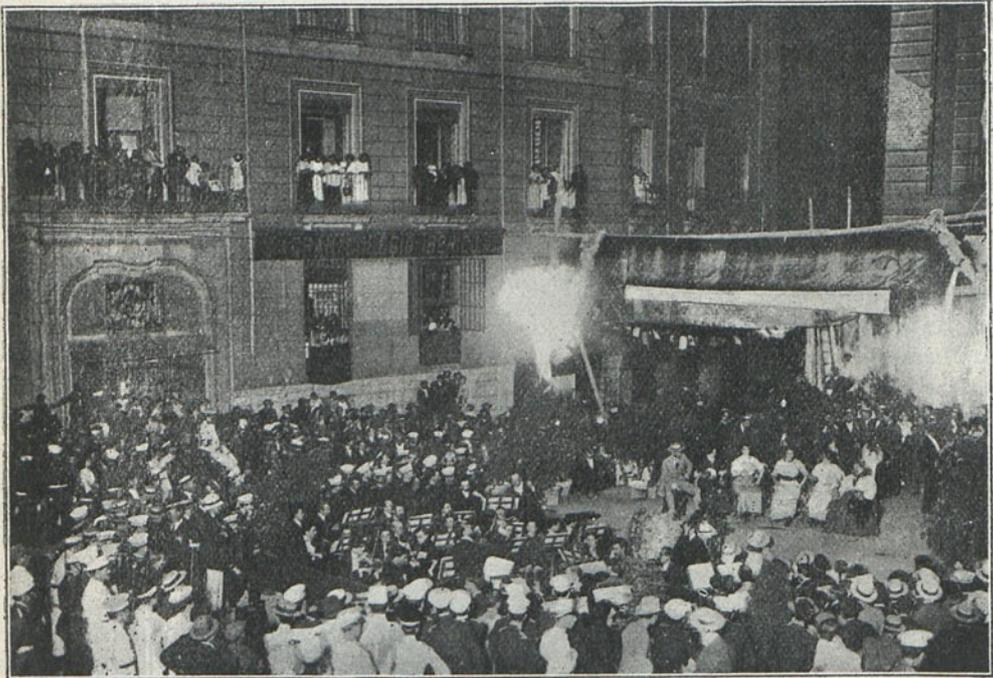
los clérigos y devotos conmemorarlo. Si los creyentes se postran ante los sagrados símbolos, todos, absolutamente todos, debían entonces, más que nunca, como decía el pintor Ingres «adorar á lo bello de rodillas».

Y véase cómo por tibieza de unos y exaltación de otros, el segundo centenario de la muerte de Murillo se conmemoró tan infortunadamente en su país natal.

G. G.-A.



EL TEATRO EN ESPAÑA



EL TEATRO EN LA VÍA PÚBLICA: UNA REPRESENTACIÓN DE «LA VERBENA DE LA PALOMA», VERIFICADA AL AIRE LIBRE CON MOTIVO DE LA MISMA VERBENA, ENTRE LOS FESTEJOS ORGANIZADOS POR «EL IMPARCIAL».



UNA ESCENA DE LA COMEDIA «LAS VÍCTIMAS», ORIGINAL DE ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS, ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN SAN SEBASTIÁN POR LA COMPAÑÍA DEL TEATRO DE LARA, DE ESTA CORTE.



...DOS VIAJEROS RETRASADOS QUE LLEGABAN APRESURADAMENTE AL ANDÉN (PÁG. 214)

EL HOMBRE DE LOS SEIS RELOJES

Por A. CONAN DOYLE

ESTE GENIO DEL FOLLETÍN MODERNO, CREADOR DEL TIPO MUNDIAL DE SHERLOCK HOLMES, TIENE LA PROPIEDAD DE PONER EN SUS TRAMAS NOVELESCAS TODO EL INTERÉS QUE PUEDEN OFRECER AL NOVELISTA LOS RECURSOS DE LA VIDA ACTUAL. ESTA NOVELA, PERTENECIENTE Á SU GÉNERO FAVORITO DE ASUNTOS POLICÍACOS, ES UNA DE LAS MEJORES NARRACIONES DE CONAN DOYLE

Todavía tendrá presente en la memoria mucha gente el singular acontecimiento que bajo el epígrafe de «El misterio de Rugby» ocupó, durante la primavera de 1892, la prensa diaria. Acaecido en un período de excepcional calma, suscitó la atención más de lo que merecía, y fué porque ofreció al público esa mezcla de lo extraordinario y de lo trágico, que tanta influencia ejerce sobre la imaginación popular. No obstante, el interés decayó, cuando, después de varias semanas de infructuosas averiguaciones, ninguna

luz se pudo arrojar sobre el asunto. El drama pareció, desde entonces, tomar lugar para siempre en la sombría relación de los crímenes inexplicados é impunes. Una comunicación reciente, cuya autenticidad no parece ofrecer ninguna duda, ha, no obstante, arrojado alguna luz sobre la cuestión. Antes de hacerla saber, creo que convendría recordar un poco los hechos á que concierne. Helos aquí en dos palabras:

El 18 de Marzo de 1892, á las cinco de la tarde, un tren estaba á punto de partir

de Euston para Manchester. Llovía. Hacía un tiempo endiablado, uno de esos días en que no se viaja más que contrariado y forzado por asuntos urgentes. Pero el tren de las cinco era siempre muy frecuentado por las personas de negocios de Manchester que vuelven á la población, porque realiza el recorrido en cuatro horas y veinte minutos, sólo con dos ó tres paradas; por eso, á pesar de la inclemencia del tiempo, iba en él bastante gente en las circunstancias que aquí hago recordar. El conductor era un hombre intachable que hacía diez años estaba al servicio de la Compañía. Se llamaba John Palmer.

El reloj de la estación dió las ocho y el conductor iba á hacer al maquinista la señal de partida acostumbrada, cuando vió dos viajeros retrasados que llegaban apresuradamente al andén. El uno era un hombre de estatura poco común, con un largo abrigo negro con las bocamangas y el cuello de astracán, que llevaba levantado para proteger su garganta contra el viento frío. Por lo que pudo juzgar el conductor en su rápido examen, le pareció que era un individuo como de cincuenta á sesenta años, que todavía conservaba visiblemente el vigor y la vivacidad de la juventud. Llevaba en una mano un saco de viaje de cuero oscuro. Una señora le acompañaba, alta y delgada, andando con tal paso que lo dejaba atrás. Vestía un largo guardapolvo de color leonado, con una toca negra muy ceñida y un velo muy oscuro que le tapaba casi completamente la cara. Los dos viajeros podrían pasar por padre é hija... Recorrían á grandes pasos la fila de vagones, cuando John Palmer les interpeló:

— ¡Veamos, señores, dense prisa, que el tren va á partir!

— Primera clase—respondió el hombre.

El conductor abrió la portezuela más

próxima. En el compartimento que acababa de abrir estaba sentado un individuo de corta talla que tenía un cigarro en la boca, y cuyo aspecto debió ejercer cierta impresión sobre él, puesto que después, durante el proceso, se encontró dispuesto á describirlo ó á identificarlo. Era un hombre de treinta y cuatro á treinta y cinco años, vestido de gris, de aire vivo, nariz muy pronunciada, la barba menuda, negra y muy recortada. El viajero alto, después de haber puesto el pie en el estribo, se detuvo, y volviéndose hacia el conductor dijo:

— Este es el departamento de los fumadores, y el tabaco incomoda á la señora.

— Perfectamente—contestó Palmer, cerrando la portezuela, y abrió la del departamento contiguo, que estaba vacío, empujó al interior á los dos viajeros, tocó el pito y el tren se puso en marcha. El hombre del cigarro, asomado á su ventanilla, le dijo al pasar algunas palabras que se perdieron en el tumulto de la partida. Palmer saltó al estribo de su furgón y no pensó ya más en este incidente.

Doce minutos más tarde, el tren llegó á Willesden Junction, donde hizo una parada muy breve. El examen de los billetes ha permitido establecer con certeza que nadie tomó ni dejó el tren; ni un solo viajero bajó tan siquiera al andén. Á las 5,14 el tren volvió á emprender su marcha hacia Manchester, y llegó á Rugby á las 6,50 con cinco minutos de retraso.

En Rugby llamó la atención del personal de la estación el hecho de que un departamento de primera llevaba abierta su portezuela. Penetraron en él y luego en el contiguo, donde les esperaba un sorprendente espectáculo.

El compartimento de los fumadores, ocupado á la partida de Euston por el hombrecillo de faz colorada y barba negra, estaba vacío; excepto una punta de

cigarro á medio fumar, nada parecía indicar su ocupación reciente. La puerta estaba cerrada con llave. En el de al lado no quedaba rastro del señor del cuello de astracán y de su joven compañera. Los tres viajeros habían desaparecido. Por otra parte, en el departamento ocupado por la señora y su alto acompañante, se descubrió el cadáver de un joven elegantemente vestido y de aspecto distinguido. Yacía en el suelo, con las piernas encogidas, la cabeza apoyada en la portezuela y los codos sobre cada uno de los dos asientos. Una bala le había tocado en el corazón y la muerte debió ser instantánea. Nadie le había visto subir al tren; no se le encontró ningún billete de ferrocarril; sus ropas no estaban marcadas; no llevaba en sus bolsillos ni papeles ni ningún objeto que permitiera su identificación. ¿Quién era este viajero? ¿De dónde venía? ¿Qué circunstancias habían concurrido á su trágico fin? Todo esto no constituía un misterio menor que la desaparición de los tres viajeros que hora y media antes iban en los dos compartimientos del tren al pasar por la estación de Willesden Junction.

No se encontró, he dicho, sobre el joven desconocido, ningún objeto que permitiese identificarle. En realidad, un detalle particular dió lugar entonces á mil comentarios; llevaba encima hasta seis relojes y todos de bastante precio: tres en los bolsillos del chaleco, dos en los de la chaqueta y uno en una pulsera de cuero que rodeaba su muñeca izquierda. Aparentemente se estaba en presencia de un ratero cargado con su botín. Pero un hecho desmentía esta hipótesis: el origen de los seis relojes, todos de fabricación americana y de un modelo raro en Inglaterra. Tres llevaban la marca de la Sociedad de relojería de Rochester; había uno sin marca de fábrica, otro venía de la casa Mason, de Elmira, y el más

pequeño, cincelado y adornado con piedras preciosas, tenía la etiqueta de Tiffany de New-York. En cuanto al resto de los objetos encontrados en los bolsillos, consistían en un cortaplumas de marfil con sacacorchos, de casa Rogers, en Shelfield; un pequeño espejo redondo, una contraseña del Liceum-Teatre, una cerillera de plata, una pitillera que contenía dos barajas y una cantidad de dos libras y cuatro chelines. Según todas probabilidades, el crimen no había tenido como móvil el robo. Ya he anotado que las ropas, que parecían nuevas, no llevaban iniciales y tampoco llevaba su traje el nombre del sastre que lo había hecho. El muerto tenía el aspecto de un hombre joven, de rostro lampiño y facciones delicadas; llevaba uno de sus dientes orificado.

En seguida que el crimen fué descubierto, se comprobó el número de los billetes expendidos y el de los viajeros, y se notó la falta de tres billetes, correspondiendo á la ausencia de los tres viajeros. El exprés pudo continuar su camino, pero con un nuevo conductor, pues John Palmer quedó en Rugby como testigo. Después llegaron el inspector Vane, de Scotland Yard y M. Henderson, *detective* particular de la Compañía, que procedieron á realizar averiguaciones sobre este dramático acontecimiento.

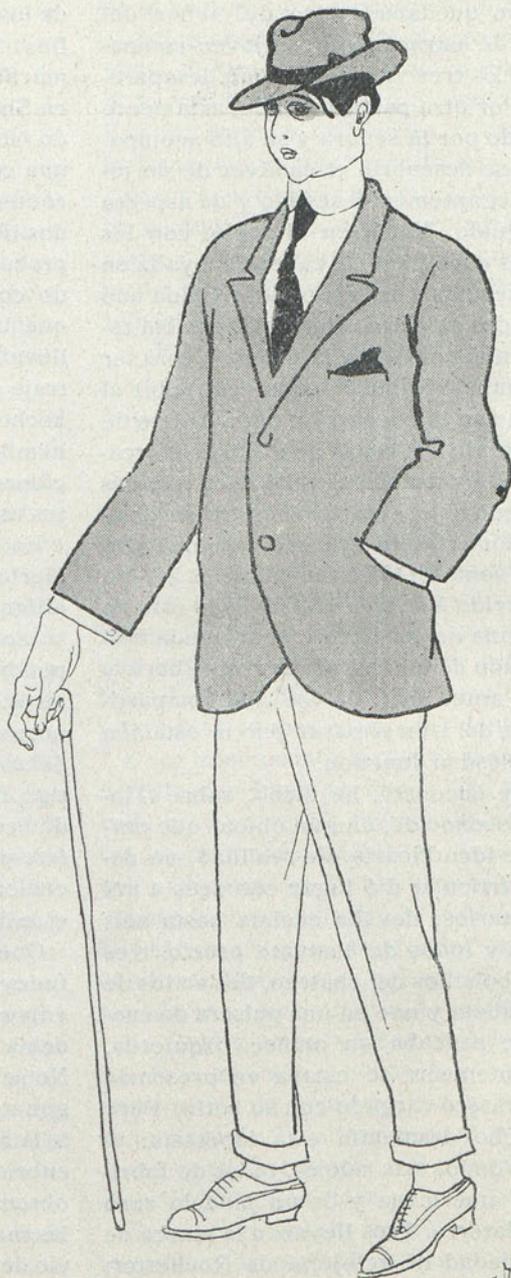
Que se trataba de un asesinato, estaba fuera de toda duda. La bala era de un revólver de pequeño calibre, y el asesino debía haber hecho fuego á quemarropa. No se encontró en el compartimento ningún arma, lo que descartó completamente la hipótesis de un suicidio, y no se descubrió ningún rastro del saco de cuero oscuro que el conductor había visto en las manos del viajero alto; el único indicio del paso de los tres desaparecidos era un velillo de mujer que se encontró en la red. Aparte del crimen, la cuestión de

cómo tres individuos, de los cuales uno era una señora, habían podido bajar y otro subir al tren en plena marcha entre Willesden y Rugby, excitó al más alto grado la curiosidad del público y suscitó vivas discusiones en la prensa londinense.

John Palmer, el conductor, aportó al sumario un dato que arrojó alguna luz sobre el asunto. Había, declaró, entre Tring y Cheddington, un sitio donde, á causa de reparaciones efectuadas en la vía, el tren se veía obligado á disminuir su marcha hasta una velocidad que no pasaba de ocho á diez millas por hora. Podía ser que en este trayecto, un hombre y hasta una mujer, excepcionalmente ágiles, hubiesen saltado de un vagón sin hacerse ningún daño. Pero un equipo de trabajadores ocupaban allí la vía, y ninguno había observado nada que le llamase la atención, si bien es verdad que al paso del tren se apartaban á uno de los lados y que la puerta abierta correspondía al lado opuesto. Por lo tanto, podía concebirse que alguien hubiese saltado al suelo, puesto que estaba anocheciendo, y un terraplén en rápida pendiente ocultaba inmediatamente á la vista cualquier cosa que hubiese escapado á la atención de los obreros.

El conductor añadió que había gran animación en los andenes de Willesden Junction, y si estaba seguro de que nadie había bajado ni subido al tren, podía haber sucedido que algunos viajeros hubiesen pasado de un compartimento á otro sin ser notados. Sucede constantemente

que, después de haber fumado un cigarro en el compartimento de los fumadores, el viajero busque una atmósfera más res-



MI HERMANO ERA UN MUCHACHO 'ARDIENTE' Y BUEN MOZO

pirable. Suponiendo que el hombre de la barba negra hubiese hecho tal en Willesden — y el cigarro á medio fumar autorizaba esta suposición — debía haber subido en el compartimento más próximo y encontrarse así con los otros dos actores del drama. El asunto, en sus comienzos, se dejaba reconstituir con cierta verosimilitud; y por eso es más extraño cómo de repente se sumió en las tinieblas, y cómo ni el conductor ni los jefes de seguridad que lo estudiaron no pudieron aportar la más ligera luz, á pesar de su larga experiencia.

Una visita minuciosa á la vía, entre Willesden y Rugby, ocasionó un descubrimiento que podía tener — y podía no tener — alguna relación con el drama. Cerca de Tring, precisamente en el mismo sitio donde el tren había disminuído su velocidad, se recogió en lo bajo del terraplén una pequeña Biblia de bolsillo, muy usada. Estaba editada por la Sociedad Bíblica de Londres, y tenía muchas anotaciones. En la primera hoja se leía: «De John á Alicia, 13 de Enero de 1856». Debajo: «James, 4 de Julio de 1859». Más abajo todavía: «Eduardo, 1.º de Noviembre de 1869». Todo esto escrito por la misma mano. Fué el único indicio, si es que puede considerarse como tal, que recogió la policía, en resumidas cuentas; y el veredicto del Juez: «Asesinato por uno ó varios desconocidos», terminó, sin resolver nada, con este extraño asunto. Anuncios en los periódicos, promesas de recompensa, investigaciones, todo fué igualmente infructuoso: no se encontró nada que pudiese servir de base útil y sólida para formar juicio.

Y no se crea que faltaron teorizantes, que cada uno explicaban los hechos á su manera. En América como en Inglaterra, la prensa emitió toda clase de hipótesis, la mayor parte ridículamente absurdas. El hecho de que los relojes fue-

sen de origen americano, y también la particularidad del diente orificado, parecían designar al muerto como un ciudadano de los Estados Unidos, á pesar del origen indudablemente inglés, de sus ropas y de su calzado. Algunos supusieron que debía haberse escondido bajo un asiento, y que fué muerto por sus compañeros de viaje por un motivo cualquiera, puede ser por haber descubierto en su conversación comprometedores secretos. Apoyada por las noticias que entonces circulaban sobre la ferocidad de algunas asociaciones secretas, sobre todo de anarquistas, esta teoría era tan admisible como cualquier otra.

El muerto no llevaba sobre él ningún billete de ferrocarril, lo que hacía verosímil que hubiese subido al tren ocultándose, y además se sabía el papel importante que jugaban las mujeres en la propaganda nihilista. Pero, por otra parte, resultaba bien claramente de las declaraciones del conductor que el hombre debía haberse escondido en el vagón antes de la llegada de los otros viajeros; y ¡por qué inverosímil coincidencia, los conspiradores habían ido á escoger para viajar el compartimento donde se escondía un espía! La teoría en cuestión dejaba sin explicar la desaparición simultánea del hombre del compartimento de los fumadores. La policía no se tomó mucho trabajo para desmentir esta hipótesis, á la que se encontraba en la imposibilidad de oponer otra más fundamentada por la falta de pruebas.

Un especialista muy conocido, por sus ingeniosas investigaciones en materia criminal, publicó en la *Daily Gazette* una carta, que se discutió mucho en aquel tiempo. Se recomendaba, por lo menos por su ingenio, y creo interesante el reproducirla aquí:

«Cualquiera que sea la verdad, decía, debe ser una combinación de aconteci-

mientos extraordinarios. Por consiguiente, es inútil, en nuestro juicio, suponer hechos que no pertenezcan á este orden. En ausencia de datos, por fuerza debemos abandonar el método analítico ó científico por el método sintético. O sea, en lugar de tomar los hechos conocidos para deducir el resto, vamos á construir todas las piezas de un sistema fantástico, que tendrá por precisión que adaptarse á los hechos que conocemos. Todos los nuevos acontecimientos que se produzcan nos ayudarán á probar el fundamento de nuestro sistema. Si ellos mismos se colocan en su lugar, es que tenemos la verdad probablemente en nuestro poder; y á cada nuevo hecho, esta probabilidad crecerá en progresión geométrica, hasta la evidencia concluyente y definitiva.

»En el caso actual, un hecho digno de ser notado y muy sugestivo, no ha llamado la atención tanto como lo merece. Existe un tren ómnibus, que pasa por Harrow y por King's Langley, cuyo horario es tal, que el exprés debe alcanzarle precisamente en el sitio donde los trabajos ejecutados sobre la vía obligaron á disminuir su marcha hasta ocho millas por hora. Los dos trenes, en este momento, debieron marchar en la misma dirección y á una velocidad igual, sobre dos líneas paralelas. Todo el mundo sabe que, en tales circunstancias, cada viajero ve perfectamente desde su sitio á los viajeros de los vagones que les corresponden al lado. El exprés llevaba sus lámparas encendidas desde Willesden, de suerte que todos los compartimentos estaban iluminados y se podía ver perfectamente desde fuera cuanto en ellos sucediese.

»Según mi sistema, los hechos se constituyen como sigue. El joven, portador de un número anormal de relojes, iba solo en un compartimento del tren ómnibus. Supondremos que su billete, sus pa-

peles, sus guantes y otros objetos que llevase, se encontraban cerca de él sobre su asiento. Debía ser un americano, sin duda un hombre de mentalidad débil: el llevar encima demasiadas alhajas caracteriza el principio de ciertas locuras.

»Iba mirando al exprés que, por causa del estado de la vía, marchaba al mismo tiempo que él y, de repente, encontró en un compartimento á personas de él conocidas. Admitiremos, para las necesidades de nuestro sistema, que estos dos personajes, el uno era una mujer á la que amaba y el otro un hombre con el que tenía motivos de recíproca enemistad. Irritable é impulsivo, el joven se lanzó á la portezuela de su vagón, saltó de su estribo al del exprés, abrió el compartimento y se presentó inopinadamente delante de las dos personas; todo lo cual, suponiendo que el ómnibus y el exprés iban á la misma velocidad, ofrece menos peligro que el que pueda imaginarse.

»Una vez el joven allí dentro, sin su billete, que había dejado en el otro tren, fácilmente se adivina que comenzó entre los tres personajes una escena violenta. Puede suponerse que el hombre alto y la mujer que le acompañaba eran americanos, y así se explica que fuesen armados, pues ya sabemos que el uso de armas no entra dentro de las costumbres inglesas. Si nuestra hipótesis de un principio de locura no nos engaña, el más joven de los hombres debió asaltar al otro y éste puso fin á la contienda disparando y matando al agresor, después de lo cual debió escapar, llevando consigo á la mujer. Preciso es convenir en que todo esto debió desarrollarse muy rápidamente y que el tren marchaba lo suficientemente despacio para que fuese posible apearse. Una mujer puede muy bien descender de un tren que marche á ocho millas por hora y positivamente sabemos que debió descender.

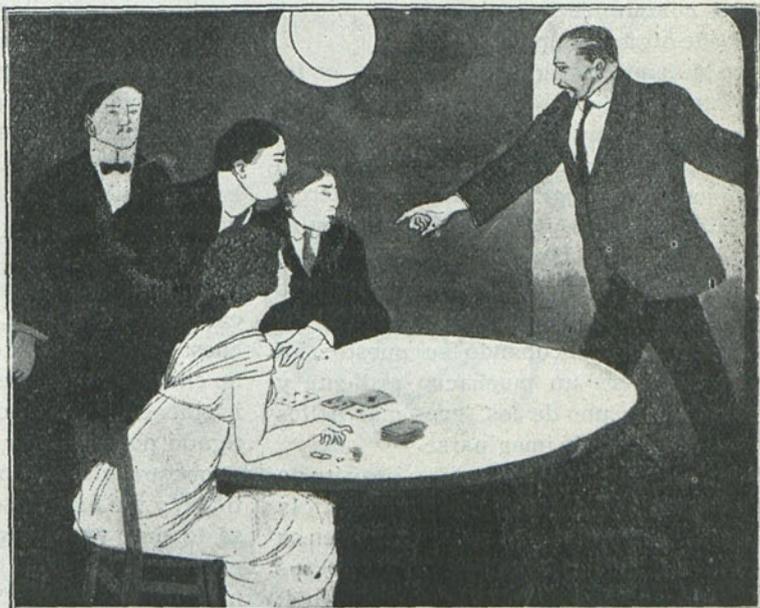
»Nos queda el hombre del departamento de los fumadores. Presumiendo que hasta aquí hayamos fielmente reconstituido el drama, no encontramos nada, en el caso de este hombre, que nos haga modificar nuestras conclusiones. Según nuestra teoría, el viajero en cuestión, vió al joven pasar de un tren á otro, oyó la detonación y vió enseguida á los dos fúgitivos saltar al suelo, y comprendiendo

que se acababa de cometer un crimen, se lanzó en su persecución. El porqué no se ha vuelto á oír hablar de él ó si encontró la muerte en su empresa, ó creyó más oportuno abandonar la persecución, son otros tantos puntos que tenemos, sin encontrar medio de aclararlos. Reconozco que, en mi teoría, hay ciertos puntos oscuros; á primera vista parece poco probable que, en

un momento tan crítico, el criminal al fúgarse recogiese el saco de cuero, que debía embarazarle en sus movimientos; pero sabía que el descubrimiento del saco revelaría su identidad, y no podía dejarlo. El equilibrio de mi sistema se apoya solamente en un punto: y llamo la atención de la Compañía del ferrocarril para que compruebe si se encontró un billete perdido en el tren ómnibus de Harrow á King's Langley el 18 de Marzo. Si fué así, tengo ya una prueba, y si, por el contrario, no se encontró nada,

mi teoría todavía puede justificarse, pudiendo concebirse que el viajero no llevaba billete, ó bien que lo había perdido.»

La contestación que á esta laboriosa y plausible hipótesis dieron la policía y la Compañía fué, primero, que no se había encontrado el billete; segundo, que el tren exprés no había marchado junto al ómnibus en ningún punto del recorrido, y tercero, que el ómnibus estaba en la esta-



—SEÑORES—DIJE—, ¿SABEN USTEDES CON QUIÉN ESTÁN JUGANDO?

ción de King's Langley cuando el exprés pasó por ella á una velocidad de cincuenta millas por hora. De este modo se destruía la única explicación aceptable, y han pasado cinco años sin darse otra. Pero he aquí que hoy llega una declaración que explica todos los hechos y que se debe considerar como auténtica: es una carta dirigida al experto criminalista que más arriba he citado, y la copio íntegra, á excepción de los dos primeros párrafos, de índole esencialmente personal y que sólo sirven de preámbulo:

«Hará usted el favor de excusarme si en lo concerniente á los nombres guardo alguna reserva, si bien ya no tengo los mismos motivos que hace cinco años, cuando mi madre vivía todavía. Estos motivos han hecho que, hasta aquí, me haya dedicado á despistar y hacer desaparecer todas las sospechas. Pero debo á usted una explicación, puesto que la de usted, sino exacta, por lo menos era ingeniosa. Es preciso, para que pueda usted comprenderlo todo, que comience desde algún tiempo atrás.

»Mi familia, originaria de Bucks, en Inglaterra, emigró á los Estados Unidos en los cincuenta últimos años. Se estableció en New-York, en Rochester, donde mi padre abrió un gran almacén de mercería. No éramos más que dos hermanos: Eduardo y yo, James. Tenía yo diez años más que mi hermano, y cuando nuestro padre murió, cumplí con mi deber de primogénito, ocupando su puesto. Mi hermano era un muchacho ardiente y buen mozo, uno de los seres más bellos que usted puede imaginarse.

»Pero desgraciadamente su espíritu no estaba en armonía con su naturaleza, y la semilla del vicio estaba arraigando en su corazón, haciendo espantosos progresos de día en día. Mi madre se apercibía, como yo, pero continuaba mimándole, pues él la trataba tan dulcemente siempre, que era imposible negarle nada. Yo traté de reprenderle y desde entonces me cobró odio.

»Un día, á pesar de mis esfuerzos por retenerle, se salió con la suya: partió para New-York, donde rodó rápidamente yendo cada vez de mal en peor: comenzó por la disipación y concluyó por el crimen. Al cabo de un año, llegó á ser uno de los caballeros de industria más conocidos en la ciudad. Se había hecho amigo del más perdido de todos los canallas, un individuo llamado Macloy, y

los dos se dedicaron á vivir del juego y á frecuentar los mejores hoteles de New-York. Excelente actor, capaz, si hubiese querido, de hacerse un nombre en el teatro, mi hermano desempeñaba á voluntad todos los papeles—joven noble inglés, simple provinciano del Oeste, estudiante pobre,—según convenía á los propósitos de Sparrow Macloy. Tuvo una vez la idea de disfrazarse de muchacha: compuso tan bien el personaje y con tanto provecho, que esto llegó á ser una de sus ocupaciones favoritas. Tammany y la policía se dejaron engañar y parecía que nunca debían tropezar con ningún obstáculo; pues esto sucedía antes de la Lexow Commission, en una época que bastaba que uno fuese un poco vivo para hacer todo lo que le viniese en gana.

»Nada les hubiera estorbado si únicamente se hubiesen dedicado á jugar á las cartas en New-York, pero vinieron á Rochester donde falsificaron una firma en un cheque. Fué mi hermano el autor de la falsificación y nadie dudó que obraba instigado por Sparrow Macloy. Pagué yo el cheque, que me costó una bonita cantidad, y me fuí á buscar á mi hermano y se lo puse ante su vista, amenazándole con denunciarle á la justicia si no se marchaba del país. Me contestó, comenzando por echarse á reír, que yo no podía denunciarle sin destrozar el corazón de nuestra madre y que ya miraría yo bien lo que hacía; pero le hice comprender que nuestra madre tenía ya bastante destrozado el corazón y que yo prefería ver á mi hermano en una cárcel de Rochester antes que en un hotel de New-York. Cedió y me prometió solemnemente que no volvería á ver á Macloy, que pasaría á Europa y que se dedicaría honradamente al comercio. Le ayudé á buscar una colocación y le recomendé á un antiguo amigo de nuestra familia, Joe Wilson, exportador de relojes america-

nos, que le confió una agencia en Londres, con pepueños emolumentos y una comisión del 15 por 100 en todos los negocios. El aspecto y las formas de mi hermano hablaban tan bien en su favor, que ganó completamente el afecto del viejo y al cabo de una semana partía para Londres con una caja llena de muestras.

»Me parecía que en el asunto del cheque había sentido miedo y podía esperar verle entrar en el buen camino. Nuestra madre le había hablado y sus palabras habían hecho en él algún efecto, porque había sido siempre para él la mejor de las madres y constituía su conducta el pesar de su vida. Pero yo sabía que Macloy ejercía sobre Eduardo una gran influencia, y que la

única probabilidad de verle perseverar en el bien estaba en cortar toda relación entre ellos. Tenía yo un amigo en el servicio de seguridad en New-York y le había recomendado á Macloy para que lo tuviera bajo su vigilancia. Quince días después de la partida de mi hermano, me hizo saber que el tal Macloy había tomado un camarote en el *Etruria* y no tuve la menor duda de que iba á Inglaterra á reunirse con Eduardo y volver á la vida de donde yo le había sacado. En seguida resolví hacer también el viaje y oponer mi poder al suyo. Consideré la partida como perdida por adelantado, pero pensaba, y mi madre lo mismo, que cumplía con mi deber; ella y yo nos pasamos la última noche rezando juntos por mi éxi-

to y me entregó una Biblia que mi padre le había dado en la época de su casamiento, en la vieja patria, con el fin de que la llevase siempre sobre mi corazón.

»Hice la travesía con Sparrow Macloy, y tuve, al menos, el placer de estorbar su juego durante el viaje. Desde la primera noche, cuando yo entraba en el salón de fumar, lo encontraba presidiendo una mesa de juego, con una media docena de jóvenes que iban á Europa con la bolsa llena y el cráneo vacío. Organizaba éi la

partida y se prometía sacar buenos beneficios, pero yo llegué á tiempo de arreglar todo aquello.

»—Señores—dije—, ¿saben ustedes con quién están jugando?

»—¿Quién le mezcla á usted aquí? ¡Ocupe-

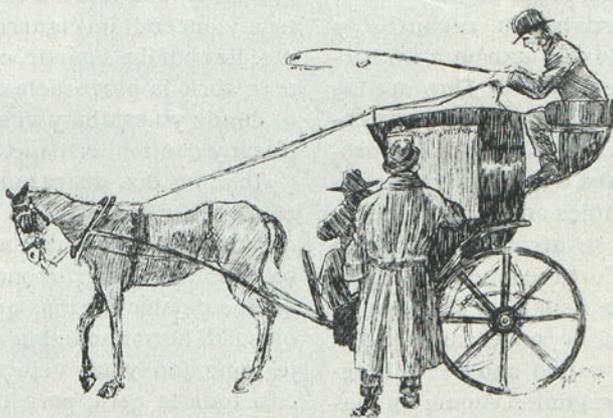
se de lo que le importe! —gruñó él con una blasfemia.

»—Diga usted su nombre—gritó uno de los *primos*.

»— ¡Es Sparrow Macloy, el más ilustre canalla de los Estados!

»Se levantó él de un salto y cogió una botella, pero se acordó de que viajaba bajo el pabellón del viejo país donde reinan el orden y la ley y donde Tammany no tiene nada que hacer. La cárcel y los trabajos forzados castigan la violencia y el crimen y no hay medio de escapar por una puerta falsa en un trasatlántico.

»— Probaré lo que he dicho—añadí.— Remánguese usted hasta el hombro, ¡y que mis palabras vuelvan á mi garganta si he mentado!



ACOMPAÑADO DE UN SEÑOR ALTO, SE HABÍA MARCHADO DE LA CASA, LLEVÁNDOSE SU EQUIPAJE

»Se puso pálido y no replicó. Yo conocía la mayor parte de sus trucos y sabía que, como todos los de su oficio, debía llevar á lo largo del brazo un elástico con un gancho en su extremo, que debajo mismo del puño debía servir para hacer desaparecer las cartas malas para sustituirlas por otras que llevaba escondidas.

»No me había equivocado. Se marchó vomitando contra mí toda clase de imprecaciones y no le volvimos á ver durante toda la travesía. Por una vez, al menos, vencí yo á Sparrow Macloy.

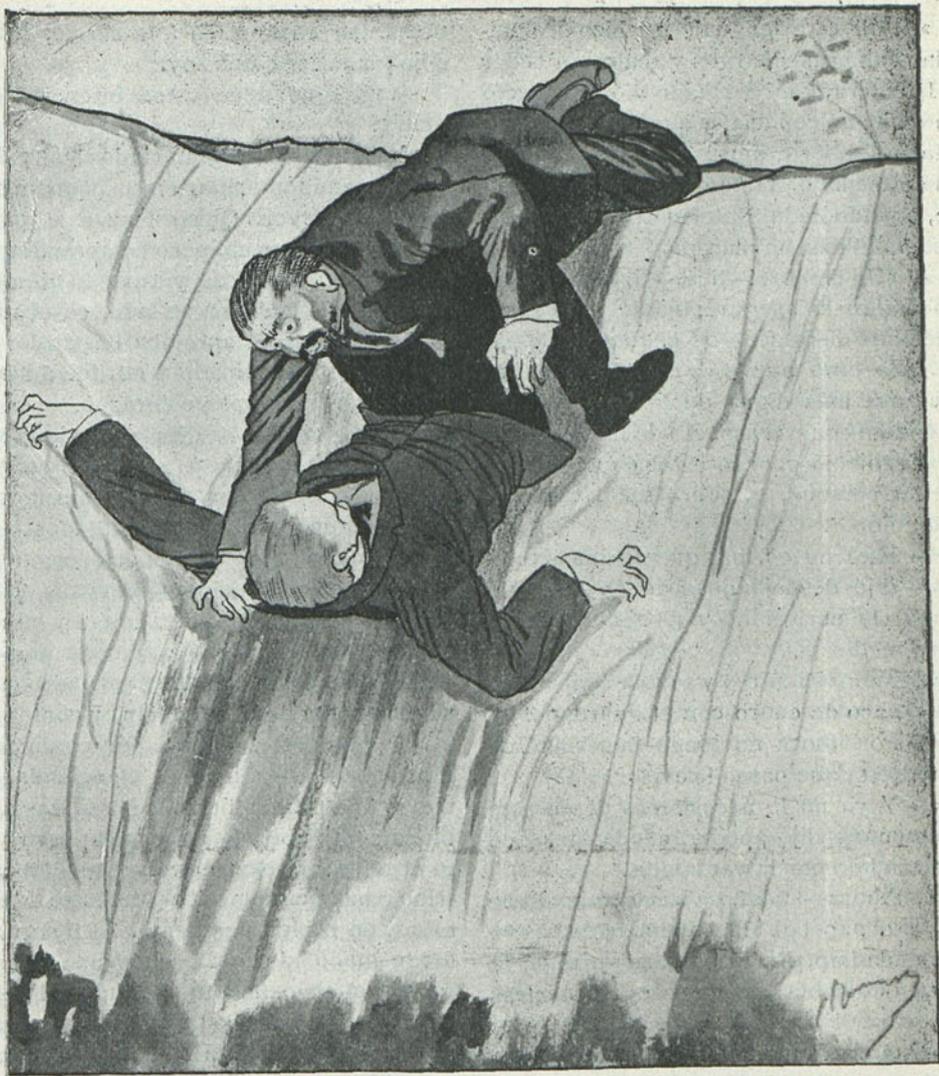
»Pero me guardaba su revancha, y cuando se trató de disputarme á mi hermano fué él quien venció. Durante las primeras semanas Eduardo había observado en Londres una conducta irreprochable y comenzaba á hacer algunos negocios con sus relojes americanos, cuando el miserable se atravesó de nuevo en su camino. Yo tuve que contentarme con no hacer nada. Lo primero de que oí hablar fué de un escándalo que había tenido por teatro uno de los hoteles de Northumberland Avenue: un viajero se había visto *aligerado* de una fuerte suma por dos compinches y Scotland Yard instruía las diligencias oportunas. Leí la información en un periódico de la tarde, y ni por un instante dudé yo de que mi hermano y Macloy hubiesen vuelto á sus antiguas prácticas. Corrí á casa de Eduardo, donde me dijeron que acompañado de un señor alto, en quien yo reconocí á Macloy, se había marchado de la casa llevándose su equipaje. La portera les había oído dar al cochero varias direcciones y recordaba que la última fué la de Euston Station y había sorprendido en las palabras del señor alto alguna cosa á propósito de Manchester. Suponía que se irían á esta población.

»Consulté el indicador y vi que debían haber tomado el tren de las cuatro y treinta y cinco, si bien había otro un

poco más tarde, á las cinco. Tuve el tiempo justo para tomar un coche y llegar cuando aún no había salido el segundo; pero ni en los andenes ni en el tren vi el menor rastro de ellos; supuse que debían de haberse marchado en el que había partido poco antes y decidí seguirles á Manchester, donde ya me las arreglaría para encontrarles, pensando que un supremo llamamiento á los sentimientos filiales de Eduardo, recordándole á nuestra pobre madre, podría quizás salvarle aún. Estaba en una tensión de nervios espantosa y encendí un cigarrillo para calmarme. El tren iba á partir, cuando de repente se abrió la portezuela del compartimento donde yo estaba y vi sobre el andén á Macloy con mi hermano.

»Iban los dos disfrazados, y no sin razón, pues sabían que la policía de Londres les seguía las huellas. Macloy llevaba levantado un gran cuello de astracán, que no dejaba ver más que la nariz y los ojos. Mi hermano había adoptado un traje femenino y un velo negro le tapaba casi toda la cara, pero no me engañé ni un minuto, ni me hubiese engañado aún sin saber que ya otras veces había recurrido al mismo subterfugio. Hice un movimiento de extrañeza y Macloy me reconoció, dijo no sé qué al conductor, que cerró la portezuela y los hizo pasar al compartimento contiguo. Traté de retrasar la partida del tren, para poder seguirles, pero era ya demasiado tarde: estábamos en marcha.

»En la parada de Willesden me apresuré á cambiar de compartimento. Seguramente nadie me vió, lo quo no tiene nada de extraño, dada la afluencia de gente que había en la estación. Macloy, como yo presumía, me aguardaba á pie firme, y seguramente había pasado el trayecto de Euston á Willesden aleccionando á mi hermano y previniéndole en contra mía. Nunca encontré á Eduardo más insensi-



SALTÉ SOBRE ÉL, Y, CAYENDO DEL ESTRIBO, RODAMOS ENLAZADOS POR UN TALUD

ble ni más duro á mis súplicas; ensayé todos los medios, le pinté su porvenir en una cárcel inglesa y la pena de nuestra madre cuando recibiese la noticia, hice todo lo humanamente posible para ablandar su corazón y fué trabajo perdido. Continuaba con una sonrisa de desprecio en sus labios, mientras de tiempo en tiempo Macloy me lanzaba una pulla ó le

decía alguna palabra para darle ánimo y apoyarle en su resolución.

»— ¿Por qué—me dijo — no funda usted una escuela para los domingos?

»Y dirigiéndose á mi hermano:

»— ¡Te considera como al hermanito que hay que dejar sin postre y todavía no se ha enterado de que ya eres un hombre!

»El oír este lenguaje me hizo pronunciar palabras amargas y acabé por ceder á la cólera, y mi hermano vió un aspecto mío que no conocía, y que, sin duda, debía de haberle mostrado más pronto y más ámenudo. Habíamos ya, naturalmente, partido de la estación de Willesden y estaba el tren en marcha.

»— ¡Un hombre!—dije.—Preciso es que tu amigo lo asegure; nadie lo creería viéndote disfrazado de pequeña colegiala. ¡No creo que haya en el mundo otra criatura más digna de lástima que tú, viéndote con ese aspecto de muñeca!

»Enrojeció porque estaba envanecido de su persona, y, sobre todo, temía al ridículo.

»— Esto no es más que un guardapolvo — dijo despojándose de él. — Quería evitar la curiosidad y no tenía á mano otro medio.

»Se quitó su gorro y su velo, que metió en el saco de cuero con el guardapolvo.

»— Por ahora no tengo necesidad de esto hasta que pase el revisor.

»— Y ya no lo necesitarás desde este momento — dije apoderándome del saco y tirándolo por la ventanilla.

»— Ahora—añadí, ya has terminado de hacer el papel de Mari-Juana mientras yo lo pueda impedir. Si para salvarte de la cárcel no había más que ese disfraz, ¡jirás á la cárcel!

»Esta era la única forma posible de tratarle y noté que iba ganando terreno, pues su naturaleza cedía mejor á la violencia que á las súplicas. Se puso rojo de vergüenza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Macloy notó su derrota y quiso arrastrarle todavía.

»— ¡Es mi compañero—dijo—y no será usted quien venga á hacer con él el matamos.

»— Es mi hermano y usted le está arrastrando á su perdición—respondí;—v si es preciso para separarles que vaya

usted una temporada á la cárcel; irá ó deje yo de ser quien soy.

»— ¿Es que tiene usted intención de gritar?

»Apenas había pronunciado estas palabras, cuando vi brillar en su mano un pequeño revólver. Quise lanzarme para arrancarle el arma, pero comprendí que era demasiado tarde y tuve el tiempo justo para echarme á un lado, en el momento en que él apretaba el gatillo; la bala, que iba destinada á mí, fué á herir á mi hermano en pleno corazón.

»El desgraciado se desplomó, sin exhalar un suspiro, sobre el suelo del coche. Entonces, llenos los dos del mismo terror, nos encontramos arrodillados á su lado, Macloy y yo, queriendo recoger su último suspiro. Macloy conservaba en la mano el revólver, pero su cólera y mi resentimiento se habían aplacado por la rapidez del drama. Él fué el primero que se dió cuenta de la situación, y como en aquel momento, el tren, por cualquier motivo, llevaba muy poca velocidad, entrevió una probabilidad de huída. Instantáneamente abrió la portezuela; pero yo lo preví, salté sobre él y cayendo del estribo, rodamos enlazados á lo largo de un talud, en rápida pendiente. Al llegar al fondo chocó mi cabeza contra una piedra y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, me encontré acostado sobre unas ramas, á alguna distancia de la vía férrea, y á mi lado había alguien que me frotaba la frente con un pañuelo húmedo. Reconocí á Sparrow Macloy.

»— No podía abandonarle — me dijo.— No quería teñir mis manos, en un solo día, con su sangre y la de usted. Sin duda usted quería á su hermano, pero no más que yo, aunque fuera bien extraña mi manera de manifestarlo. El mundo me parece vacío ahora que ya no existe y poco me importa que usted quiera ó no enviarme á la horca.

»Como al caer se había doblado un tobillo, nos quedamos allí los dos, él imposibilitado de mover su pie y yo con la cabeza ardiendo, y comenzamos á charlar, á charlar y mi cólera fué desapareciendo poco á poco para dejar sitio á la simpatía. ¿Para qué vengar la muerte de mi hermano en un hombre que parecía tan afectado como yo? Además, conforme iba yo recobrando el dominio de mí mismo, me iba dando cuenta de que no podía hacer nada contra Macloy que no recayese sobre mi madre y sobre mí. ¿Cómo denunciar á este hombre sin hacer pública la vergüenza de la conducta de mi hermano, que es lo que á toda costa quería evitar? Así es que nuestro propio interés nos obligaba á correr un velo sobre el asunto; es decir, que yo, el vengador, ¡conspiraba contra la justicia! El sitio donde nos encontrábamos era uno de esos parques de faisanes que tanto abundan en Inglaterra. Y mientras encontramos una solución, ¡yo discutía con el asesino de mi hermano los medios de evitar el escándalo!

»Pronto me convenció de que si mi hermano no llevaba papeles en los bolsillos, lo cual ignorábamos, la policía no podría ni identificarlo ni explicar su presencia en el tren, pues su billete estaba en el bolsillo de Macloy. Como la mayor parte de los americanos, había encontrado más cómodo hacerse su equipo en Londres que traerlo de América; su ropa interior y su traje eran, pues, nuevos y sin marcas. El saco que contenía el guardapolvo, cuando yo lo tiré por la ventanilla, quizá cayó entre algunas malezas donde los matorrales lo ocultarían, quizá lo hubiese recogido algún vagabundo ó fué á parar á manos de la policía, aunque nadie lo supo. En todo caso, no he leído sobre su paradero nada en los periódicos de Londres. En cuanto á los relojes, constituía un surtido de muestras para la

venta: puede ser que las llevase á Manchester para realizar algún negocio..., pero ¿para qué perderse hoy en conjeturas?

»No acuso de insuficiente á la policía: ¿Qué es lo que podía hacer? Un sólo indicio podría haberla guiado, pero ¡tan débil!: me refiero al pequeño espejo redondo que se encontró en el bolsillo de mi hermano. ¿Verdad que no es un objeto muy apropiado para un hombre? Pero para un jugador es una marrullería: sentado á alguna distancia de la mesa de juego, con el espejo sobre las rodillas, puede distinguir, al dar las cartas, las que da á su adversario, y lo tiene á su merced cuando las conoce tan bien como las suyas propias. Un espejo es el accesorio indispensable de un tramposo profesional, tanto como el gancho elástico colgado del brazo de Macloy. Por poco que hubiese unido su hallazgo con los casos de fullerías que recientemente se habían realizado en los hoteles, la policía hubiese tenido uno de los extremos del hilo en sus manos.

»Heme aquí en el término de mis explicaciones. Llegamos por la noche á un pueblecillo llamado Amersham, donde nos presentamos como dos excursionistas, y al día siguiente volvimos tranquilamente á Londres, y Macloy se quedó en Inglaterra, mientras yo volvía á New-York. Mi madre murió seis meses después, y, afortunadamente, hasta su muerte no supo nada del drama. Vivió persuadida de que Eduardo ganaba honradamente la vida en Londres y nunca tuve el valor de decirle la verdad, Claro que no recibía cartas de mi hermano, pero nunca le había escrito y no pudo notar ninguna diferencia, lo que no impedía que ella no cesase de pronunciar su nombre.

»Ahora hay una cosa, una sola, que yo quisiera pedir á usted, y si usted quisiera satisfacer mi deseo me considera-

ría espléndidamente pagado por mis revelaciones. ¿Recuerda usted la pequeña Biblia recogida en el tren? La llevaba yo siempre en un bolsillo interior, de donde probablemente se salió en mi caída. Tiene para mí un gran valor, pues era en nuestra casa el libro de la familia, y mi padre había anotado en la primera hoja mi nacimiento y el de mi hermano. Sería para mí un gran placer que por conduc-

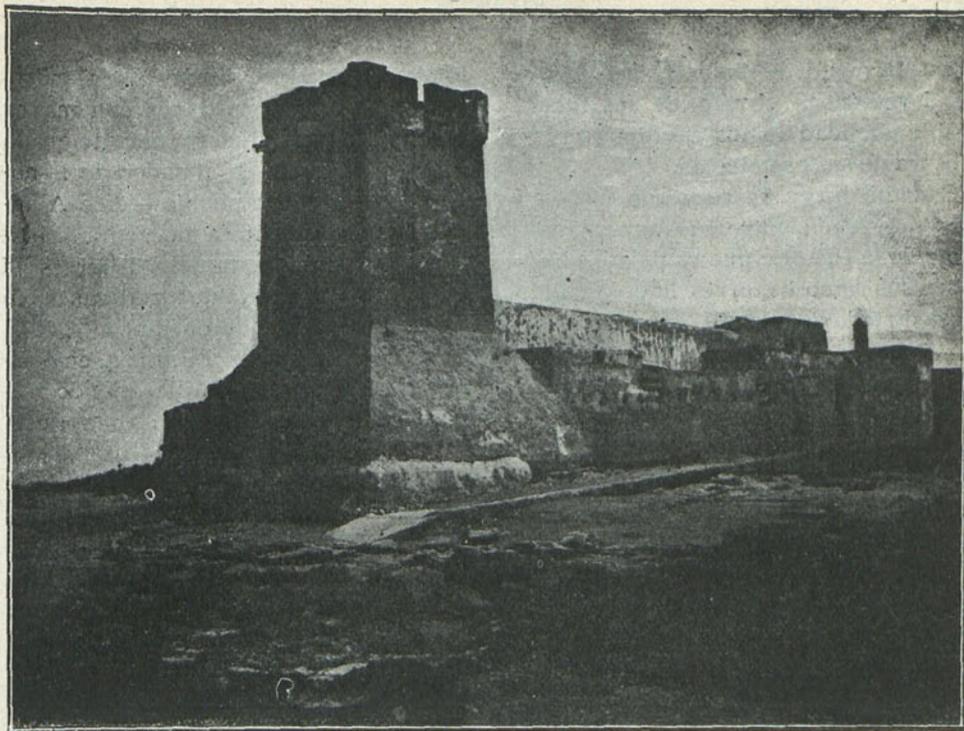
to de usted volviese á su antiguo dueño, si se tomase la molestia de enviármela; no creo que tenga valor para nadie. Dirigiéndola al señor X..., Bassano's Library, New-York, puede estar usted seguro de que llegará á mi poder.»

A. CONAN DOYLE.

Traducido expresamente para PHAROS, por F. R. M.

DIBUJOS DE RAMÍREZ.





TORREÓN DE ENTRADA AL CASTILLO DE SANCTI PETRI (ITALIA)

LOS PALACIOS DE LA HISTORIA



CASTILLOS MEDIOEVALES

Piedras gloriosas.

Cuando viajamos por una región desconocida é influídos por el cansancio de la jornada ó el tranquilo reposo del ajetreo que dejamos por breve espacio en la ciudad, la imaginación desorientada no sabe qué rumbo emprender, suele sacar nuestro espíritu de su laxitud la aparición de alguna gruesa mole, negra é informe en el crepúsculo, como el monumento olvidado de una edad que ni sus piedras hubiera querido legarnos.

¿Quién ha pasado indiferente ante los sombríos torreones del viejo castillo enhiesto en el peñón enorme ó roto en bloques ciclópeos que fingen sobre una ladera la osamenta de un monstruo prehistórico? Aquel fantasma incommovible de un tiempo que apenas hemos vislumbrado por las crónicas incompletas de los historiadores, se alza como una prueba petrificada de su existencia, rezagado testigo de las glorias y crímenes que nos relató el cronista reduciendo á palabras — la palabra en que también se ex-

presa la mentira — todos los hechos de una larga época, el valor de sus guerreros, la fidelidad de sus vasallos y la hermosura de sus castellanías.

Cada piedra es un recuerdo, cada ojiwa una leyenda, entre sus muros vive el alma de la Historia que va dejando cifra da en sus ruinosas torres la crónica gloriosa de toda una edad.

Los primeros castillos.

Difícil, si no imposible tarea, sería la de investigar en dónde se levantó el primer castillo, según la acepción asignada hoy á la palabra en todos los pueblos. Antes bien, su etimología — del latín *castellum*, diminutivo de *castrum*, campo — hace suponer que el origen de estas construcciones fueron los pequeños campos defensivos empleados por los romanos en los puntos estratégicos de sus territorios, ó como defensa de ciertos pueblos demasiado expuestos á las incursiones de los enemigos y cuya conservación interesaba al imperio. Por esta razón se deja suponer que el primitivo castillo ó *castellum* romano era lo que un fuerte ó fortín de nuestros días.

Implantado en la Edad Media el régimen feudal y entregado el territorio de las naciones europeas á los grandes señores, según sus méritos, riquezas ó simpatías cerca del rey, el número de castillos aumentó extraordinariamente, comenzando á adquirir entonces importancia, creciendo en proporciones su construcción y pasando á ser, á la vez que obras de defensa, residencias de los señores feudales que desde sus torres y baluartes mantenían el dominio efectivo de los pueblos sujetos á su yugo por la voluntad real, cuando no por la fuerza de sus armas.

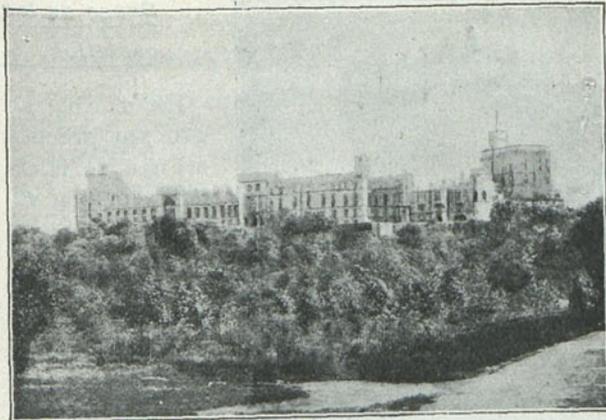
Tal fué el incremento alcanzado en un plazo relativamente corto por el número de estas fortalezas, que aun en España,

donde la lucha incesante contra el moro agrupando á los cristianos con mayor cohesión, impidió llegar á tan alto grado como en otros países el poder de la nobleza, apenas hubo pueblo — dice Almirante — que no tuviera un castillo, castillejo, castillete ó castilluelo. Tanto es así que á esta abundancia de fortalezas debió su nombre el reino de Castilla.

Por lo que respecta á Francia, en el siglo xiv poseía 40.000 castillos, siendo preciso emplear 800.000 hombres en las guarniciones feudales para su defensa.

Correspondiendo tales aumentos de la «Infantería comunal», desaparecieron los ejércitos organizados y con ellos los verdaderos castros ó campos, la autoridad del rey quedó sometida á la voluntad de los nobles, de quienes dependía el levantamiento y reunión de gentes para la guerra y muy á menudo ocurría que los monarcas se veían desacatados por los grandes señores que, encerrados en sus castillos, oponían á la autoridad real una rebeldía, la cual no podía reducir el monarca falto de los elementos precisos para combatirla.

En la propia nación francesa, su rey, Carlos el Calvo, trató de poner un freno á tal estado de cosas, y en 864 decretó: «Que todos los que en estos últimos tiempos hayan hecho edificar sin nuestra licencia, castillos y fortificaciones, las hagan derribar enteramente, visto que los vecinos y los habitantes de los alrededores sufren muchas molestias y depredaciones, y si algunos se resistieran á obedernos, los Condes de los Condados en que tales castillos han sido construídos, los hagan demoler por sí mismos.» Claro es que esta orden no fué obedecida y los reyes de Francia la dejaron sin efecto, entendiendo que sería muy difícil hacerla cumplir por la fuerza. Por el contrario, en vez de disminuir, aumentó el número de castillos.



CASTILLO DE WINDSOR, RESIDENCIA DE LOS REYES INGLESES
DESDE GUILLERMO EL CONQUISTADOR

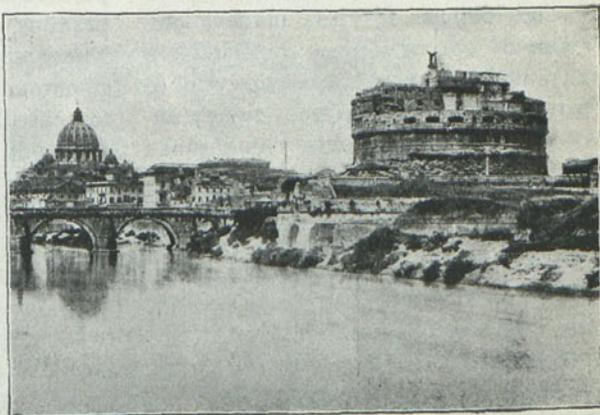
El castillo por dentro.

Según M. Violet-le-Duc, los normandos fueron los primeros que aplicaron á los castillos un sistema defensivo ajustado á ciertas leyes. El castillo de Arques, cerca de Dieppe, construido hacia la mitad del siglo xi por Guillermo, tío de Guillermo el Bastardo, ofrece en su planta y en sus combinaciones de detalle los principios de la defensa normanda primitiva. Se eleva en la cumbre de una colina defendida por la naturaleza, por tres de sus lados, y se compone de un vasto recinto de murallas, protegido por un foso de 25 á 30 metros de ancho, practicado por mano del hombre. Sólo una puerta flanqueada por dos torres y una poterna situada bajo un torreón, daban acceso al patio interior del castillo. Esta torre comunicaba con los fosos por medio de subterráneos que permitían á la guarnición hacer salidas bruscas para impedir el trabajo de mina.

Hubo castillos edificados en

sitios aislados y castillos afechos á lugares habitados; cuando estos últimos eran por sí mismos puntos fuertes, los castillos constituían reductos propios para extremar la defensa. Por lo demás, los castillos medioevales eran, por lo general, atrincheramientos cerrados, flanqueados por torres y rodeados por un foso profundo, provistos de todos los medios de defensa para resistir á los defectuosos de ataque empleados entonces.

Un cuerpo de guardia vigilaba la puerta, una campana daba las señales de alarma y una bandera ó pendón arbolado en sitio culminante distinguía al señor de la fortaleza. Algunas de estas obras fortificadas se señalaban por su gran amplitud, llegando á estar formadas por un triple recinto con sus tres fosos y sus tres puentes levadizos, y aumentando su poder la Torre del Homenaje, la más importante en solidez, capacidad y situación, de cuantas existían en el castillo, la cual era el reducto de seguridad, último baluarte de los defensores y, por lo tanto, en ella se clavaba el



CASTILLO DE SANT'ANGELO, EN ROMA, CONSTRUÍDO POR EL
EMPERADOR ADRIANO PARA SU PROPIO MAUSOLEO

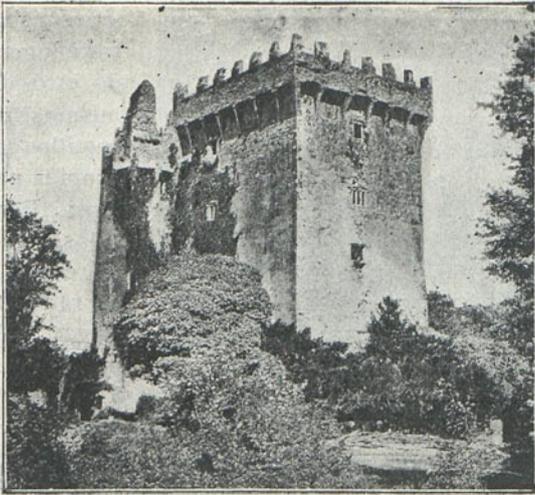
asta de la bandera feudal.

El mobiliario de la sala de un castillo francés, en el siglo XIII, se componía de bancos á barras cubiertos de cojines, algún escaño aislado, alfombras, cortinas ante las ventanas y las puertas, una gran mesa fija al suelo y el estrado para el señor. De noche, las bujías clásicas de cera ardían sobre sus brazos de

hierro á ambos lados de la chimenea, en candelabros colocados sobre la mesa ó en lámparas, de hierro también, que colgaban del techo. El fuego de la chimenea contribuía á esta iluminación, completando la escena severa y ancestral que ha servido de tema á muchos cuadros de pintores antiguos y modernos.

Respecto al dormitorio, se sabe que contenía una cama con dosel y un sillón sobre su estrado, cojines en gran número, y á veces bancos de recia madera que servían de cofres; tapices de Flandes ó telas pintadas cubrían las paredes y sobre el estrado se tendían tapices que entonces se fabricaban en París y en algunas grandes ciudades.

En el guardarropa se alineaban baúles para la ropa blanca y los trajes de verano é invierno; cerca de ellos, en lugar preferente, se guardaban las armas del señor, cuidadosamente limpias y brillantes, para lucirlas en un momento dado. Esta pieza debía tener cierta amplitud porque en ella trabajaban los sastres encargados de la confección de las ropas.



CASTILLO DE BLARNEY (IRLANDA)
EN ESTAS RUINAS EXISTE UNA LÁPIDA QUE Á QUIEN
LA BESA PROPORCIONA EL DON DE LA ELOCUCIA

también ampliar la capacidad de su vivienda. Además, poseedor el clero de fuertes castillos y de inmensas riquezas para alhajarlos, pronto los convirtió interiormente en lujosos palacios, que ofrecían á sus habitantes todos los refinamientos de la época. Esta fastuosidad de las fortalezas monásticas despertó bien pronto la emulación de los grandes señores, la mayor parte de los cuales sólo contaba para su ostentación con los impuestos, ya pesados, que hacían pagar á sus pueblos. Nuevamente fueron recargados y comenzó entonces la transformación interior de los castillos, en los que antes se supeditaba todo á sus condiciones guerreras, y se ahogó en el estruendo de las fiestas con que los señores se obsequiaban entre sí, los amargos lamentos de sus vasallos agobiados por los gravámenes para sostener la vanidad señorial. Esta primera transformación de los castillos, que coincidió en Francia con el reinado de Luis IX, se acentuó más tarde, y de fortalezas habitables que antes fueron, vinieron á ser palacios provistos de defensas.

Ocaso de los castillos. ♦

En dicho siglo XIII precisamente se inicia una profunda revolución en la construcción de los castillos, así como en la manera de amueblarlos

Al mismo tiempo que se perfeccionaba las condiciones defensivas del castillo, la necesidad de alojar al señor y á sus deudos imponía

La invención de la artillería debía destruir para siempre la importancia política de los castillos. Primero se trató de proveerlos de un sistema de defensa capaz de resistir á la potencia terrible de las nuevas máquinas; al ras de la contraescarpa de los fosos y al nivel de la cresta de los muros de contraguardias practicáronse troneras para colocar asimismo cañones; en los parapetos abriéronse también aspilleras para disparar las armas de mano; el castillo de Bonaguil es un ejemplo de esta disposición. Pero salvo algunos señores bastante ricos, para levantar fortalezas en estado de resistir á los nuevos medios de ataque, la nobleza feudal hubo de resignarse á dejar caer en ruinas sus viejos torreones, reducidos para siempre á la impotencia.

Usos y costumbres feudales.

El régimen feudal, que levantó castillos y dividió las naciones en pequeñas parcelas punto menos que independientes, imprimió también un sello característico á la vida social de sus pueblos. Los feudos concedidos por los reyes á determinados súbditos como merced especial y para que administrase en ellos su autoridad y justicia, fueron tiranizados por éstos cuando revestidos de todo su poder se juzgaban lo bastante fuertes para no temer las iras del monarca.

El señor ofrecía á los plebeyos protección contra

el enemigo, asilo tras de los gruesos muros de su fortaleza, acogerles en momentos de peligro con sus mujeres, sus hijos y sus cosechas, pero todo á cambio de su fiel vasallaje. Y los hombres libres, asolados y diezmados por las frecuentes incursiones hostiles, aceptaban aquella protección que les imponía el sacrificio de su libertad.

En el espacio comprendido por algunas leguas alrededor de su castillo, el señor tenía derecho de justicia con título de castellanía, lo que se indicaba con una horca patibularia de tres pilares que *ornaba* la puerta de acceso si era justicia mayor y por una horca de un sólo pie si era solo medio justicia.

Apoyados en esta soberanía, algunos señores feudales cometían verdaderos crímenes en la más perfecta impunidad. Uno de ellos, Burchard, *el Barbudo*, tronco de la casa de Montmorency, saqueaba de vez en cuando la abadía de Saint-Denis, próxima á su castillo y muy favorecida por la piedad de los otros señores, siendo preciso que el rey le hiciera demoler su fortaleza, concediéndole en cambio el feudo de Montmorency. Otro miembro de esta misma familia, que por lo visto no tenía desperdicio, ocupaba el

castillo de Montlhery y asolaba el país con sus rapiñas, que el rey era impotente para contener. Visto lo cual, no halló el monarca mejor medio para impedirlo que casar á uno de sus hijos bastardos con la hija del



CASTILLO DE LOS CONDES DE GRAJAL, EN ESPAÑA.
PROVINCIA DE LEÓN. OBRA DEL SIGLO XIV

aprovechado señor; desgraciadamente el yerno tomó gusto al oficio de su suegro y en lo sucesivo fueron dos á desvalijar á quien se aventurase por sus dominios.

Los castillos estaban ordinariamente provistos de calabozos é instrumentos de tortura destinados á arrancar fuertes rescates á los personajes importantes, de que conseguían sus dueños apoderarse por la violencia ó la traición, como ocurrió con el joven Príncipe Herold que, regresando de Inglaterra, fué preso, al desembarcar en Normandía, por Guy, Conde de Ponthieu.

También era cosa corriente en determinadas regiones apoderarse de las mujeres ajenas. Ciertos castellanos hallaban natural aprovechar la ausencia del padre ó marido, matar á las personas que la guardasen y llevarse la dama á viva fuerza para ocultarla en su castillo.

Frente á estas odiosas fortalezas, debemos señalar otras, ocupadas por señores generosos que prestaban refugio á la virtud perseguida. La hospitalidad era ejercida por éstos con magnificencia; los caballeros errantes y sus damas eran recibidos como hermanos, los peregrinos encontraban asilo y los mendigos jamás se retiraban con las manos vacías. Pero éstos fueron una excepción antes de que las Cruzadas engrandecieran las ideas y los castillos adquiriesen una aureola de valor, nobleza y romanticismo con que han llegado sus ruinas á nuestros días.

La vida en un castillo fuerte de la Edad Media no era muy divertida. La caza constituía la principal ocupación del castellano cuando no estaba de expedición guerrera, y por la noche, sentados ante un vasto hogar, los caballeros se entretenían con los relatos mutuos de sus hechos de armas, ó escuchaban los de aquellos peregrinos que al regreso de Tierra Santa pagaban con sus narraciones maravillosas la hospitalidad que se les daba.

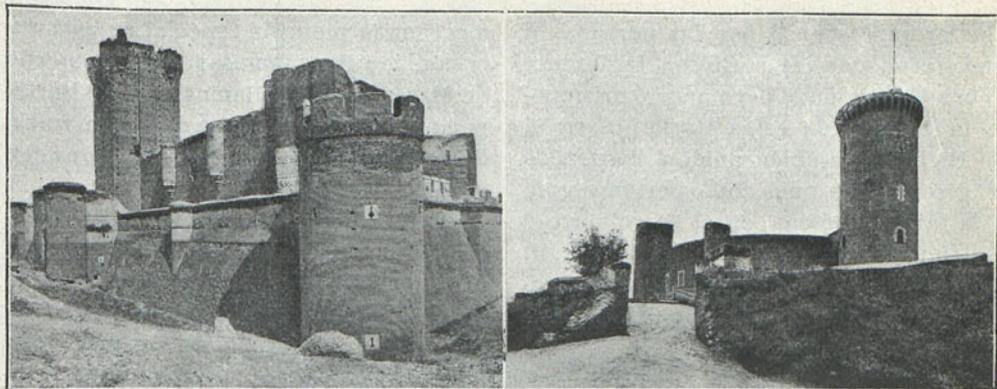
La castellana, en tanto, retirada con sus damas, veía pasar los días sin más ocupación que sus deberes religiosos ni otra distracción que las raras fiestas y torneos que alguna vez alegraban algo su vida tranquila y monótona. Cuando la guerra llamaba á los caballeros al campo, sola en su castillo trabajaba y oraba por los ausentes, atisbando por la ventana los caminos, si era lo bastante virtuosa para no distraer su abandono con amores culpables. Se cuenta el caso de la mujer de Geoffroy de Chateaubriand que, después de varios años de ausencia en la Cruzada, viéndole repentinamente entrar en el castillo, murió á consecuencia de la alegría.

De los honores y preeminencias del señor alcanzaban no poca parte á la castellana; en ciertos feudos se imponía á los vasallos prolijos deberes de sumisión hacia ella, como el tan frecuente de golpear con varas el agua de los fosos cuando la castellana estaba de parto, para que no cantasen las ranas.

Es la época de las doradas leyendas del castillo, que unía también á su historia de hechos heroicos recuerdos sentimentales ó trágicos de historia de amor. La figura de la castellana gana con su corte de damas, pajes y trovadores el dominio fantástico de la novela, y pone sobre los sombríos torreones de la Edad Media las únicas notas de amor y de poesía.

Castillos célebres.

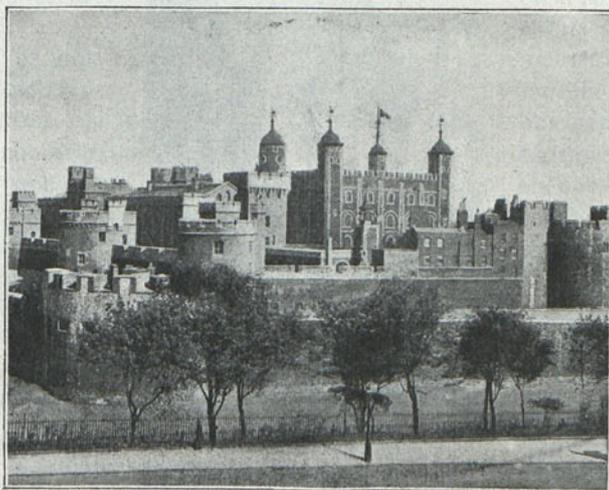
Con ser una pequeña parte de los que existieron, muchos son los castillos que han llegado hasta nuestros días en estado más ó menos ruinoso, según la incuria de sus conservadores y las vicisitudes por que han pasado. Citaremos entre los principales cuya historia ofrece detalles de particular interés, ya por los hechos



1.—CASTILLO DE LA MOTA, EN MEDINA DEL CAMPO, EN EL CUAL MURIÓ ISABEL LA CATÓLICA Y VIVIÓ LARGO TIEMPO DOÑA JUANA LA LOCA.

2.—CASTILLO DE BELLVER, EN PALMA DE MALLORCA, EDIFICADO EN EL SIGLO XV POR JAJME II.

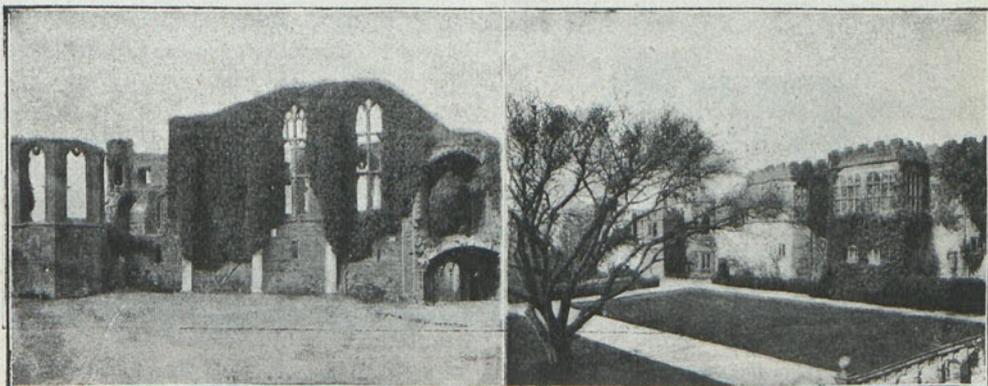
3 (CENTRO).—TORRE DE LONDRES, FAMOSA EN LA HISTORIA DE INGLATERRA. EN ELLA ESTUVO PRESA Y FUÉ



DECAPITADA LA REINA ANA BOLENA, ESPOSA DE ENRIQUE VIII.

4.—CASTILLO DE KENILWORTH, EN INGLATERRA, FUNDADO POR GODOFREDO DE CLINTON, QUE DA TÍTULO A UN LIBRO DE WALTER SCOTT.

5.—ANTIGUO CASTILLO SEÑORIAL, HADDON HALL, DE LA FAMILIA VERNON, QUE CUENTA ASIMISMO CON UNA INTERESANTE HISTORIA DE AMOR.



que presenciaron ó por las personas á que dieron asilo, el de Bolton, Inglaterra (York-shire) donde permaneció prisionera la infortunada reina María Stuart; el de Bickling, también unido á recuerdos trágicos reales, pues como perteneciente á la familia Bolena, en él se celebró el matrimonio de Ana con Enrique VIII, que años después debía entregarla al caldoso; el legendario castillo de Sant'Angelo, en Roma, inmensa fábrica circular que refleja su mole en las aguas del Tiber, construido por el emperador Adriano hace diez y siete siglos para su propio mausoleo; este castillo, hoy desnudo, estaba ornamentado con multitud de estatuas griegas que sirvieron de proyectiles en la defensa contra el asalto de los bárbaros. También el de Cawdor, en Escocia, edificado en el siglo xv, donde es fama que Macbeth asesinó á Duncan, y el de Crichton, cantado por Walter-Scott, y levanta- do también en esta región, la que más culto ha rendido á sus gloriosas piedras,

merecen la mención especial en esta sucesión de ruinas famosas. Otro recuerdo de María Stuart hallamos en el de Borthwick, de cuyos muros se evadió disfrazada de paje para escapar de una tropa que venía á prenderla.

El castillo de Kenilworth (Inglaterra), fundado por Godofredo de Clinton en 1120, mereció también los honores de la pluma de Walter, que tiene bajo este título una de sus más notables novelas. Esta mansión fué regalada por la gran reina Isabel á su favorito el conde de Leicester. En la misma nación se alza todavía el soberbio castillo nobiliario Haddon Hall, que fué propiedad de la familia Vernon durante cuatrocientos años, hasta que la hermosa castellana Dorotea Vernon huyó con el hijo del conde de Rutland en la noche de bodas de su hermana.

El de Fontaineblau, en Francia, famoso en las crónicas de la Monarquía

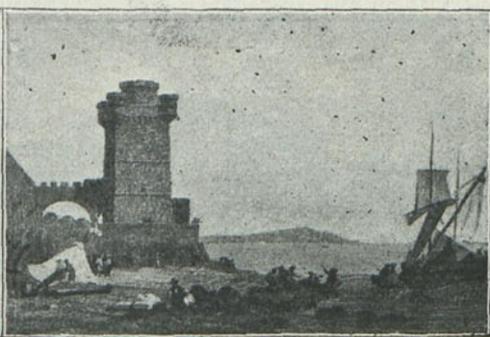
borbónica, ofrece para nosotros el interés de haberse firmado entre sus muros



TORRE FUERTE DE GALATA



CASTILLO TURCO DE BRUSSA, CONQUISTADO POR OSMAN EL VICTORIOSO



CASTILLO DE RODAS

el tratado que abría las fronteras de España al ejército de Napoleón, origen de nuestra guerra de la Independencia. También merece citarse el castillo alemán de Heidelberg, verdadero mosaico de arcadas y torres, denominado «la Alhambra de Alemania», así como el de Lunbourg, sobre el Rhin, antiguo solar de la casa de Habsburgo.

Uno de los más notables que existen es el de Windsor, residencia de los reyes de Inglaterra, cuya historia es la de la Monarquía inglesa desde Guillermo el Conquistador. Hechos gloriosos como la imposición de la orden de la Jarretiera, y sombríos crímenes, como la prisión del que luego fué Jacobo I de Escocia, y pasó diez y ocho años encerrado en la torre circular del castillo, han dejado sus recuerdos imborrables sobre los soberbios torreones de la mansión real.

Existen en Irlanda las ruinas del castillo de Blarney, en el que se conserva una lápida grabada con la fecha de 1703, que, según la tradición, comunica á quien la besa el don de la elocuencia, fama que proporciona muchos turistas á la histórica reliquia del castillo.

Aún figura Escocia con los de Caerleerock y de Glammis, el primero de los cuales fué defendido por sesenta hombres contra todo el ejército de Eduardo I, y el segundo presencié el asesinato de Malcolm II en 1034. Las murallas de

este último tienen cinco metros de grueso, y entre sus reliquias se conserva la cota de malla de Macbeth.

Pero entre todos los monumentos de este género descuella la vieja Torre de Londres, cuyos cimientos datan de los tiempos de Julio César. Esta siniestra fortaleza, símbolo de la tiranía y la crueldad de los antiguos reyes ingleses, cuenta entre sus víctimas á los más famosos prisioneros de las guerras contra Escocia al noble sir Walter Raleigh, sepulto en un calabozo de tres varas en cuadro;

la inocente y hermosa Juana Grey, el bizarro Wallace, que de la Torre salió para ser mutilado y muerto, y la infornada Ana Bolena, sentenciada á muerte, según queda recordado, por su propio esposo. Enrique Heine, en sus



CASTILLO INDIO DE ALLAH-ABAD, Á ORILLAS DEL JUMMA

Cuadros de viaje, traslada la fiel impresión de la «negra fortaleza que surge de Londres como el espectro de un sombrío ensueño».

También son muy notables los castillos turcos de Brussa, conquistado por Osman el Victorioso en 1326, y de San Juan de Acre, donde fracasó el primer capitán del siglo pasado, así como los de Galata y Rodas.

En España tenemos también numerosos castillos originarios, de nuestra Reconquista la mayor parte. En la imposibilidad de nombrar todos, mencionaremos como más notables el de la Mota, cons-

truído en el siglo xv por los Reyes Católicos, hermoso monumento que aun en ruinas deja admirar su airosa arquitectura y en el cual murió Isabel I de Castilla, vivió después Doña Juana la Lóca y estuvieron presos César Borgia y Gonzalo Pizarro; el de los Condes de Grajal, en la provincia de León, obra del siglo xiv, de estilo gótico, que aún conserva bastante su apariencia; el de Bellver, en Palma de Mallorca, de la misma época que el anterior, construído por Jaime II; los de Capdepera y Santueri, en la misma isla, muy notable este último, cuya construcción es anterior á la invasión árabe, y el famoso de Monzón, unido á la historia aragonesa por tantos hechos memorables; las Cortes de Gerona le entregaron á los Templarios en 1143 y en él Carlos I recibió el cartel de desafío de Francisco I. Todavía en 1809 dió que hacer el ejército de Napoleón, y catorce años más tarde no lograron rendirle las tropas de la intervención francesa. También los castillos de Butrón, Loarre, Torrejón de Velasco y

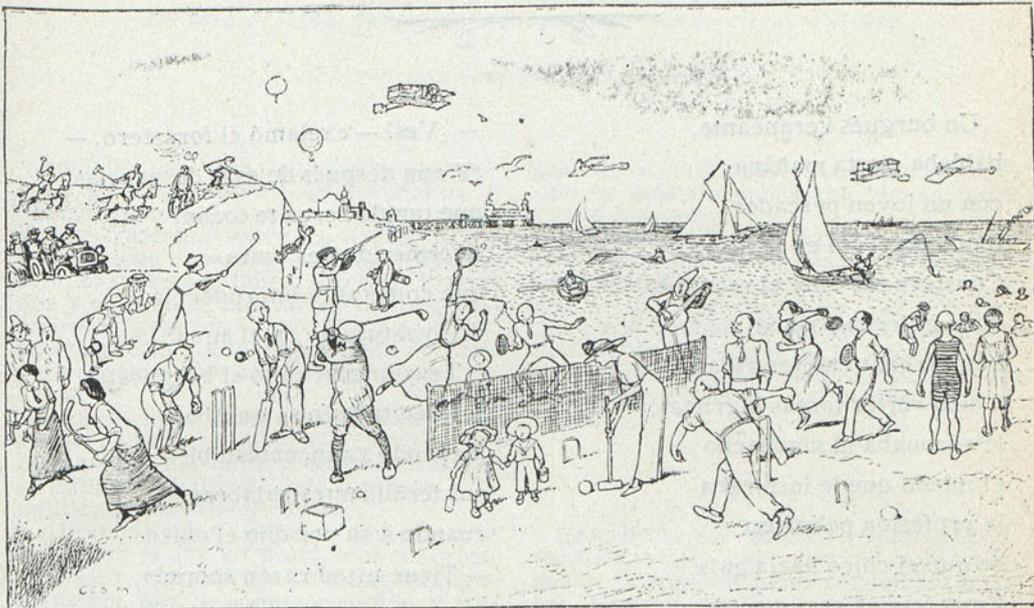
tantos otros que sería imposible mencionar, son evocaciones de hechos gloriosos tan abundantes en la historia de nuestra patria.

Hoy los viejos monumentos de la edad guerrera sólo son museos de recuerdos y evocaciones de glorias. Desmantelado por el tiempo, abandonado de los hombres, conquistado por el jaramago y los lagartos, el viejo castillo es un espectro de la antigua grandeza, el cadáver del régimen feudal. Aproximaos á sus ennegrecidos muros y penetrad en el vacío patio de armas: un silencio de camposanto reina sobre las piedras rotas, cubiertas de zarzales; pero cualquiera de ellas os da la sensación de la Historia vivida, y una sola voz que suene en su recinto se multiplicará con un eco estruendoso y férreo, como si á su conjuro chocasen, aún apercebidas, las armas de los campeones que bajo la capilla duermen la pesadilla del remordimiento ó el sueño grandioso de los héroes.

R. D.



LA CARICATURA EXTRANJERA



CÓMO SE DIVIERTEN LOS VERANEANTES EN ELTZEDICOBERRY Ó, COMO USTEDES PUEDEN VER, PROCEDIMIENTO PARA REUNIR LA MAYOR CANTIDAD POSIBLE DE SPORTS EN MEDIA PLANA DE UNA REVISTA

(De Judge.)



COMO PROTECCIÓN CONTRA LAS SUFRAGISTAS, LOS MINISTROS INGLESES EMPLEAN JAULAS ESPECIALMENTE CONSTRUÍDAS

(De Kladderadatsch.)

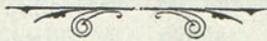


MAHOMET:

—¡GRAN ALÁ, HAZ QUE NO SE JUNTEN LAS DOS GRIETAS!

(De Pasquino.)

El peligro



Un burgués veraneante,
hablaba cierta mañana
con un joven pescador
tomando el sol en la playa.
Consternado ante el recuerdo
de la galerna pasada,
que arrebató tantas vidas
é hizo verter tantas lágrimas,
le razonaba al muchacho
el miedo que le inspiraba
la profesión peligrosa
de que el chico hacía gala.
Entre varios argumentos
de no menor eficacia,
el precabido burgués
decía:

— La cosa es clara.
¿Tantos y tan tristes casos
á convencerte no bastan?
Y no sólo los de ahora,
sino los que siempre pasan.
¿En dónde murió tu padre?
— En el mar...

— Ya lo esperaba.

¿Y tu abuelo?

— Entre las olas
quedó también con su lancha.

— ¿Ves? — exclamó el forastero. —
¿Y aun después de esas desgracias,
que tan de cerca te tocan,
tu temeridad es tanta
que cometes la imprudencia
de aventurarte en el agua?...

Tras lo cual calló el burgués,
y en su triunfo se gozaba,
juzgando ya incontestables
sus terminantes palabras,
cuando á su vez dijo el chico:
— Tiene usted razón sobrada,
y ya ve la diferencia
si con ustedes compara:
¿En dónde murió su padre,
que la gloria de Dios haya?
— En la cama y atendido;
de unas calenturas gástricas.
— ¿Y su abuelo?

— De un catarro,
pero también entre mantas.
— ¡Diablo! — exclamó el marinero —
ese valor sí que espanta...
¿Pero aun tiene usted reños
para meterse en la cama?...

PERECITO



≡ NOTAS BIBLIOGRAFICAS ≡

En esta sección daremos cuenta de las obras cuyos autores

ó editores nos remitan dos ejemplares.

SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES, por *Miguel de Unamuno*. — Originalísima y enérgicamente definida es la personalidad de Unamuno entre los intelectuales; sus dotes de pensador, en todo el amplio sentido de esta palabra, son bien conocidos y no precisa elogiarlos, como igualmente la generosa y patriótica labor de su espíritu inquieto en pro de la cultura, del progreso español y de la raza en general.

Este su libro último es un puñado de ideas robustas y curiosas, á cerca, principalmente, del cultivo de la literatura, el público, la Prensa, las mujeres y la política en España y América.

Algunos de los artículos de esta serie han visto la luz en periódicos americanos, y en ellos trabaja su autor infatigablemente por la compenetración y fraternidad hispano-americana, bello ideal del que estamos tan lejos todavía.

La ruda manera que tiene Unamuno de fustigar lo que le parece censurable, hace de sus obras libros de batalla, de controversia, y le vale poder contar entre sus lectores aun á los de más opuesto modo de pensar.

Soliloquios y conversaciones merece ser leído por los intelectuales de España y América, que hallarán en sus páginas abundante materia de meditación y estudio.

LA SOMBRA DE DON JUAN, por *Federico Navas*. — Esta obra, primera de las veinte que nos anuncia su autor, lo acredita, si no de gran novelista, de hombre ingenioso. Sólo plácemes merece la idea que apunta para conquistar Marruecos sin penosos sacrificios para la Patria, pues nada penoso es mandar allá á todos los truhanes que aquí se dedican á la pesca de dotes cuantiosas, como única solución de porvenir para su inutilidad.

Según el Sr. Navas, estos sujetos traerían en breve los tesoros todos de los más ricos marroquíes. ¡Magnífico! Hace bien el novelista de la raza en dedicar su obra á un político de altura. Madurada la idea, podría enviarse una expedi-

ción de organilleros, con pianos y todo, que no dejarían mora con blanca ni serrallo tranquilo.

En cuanto á la obra, como novela ó relato novelesco, tiene bastantes deficiencias, pese á los desdichados romances de que se halla entreverada. Del protagonista nos quedamos sin saber qué clase de hombre es, como de la mayor parte de los personajes. Y la composición y estilo resientense de pretensiones clasicistas.

**

Los Hijos, por *Augusto Martínez Omedilla*. — Este joven escritor, que ha logrado fácilmente justo renombre entre los de su generación literaria, publica en su libro *Los Hijos* tres episodios demostrativos de la influencia que el amor á los pequeños seres confiados á ellos por la naturaleza ejerce en la psicología de sus padres y á veces en su misma social, más dócil á cambiar de rumbo entre sus manos menudas que bajo los prudentes consejos de inteligencias sabias.

Los dos primeros cuentos son dos cantos á la maternidad, que rara vez deja de hacer sentir su bienhechora influencia en la mujer, ya deteniéndola en el punto mismo de su caída, bien induciéndola á enaltecerse á sus propios ojos y llegar hasta la condición de mártir.

De ambos, el primero es seguramente el que vale más, toda vez que el otro tiene algo de ese sacrificio absurdo de belleza, que sólo se halla, y para eso escrito, en algunas vidas de santas y sólo puede pasarse como hipérbole de Víctor Hugo — aunque fuera con finalidad más práctica — en una heroína de *Los Miserables*.

El tercer episodio vale más á nuestro juicio, pues lleva consigo una ironía muy frecuente en la vida, y la enseñanza nuestra, como los hijos al traer dichas al mundo, las hacen extensivas al que de buena fe cree en su paternidad, correspondiendo así al amor que hallan á su paso, como frutos de ilusión, que son únicamente la dicha y el amor.

CONSULTORIO MÉDICO DE "PHAROS"

Para hacer uso del Consultorio bastará remitir á nombre del DOCTOR SILVIO la pregunta, sencilla y claramente enunciada, y firmada con un lema. A toda consulta debe necesariamente acompañar el cupón que insertamos en las páginas de anuncios.

Hildebrando E. P. — Laguna de Tennerife. — Su bien escrita carta revela la atención que presta á su dolencia, y esto agrava su neurastenia, que tal es mi diagnóstico.

La hidroterapia, en forma de baños frescos, las distracciones, la proscripción del alcohol, tabacos y demás excitantes; la higiene física y moral, en una palabra, han de ser los coadyuvantes más poderosos de un buen tratamiento.

Es infinito el número de fórmulas aconsejadas en el agotamiento nervioso, y esto dificulta la elección. Una buena fórmula, que publico para satisfacer su curiosidad, es la del suero Fraisse: Glicerofosfato de sodio, 0,10 centigramos; cacodilato de estricnina, $\frac{1}{2}$ miligramo; agua esterilizada, 1 centímetro cúbico.

Las inyecciones (subcutáneas) han de ser diarias, con intervalos prudentiales de descanso, que sólo podrá juzgar la persona encargada de ponerlas.

Guarany. — Se impone, ante todo, una rigurosa desinfección de la boca y dientes. La suciedad de éstos contribuye de manera notable á mantener el proceso. Es, pues, precisa la ablación del sarro.

Los polvos dentífricos que prefiero son los de bicarbonato sódico, muy favorables por la alcalinidad que prestan á la saliva.

Asimismo, y pasando al tratamiento médico de la afección, la recomiendo los colutorios repetidos con la solución de clorato potásico (al 2 por 100) y los toques

en las partes enfermas con tintura de yodo ó agua oxigenada.

Me extraña el fracaso de la medicación antihelmíntica, así como el no haberla intentado nuevamente después de los años transcurridos. Aquél fué, sin duda, debido ó á la insuficiencia de la dosis ó al defectuoso procedimiento de administración.

Con toda seguridad se puede afirmar que no ocurrirá así ahora, si sigue exactamente el proceder que la aconsejo: la víspera del día en que el medicamento ha de ser administrado, se someterá al régimen lácteo, y aun éste ha de suspender doce horas antes de la ingestión del extracto etéreo de helecho macho, que se hará prescribir por un médico (están muy lejos de ofrecer las mismas garantías los diversos específicos que, con engañosas apariencias, de la que no es la menor lo elevado de sus precios, se anuncian en la cuarta plana de los diarios); una vez ingerido el tenicida en ayunas, sea en poción, ó, mejor, en cápsulas, se administrará á la media hora un purgante (aguardiente alemán y jarabe de espino cervical, á partes iguales); posteriormente se servirá de un recipiente con agua caliente, cuidando de evitar las brusquedades en la tracción de la tenia.

Para poder asegurar su completa expulsión, es necesario comprobar, valiéndose de una lente, la existencia de la cabeza.

El tratamiento ha de seguirse sin abandonar la cama.

DOCTOR SILVIO.